

LA FE
EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

BT301
D53
C.1

003278



R. P. DIDON

De la orden de Santo Domingo

LA FE

EN LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Conferencia predicada en la Iglesia de la Magdalena

durante la

CUARESMA DE 1892

traducción directa del francés.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MEXICO.

GUILLERMO HERRERO Y CIA. EDITORES.

Librería Religiosa Almacén,
SAN JOSE EL REAL 3. CALLEJON DE SANTA CLARA 10.

1894



FONDO ENTERO VALVERDE Y TELLER

44847

B+301
D 53



A LOS ALUMNOS

DE LAS ESCUELAS

Alberto el Grande, Laplace

Y

LACORDAIRE



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



008178



APROBACION DE LA ORDEN.

Nos, los signatarios, hemos examinado por orden del R. Padre Provincial el libro intitulado: CONFERENCIAS SOBRE LA FE EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO, por el PADRE DIDÓN, de los Hermanos Predicadores, y aprobamos la publicación.

Fr. Antolin Villard,
Maestro en Sagrada Teología.

Fr. José Herbert,
Lector en Sagrada Teología.

Paris, 1.º de Febrero de 1894.

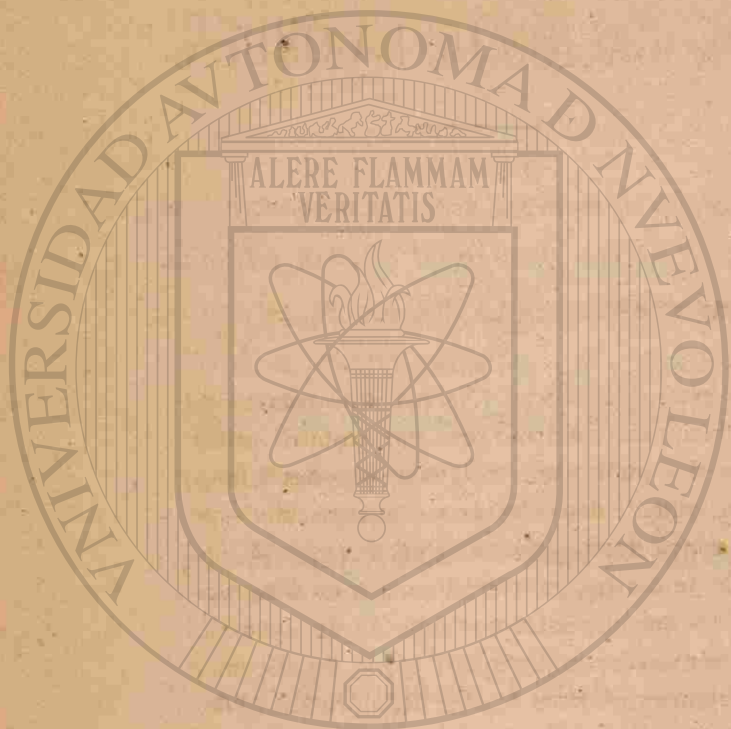
Imprimase.

Fr Raimundo Boulanger,
Provincial.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AMIGOS MIOS:

Os dedico estas conferencias. No han sido compuestas con especialidad para vosotros, pero por vosotros principalmente les doy publicidad, dirigiéndooslas desde luego animado del ardiente deseo de veros compartir mis esperanzas, mis convicciones religiosas y mi fé.

Apóstol de Jesucristo, mi empeño mayor es el de revelarlo á aquellos que me están confiados, el de ayudarlos para que se conviertan en discípulos suyos, en discípulos amantes, inteligentes, fieles á pesar de la prueba, en despecho de la persecución y hasta en la muerte.

Ser discípulo de Jesucristo es escogerlo con libre voluntad aceptándolo como Maestro, es someterle nuestra razón para que la ilumine, nuestra conciencia con el fin de que la dirija y la mande, darle nuestra libertad y nuestra voluntad para que las sostenga estimulándolas por su espíritu, entregarle nuestra vida con el objeto de que la modele según la suya, y poner en sus manos nuestro destino para que lo cumpla.

El discípulo acepta como la verdad misma todo lo que Jesús ha dicho y ha enseñado; todo lo que él ha mandado lo recibe como la ley de perfección absoluta; y todo lo

que él ha hecho, lo toma como ejemplo, procurando imitarlo, del ideal sin tacha de la santidad. La palabra humana, cualquiera que ella sea, contraria á su palabra, está en error; la ley que se establezca en contradicción con su ley, es el mal; y toda vida que esté en oposición con su vida está en la corrupción. Abrid vuestro espíritu y vuestro corazón, amigos míos, al Espíritu del Cristo para que él llegue á ser en vosotros el principio divino de vuestra actividad universal.

A nadie llameis sobre la tierra: Maestro; no teneis en el orden de la vida eterna sino un Maestro: el Cristo. Ningún otro nombre, debajo del cielo, se le ha dado á los hombres para ser salvados, arrancados al mal y exaltados al bien.

Jesucristo es hoy para la humanidad entera lo que pretendió ser: el sendero, la verdad y la vida. El que no le conoce ignora á donde vá, no está en el camino, se agita en las tinieblas, y se entrega inerte á la ociosidad en las sombras de la muerte; y aquel que habiéndole conocido le abandona, se extravía, se ciega y pierde la vida eterna.

Ninguna ciencia humana alcanza á marcarnos nuestro destino supremo: ¿cómo pues nos franquearía la vía? Ninguna filosofía puede instruirnos en la verdad divina: ¿cómo iluminaría al alma hambrienta de lo divino? Ninguna fuerza creada puede levantarnos hasta Dios, hasta el Infinito: ¿de qué manera nos daría la vida de la que Dios es alimento eterno?

El discípulo de Jesucristo escapa á la fatalidad de estas impotencias contra las cuales choca y se rebela toda alma viva, ó bajo cuyo peso y á la larga, se rinde entristecida, sombría, desesperada. El discípulo de Jesucristo está manumitido de la servidumbre de los falsos maestros, puesto que conoce su incompetencia radical en el dominio del des-

tino. Si Dios existe, son incapaces, con toda su ciencia y su filosofía, para traducirnos su voluntad impenetrable.— Pero Dios no existe, dirán ellos.—No lo han probado nunca; ni aún han infirmado los testimonios firmes y constantes por medio de los cuales la razón sana y sólida demuestra á Dios.

El Maestro divino, al contrario, abre al creyente la vía por la cual debe caminar y en la que el Maestro entró el primero; le revela la verdad infinita de la que él es la encarnación humana, y le vierte en la voluntad al Espíritu Santo como un manantial de vida que se surte en el seno de Dios.

Todo lo que está en el Cristo y que llena la divinidad substancialmente, radia en su discípulo; su razón tiene para siempre la sola guía que jamás engaña; su conciencia el único consejo que no extravía; su voluntad la única fuerza que lo eleva al nivel de todos los deberes y lo mantiene á la altura de todos los sacrificios. El discípulo de Jesus no se pertenece ya á sí mismo; no forma sino uno con el Cristo; y en esta comunión íntima, inefable, el espíritu propio está suplantado en él por el espíritu de su Maestro.

La fé, amigos míos, es la que realiza este prodigio; ella es la que crea en nosotros al hombre nuevo, al hombre de Dios, al hombre eterno, al hombre manumitido de todas las servidumbres de la materia, de todas las torquedades de la vida animal, de todas las impotencias y de todos los límites de la razón y de la libertad.

Este hombre nuevo, creado por el Cristo, está oculto por el velo de nuestras fragilidades y de nuestras miserias; pero crece en secreto al contacto del Espíritu invisible; y aquellos en los cuales se forma saben que aparecerá un día lleno de gloria, cuando Dios le abra y le franquee el umbral de la puerta de su reino eterno. De allí, desde este

mundo y sobre esta tierra en la que no hace sino pasar, la vitalidad infatigable del verdadero creyente, tiene conciencia de llevar en sí al Cristo vivo; se siente con él en la luz, en la fuerza y en la virtud de Dios. Sus esperanzas no se cansan nunca; su actividad no se agota jamás; sus nobles ambiciones nunca se sacian; su potencia de sacrificio jamás se enerva ni se desalienta. Siempre trabado, nunca reducido; siempre perseguido, jamás vencido; siempre menospreciado por los falsos sabios de este mundo y forzando el respeto de los más malévolos; tratado siempre como una ruina de lo que fué y no muriendo nunca, persistiendo siempre y rejuveneciéndose en un mundo hostil, inquieto, variable y caduco.

No es él quien se convertirá al escepticismo; el escéptico se aparta de su principio, sucumbe bajo el peso de su propia miseria, de su impotencia y de su nulidad, es un suicida del espíritu. Mientras que el discípulo de Jesucristo está arraigado por el corazón, por la voluntad, por la razón y por todo su ser en una fe plena en Aquel que es: es el viviente por excelencia. Tampoco es él quien se deja ganar al pesimismo y á quien se pregunta si la vida vale el trabajo de vivir. Mejor que ningún otro conoce el infinito precio de ella. Esta tierra de lodo le es querida y preciosa: ella ha presenciado la apacible radiación del Dios invisible en el Verbo hecho carne. ¿Y, él mismo, no ha salido á luz en este polvo, como un germen oscuro, para crecer hasta la altura de Dios que le ha creado y salvado?

¿Qué importan los dolores, las desazones, los pesares, las angustias de la existencia terrestre, para aquel que siente palpitar en sí el germen de la vida eterna? ¿Y para aquellos en quienes este germen no ha sido aun sembrado ó que habiéndolo sido lo han dejado morir, todas las alegrías, todas las voluptuosidades, toda la potencia, todas las victo-

rias de esta tierra, colmarán nunca el espantoso vacío que es el suplicio de las almas sin fe, sin Dios y sin esperanza?

En la escuela de un Maestro tal, amigos míos, no viviréis extraños á vuestro tiempo. Lo amareis sin adulación, pues él no está exento de miseria; lo juzgareis sin amargura pues sus defectos son dignos de piedad; lo servireis con abnegación y con esperanza como discípulos de Aquel que es Salvador universal y para el cual no hay herida incurable ni progreso imposible.

La masa de las inteligencias está deslumbrada, envanecida, embriagada de ciencia; conservad vuestra sangre fría y vuestra calma. Juzgad á esta claridad terrestre por lo que es, excelente para penetrar la materia, impotente para conocer al Espíritu, al Espíritu de quien todo procede, al Espíritu que todo lo rige, al Espíritu que todo lo anima, al Espíritu cuyo soplo todo lo sostiene y á cuya atracción está suspendido todo sér.

La ciencia es buena para vivir, en el tiempo, nuestra pequeña vida terrestre; no puede hacernos vivir en lo Infinito, en lo Eterno, la verdadera vida.

Los vanos sistemas de filosofía: panteísmo, materialismo, subjetivismo, idealismo, positivismo, escepticismo cuyo reinado efímero seduce á tantas inteligencias simples que creen que con frágiles combinaciones de pensamientos y de teorías, de hipótesis y de verdades demostradas pueden medir lo Universal, lo Infinito, lo Absoluto—los vanos sistemas de filosofía no hacen presa en el discípulo de Cristo. Los juzga y no puede ser juzgado por ellos puesto que los domina. Su razón ha sido libertada por la palabra de su Maestro; posee esta palabra por la fe, no la mide nunca sabiendo que es insondable; los sistemas humanos le recrean y le interesan pero no le tiranizan. Los trata con in-

dependencia y con un eclecticismo benevolente, sin estrechez y sin premeditación. Sabe que todos son incompletos: ¿para qué someterse á ellos? Reconoce en cada uno más ó ménos verdad: ¿por qué ha de desdeñar estas diversas luces y estos diamantes? Esta noble emancipación del espíritu ha llegado á ser para todo hombre libre la primera virtud intelectual en estos tiempos, y ha sido siempre la honra de los discípulos del Cristo.

Quando, poseídos de este espíritu de independencia viril, hayais hecho pié en el mundo moderno, no tardareis en ver, amigos míos, que está entregado á ruidosos, ardientes y universales conflictos. Ese mundo no es una tierra sólida, ni menos aún un mar ondulante y tranquilo, es más bien un oceano que atraviesan grandes corrientes impetuosas, y cuyas olas agitadas chocan sin tregua, con rabia y con estruendo.

El antagonismo existe donde quiera: entre la ciencia y la filosofía metafísica; entre estas dos grandes luces terrenales y la luz divina de la fe; entre la Iglesia y el Estado; entre gobernantes y gobernados; entre conservadores y progresistas; entre la clase que posee y la que no posee; entre el capital y el trabajo; entre la burguesía y los obreros; entre las naciones y las razas; entre los intereses y las ideas.

Sé que la lucha es la gran ley del universo y que se ejerce con mayor crueldad en el reino humano que en los otros reinos; pero, á pesar de esto, no quiero que os admireis ni os escandaliceis, ni, sobre todo, que os desanimeis á la vista de los crecientes conflictos cuyo espectáculo presentan nuestro tiempo y nuestro país, pues sé también que la lucha no es sino un estado pasajero que debe resolverse finalmente en un equilibrio duradero y perfecto.

El único antagonismo eterno es el del bien y el mal; los demás deben fundirse en la armonía efectiva de las fuer-

zas en oposición, ó—si estas fuerzas son inteligentes—en la mútua y dócil tolerancia.

El verdadero discípulo de Jesucristo es para el mal de una intransigencia absoluta, implacable. No conoce las capitulaciones vergonzosas; no se somete á ellas; no renuncia, protesta. Aun cuando él estuviera solo contra todos, guardaría íntegra su fe, como esos valientes en cuyas manos queda la bandera y que mueren sin entregarla, envueltos y sepultados en sus pliegues.

Separado el mal, el discípulo del Cristo se transforma y es en todas partes el hombre de la paz, fiel al espíritu de su Maestro que ha exaltado á los mansos diciendo de ellos que serían llamados los Hijos de Dios.

Trabaja por la armonía de las grandes fuerzas intelectuales de este mundo: la ciencia, la filosofía y la fe. La luz no puede ser contraria á la luz. Por diversos que sean sus rayos se funden en una misma claridad y se derivan de un mismo sol. Abriendo su alma al verbo eterno, no le sacrifica ni la ciencia ni la filosofía, se conserva hombre de experiencia que estudia los fenómenos visibles, hombre de razón que escudriña las causas transcendentales á la experiencia; y si corrige por medio de la Fe las aberraciones de la filosofía, si prohíbe á la ciencia que salga de sus límites, sabe también proyectar sobre la Fe las luces de la ciencia y la filosofía, con el objeto de hacer á la Fe más humana y más accesible para todos los hombres.

Cumplireis, amigos míos, en la medida de vuestro propio genio, esta obra de caridad y disipareis las tinieblas amontonadas por los espíritus estrechos á quienes seduce una ciencia inferior, ó á los que falsos sistemas tienen bajo su yugo replegados sobre sí mismos, impotentes para mirar y para escuchar las realidades radiantes y vibrantes del mundo divino.

Abordad, con propósito igual de conciliación y de paz, el mundo político y social.

La Iglesia y el Estado no deben ser instituciones enemigas, adversarias, que no aspiren sino á dominarse y á destruirse. La una, la Iglesia, es indestructible por derecho divino; la otra, el Estado, es indestructible por derecho natural. Son queridas de Dios, creador y salvador, para el progreso y la salud del hombre. Sus dominios son inseparables, aunque distintos y subordinados; la una se extiende á la conciencia, á la alma y á su eterno destino; la otra se limita á la materia, al hombre exterior, á sus manifestaciones en el medio social, á sus derechos de vivir, de crear, de obrar y de implantarse en él con la verdad, el derecho, la justicia y la paz.

El verdadero creyente se afana por ser el ciudadano irrepachable de estos dos Imperios. Hijo sumiso de la Iglesia, sabe obedecer á todas las leyes justas de la patria y aún sufrir las leyes inicuas. Sabe conservarse en el medio prudente y glorioso, entre la llana servidumbre y la rebelión ruidosa. Su robusta fe en la justicia le enseña la longanimidad y la paciencia. No se le encontrará ni entre los anarquistas cuyo natural salvaje no aspira sino á destruir, ni entre los serviles cuya cobardía y temor alientan todas las tiranías. Es de la raza de aquellos que saben resistir y morir más bien que mancharse y envilecerse. Manumiso de Dios, prefiere las tempestades de la libertad á las calmas llanas de la opresión. Su fe tiene necesidad de libertad para vivir y producirse y por esto la pide á todos los poderes humanos hasta obtenerla. Y si, á pesar de sus imperfecciones, la libertad ha impuesto su reinado á las sociedades modernas ¿no es á Jesucristo, al libertador de las conciencias, al primogénito de los hijos libres de Dios, á quien las sociedades modernas deben este honor?

Defended, amigos míos, esta conquista del Cristo cada vez que se ve amenazada por el tirano popular, parlamentario aristocrático y monárquico. Al primer sonido de cadenas levantaos. No os adormezcais nunca, pues esta conquista no es jamás definitiva; quiere siempre ser defendida y ensanchada.

Nada os diré, amigos míos, del antagonismo de los partidos políticos. Pasa al segundo rango, se borra y desaparece ante el conflicto de las clases, cuyos rumores llenan el fin de este siglo. Llevad allí también el mismo espíritu de conciliación y de paz; reprobad la violencia y el odio siempre estériles y homicidas; flagelad la opresión egoísta, siempre corruptora; ellas son las que provocan las reivindicaciones sangrientas y las venganzas feroces. La injusticia consagrada por la costumbre y aún por la opinión engendra el desorden; una sociedad no vivirá en paz si los derechos de todos no están afianzados.

No imiteis á aquellos que tienen la voz alta y la acción, baja, á aquellos que hablan ó que escriben y que no obran, á aquellos que se suponen ser los censores de la moral pública y que obran á la manera de los culpables contra los cuales lanzan sus anatemas.

¿Poseéis fortuna? Sabed usarla, no sólo en vuestro provecho sino en el bien de todos. Ponedla al servicio de los hombres de pensamiento y de los hombres de trabajo; no os contentéis con ser un rico harto de bienestar; y si por vosotros mismos no podeis crear y obrar, asociados á aquellos que piensan y trabajan.

El capital de que sois detentadores no quiere permanecer estéril; no teneis el derecho de conservarlo inerte. Es una fuerza de Dios; si la teneis cautiva estallará como el rayo.

¿Teneis trabajadores á quienes dirigir? Tratadlos como

hombres; que ni uno sólo de ellos ni de sus mujeres ni de sus hijos sufra á causa vuestra; que, sobre todo, ni uno esté en la miseria ni sea presa del hambre.

Y, si por acaso la estricta justicia no os obligase á mejorar la suerte de vuestros obreros, ¿la caridad no sería suficiente para convertirlo en deber superior? Ahora bien, la caridad es la ley suprema de todos los discípulos del Cristo.

Trabajo, justicia, caridad: hé aquí el código pacífico de las sociedades nuevas.

Practicadlo, amigos míos, á fin de honrar á vuestro Maestro. Publicadlo, propagadlo. El anatema ha sido de una vez para siempre lanzado sobre todo aquel que sea holgazán, inícuo sin entrañas. Las conciencias tiemblan, en este siglo, contra aquellos que nada hacen ó que se hartan en su opulencia egoísta, contra los fuertes que explotan á los débiles en la iniquidad, contra los poderosos que pudiendo atenuar la miseria la dejan extenderse y envenenar como lepra devoradora.

No esperéis para hacer el bien á que este código de la paz sea sancionado por el Parlamento, y á que el Estado lo haga obligatorio civilmente: esperaríais tal vez muy largo tiempo.

El bien insta, y además la conciencia le basta al discípulo de Cristo; ¿y vuestro Maestro no ha obligado ya á vuestra conciencia?

Las leyes exteriores consagran el bien más aun de lo que lo producen. Los malos saben escapar á su acción, y los hombres de corazón justo no aguardan á su promulgación para hacer bien. Sin considerar á las leyes absolutamente estériles, las reconozco insuficientes; no es la legislación la que apaciguará á nuestra sociedad agitada por el antagonismo de las clases; la justicia y la bondad son las que

inundarán como dos ríos sagrados á la humanidad entera. Mas, es preciso saber que estos dos ríos tienen su manantial infinito al pié de la cruz donde Jesús murió por bondad, víctima de la justicia eterna.

Obrando de este modo, amigos míos, estareis seguros de glorificar á Jesucristo, vuestro Maestro, de extender su reino que es el reino de Dios, de trabajar por el bien de vuestro país y por el de la humanidad; pues trabajaréis por el progreso de la verdad, de la justicia y de la paz.

Estos progresos son lentos, apenas perceptibles en nuestras vidas humanas de tan corta duración. El discípulo del Cristo no conoce ni las impacencias presurosas, ni el desaliento. Que otros, cansados por la lucha y por la aparente esterilidad del esfuerzo, caigan víctimas de su falta de fe, nieguen el bien y desesperen del porvenir, se comprende; pero el que ha puesto su confianza entera en el Maestro de la vida, conoce las detenciones de Dios y ni se admira ni se conmueve; sabe que el Cristo ha vencido al mal en él y en sus discípulos; sabe que el grano sembrado por él en la humanidad crece en secreto,—quiera ó no el hombre, duerma ó vele,—y su conciencia, en la que los progresos divinos se han cumplido, le abre los ojos para percibir los que ha realizado el Espíritu de Dios en el conjunto de las sociedades humanas.

Este conocimiento le aplaca y le torna fuerte contra el mal. ¿Cómo podría espantarse y temblar cuando cada día triunfa con el socorro de su Maestro?

En esto está el secreto de su mansedumbre y de su invencible tolerancia. No pide el fuego del cielo para los malvados, ni para las ciudades y las naciones inhospitalarias. No arranca brutalmente la cizaña en el campo del padre de familia, detenido por el temor de que al extirparla

arranque también la buena espiga. No teme el ser pervertido y Dios mediante, espera convertir. La docilidad infinita de su Maestro lo ha penetrado, recuerda la palabra: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra.* Repugna la violencia, pues sabe que no hace presa de las conciencias porque una conciencia cerrada es irreductible. Siente en sí ser el Hijo del Padre que hace salir el sol para los buenos y para los malos; es bueno para todos, al ejemplo del Padre, y si su bondad es impotente al menos le queda la alegría de haber amado!

El mundo pertenecerá, tarde que temprano y según la palabra de Jesús, á la raza de los Hijos de Dios, de los mansos y de los tolerantes. La virtud de la mansedumbre, de la tolerancia, es tal que los opresores pérfidos se cubren con ella, como con una máscara y siempre en el nombre de la libertad os encadenan y os oprimen.

Sin embargo, amigos míos, no conviene que renunciéis á la fuerza. Adquiridlo, poseedla, aunque sea sólo para daros la gloria de no usarla.

Jesús tenía la fuerza infinita de Dios: le plugo, para darnos ejemplo, no mostrarla sino en servicio de los hombres, para curarlos y resucitarlos; renunció á emplearla en defensa propia, pues su destino divino era caer víctima bajo los golpes de sus enemigos.

Pero para nosotros que tenemos que defender á nuestros hogares y á nuestro país en este mundo, en el que los pueblos se envidian, se acechan, se amenazan como bestias bravias, el deber consiste en trabajar por dotar á nuestra patria de todas las fuerzas intelectuales, morales y materiales, para resguardar nuestro honor nacional, para aterrorizar á los pueblos que nos amenazan, para defender y vengar al derecho oprimido, para levantar una barrera infranqueable entre la Justicia, la Santa Justicia y las sacri-

legas agresiones de la fuerza. La honra del discípulo del Cristo es portar la espada, no como arma ofensiva y de ataque, sino como arma de defensa para contener á la bestia humana y para forzarla—por el terror, si ello fuere preciso—sino al respeto, cuando menos á la impotencia.

Sed caballeros bondadosos y dociles, amigos míos, recordando á vuestros abuelos y al genio de vuestra raza, que ha amado siempre el guerrear, pero contra el fuerte y en favor del débil, contra el fuerte insolente, en favor del débil oprimido y que pide socorro.

La víspera de entrar á la vida libre es preciso vestirse la armadura de los militantes y de los fuertes.

La de mejor temple, la más impenetrable á los golpes, la más triunfadora contra el mal, es la fé en Jesucristo. Recibid pues, la armadura de Dios; cubiertos y rodeados por ella, amigos míos, nada temereis. Vuestra razón quedará imperturbable en medio de las seducciones del error; vuestra conciencia no cederá á viles compromisos y vuestra libertad no conocerá el desfallecimiento ni la irritación.

Tomad atrevidamente sitio entre los que obran y entre los que luchan.

Abrid vuestro corazón á las viriles, á las santas indignaciones contra el mal, cualesquiera que sean las formas que revista: la del error, la de la corrupción, la de la venalidad, la de la violencia y de la astucia, la del egoísmo, la del odio ó la de la lujuria.

Huid de los holgazanes y de los sibaritas.

Dejad á la turba abalanzarse al placer arrebatada al antojo de sus locas pasiones. El bienestar moderno no debe corromperos, únicamente servirá para ahorraros las luchas inferiores por la vida, para emancipar á vuestra actividad

y para permitirle librar los elevados y nobles combates del espíritu.

El Maestro á quien servís es el gran renovador de la humanidad; ha quebrado el círculo vicioso en el cual ésta durante muchos siglos arrastró sus miserias, sus errores y su corrupción; mostraos dignos del Maestro.

Presentaos siempre en la primera fila de los verdaderos iniciadores y de los progresistas infatigables. No os deis jamás por satisfechos, estad como el Cristo, siempre devorados de sed inextinguible de verdad, de virtud, de justicia y de caridad.

El hombre tiene continuamente algo que enseñar: aprended, buscad, trabajad en la extensión de la luz, procurando ensanchar los límites de su reino.

Las sociedades están siempre á diferentes grados oprimidas por el mal y por la injusticia; no os resignéis jamás al imperio del mal y de la injusticia; obrad y sufrid, luchad y morid para que este imperio se atenúe; y supuesto que, en nuestra democrática edad, un impulso divino arrastra á las conciencias á un reparto más equitativo de todos los bienes terrenales, dilatad vuestro corazón y dejadlo palpitar con la esperanza de este orden nuevo en el cual la fuerza no tendrá primacía sobre el derecho, y en el que el derecho gobernará á la fuerza.

No deis oídos á los que prediquen la vida de los goces. Los jóvenes que se dejan encantar por la voz de Circeo van á caer al abismo de la lujuria.

Aquellos á quienes el placer ha enervado son incapaces de las grandes luchas en favor de la verdad y la justicia. Desperdiciando sus fuerzas vivas se empobrecen: el venero de las voluntades heroicas, de los entusiasmos desbordantes, de las inmutables y largas resoluciones, de las santas audacias y de las dilatadas esperanzas, el venero de todos

estos tesoros de vitalidad sin los que nada que sea grande acontece, está agotado en ellos.

Podrán intentar y ejecutar obras mezquinas, frágiles, efímeras; pero no harán nada superior. Buscurán lo pulido, lo elegante, lo bonito, lo fantástico y no sospecharán lo que es robusto, sublime y eterno. Anemiados en su propio sér, todo lo que de ellos salga en ciencia, en filosofía, en política, en arte, aún en religión, estará herido de anemia y languidez. Su misma virtud, si es que la tienen, será una virtud de enfermo ó de convaleciente.

Os escribo á vosotros los jóvenes, amigos míos, para que seáis fuertes: y os doy el secreto de la fuerza en la resistencia al mal que se ofrece bajo la forma de nuestras pasiones. Sacrificadlas, domadlas por la fé y acumulareis en vosotros las santas reservas que pondrá en movimiento hacia el Bien el Espíritu de Dios con su soplo irresistible.

Escuchareis rugir á vuestro rededor el viento de la incredulidad, envolviendo á las masas en su torbellino y aún arrastrando á montones á los letrados, á los sabios y á los dueños de la opinión y del poder. Conservaos tranquilos en esta tempestad; vuestra fuerza no reside en el número, en el talento, en el poder, en la ciencia y la filosofía, ni en el dinero—en este dios de las sociedades decadentes y sin fe;—no; vuestra fuerza está en el Cristo que os ha escogido y que os asiste, en su palabra en la que se ocultan tesoros de sabiduría y de inteligencia, en su ley de justicia y de amor fuera de la cual todo está destinado á la ruina, en su incoercible Espíritu que se ha apoderado de la tierra y de la humanidad y en contra del que no prevalecerá nada terrenal ni humano.

¿Eran acaso una legión los primeros discípulos del Maestro? Poseían la fortuna, el poder, la ciencia y la sabidu-

ría mundanas? No, se prevalecían únicamente de la fuerza y la virtud de Dios con las cuales les había armado el Cristo. Y este puñado de hombres, estos pobres, estos ignorantes, estos impotentes, desdeñados como el desecho del mundo y de su pueblo, han salvado á la humanidad y han vencido á la corrupción universal.

Lo que ellos ejecutaron, puede el espíritu por el cual lo hicieron renovarlo.

Que este espíritu os anime con total esperanza.

El mundo democrático moderno está por conquistar como el mundo antiguo del paganismo; sed del número de los creyentes que sueñan conquistarlo á la Fe, de aquellos que trabajan en secreto ó á la luz del día en favor de esta conquista, de los que saben que se cumplirá á la hora marcada por Dios; pues escuchan en su espíritu siempre actual, siempre vibrante, siempre alentadora, la palabra del Cristo á sus discípulos de todos los tiempos: *No temais pequeño rebaño, pues el Padre le plugo daros el Reino.*

Aún en este mundo, el triunfo, el Reino está en el Bien.

A pesar de las luchas y de las derrotas parciales, la victoria es de los que saben, de los que quieren, de los que aman y de los que mueren.

Sabemos que el Cristo ha instruido sobre el hombre, sobre su ley y sobre su doctrina por soluciones definitivas.

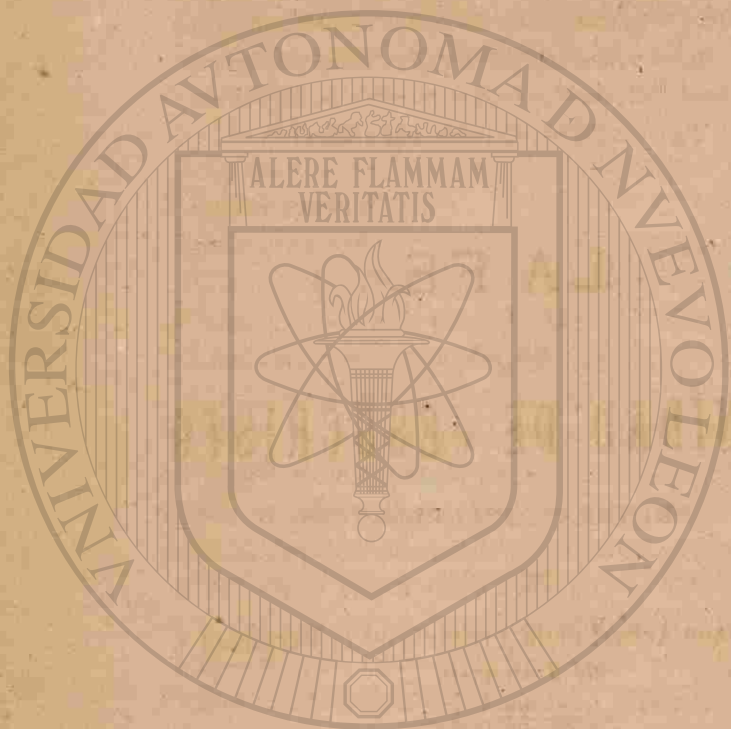
Queremos nosotros á quienes la Fe anima y arrastra hacia lo Infinito. Amamos nosotros á quienes Dios ha amado hasta en la muerte y que hemos sido bautizados con su sangre vertida por amor. Morimos, nosotros, que á través de todos los siglos, sobre todas las riveras y bajo todos los cielos, damos nuestra vida con el Cristo en testimonio de nuestra fidelidad y de la verdad de su palabra.

Leed estas páginas, amigos míos, con vuestro corazón y vuestra conciencia. Si mi palabra helada y enteramente

pálida pudiese aportar á vuestra Fe alguna luz y alguna energía, esclarecerla ó afirmarla, si pudiese suscitar entre vosotros discípulos más ardientes y más resueltos de Jesucristo, mi mejor ambición estaría satisfecha y habría recibido de Dios, por vuestro medio, la verdadera recompensa, la única digna de ser soñada por un apóstol.

FR. H. DIDON.

Arcueil, el 12 de Febrero de 1894.



LA FE

EN LA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

PRIMERA CONFERENCIA

El Estado Actual de la Creencia en la Divinidad
de Jesucristo.

EMINENCIA: (1)

SEÑORES:

Trataré en esta Cuaresma de la Divinidad de Jesucristo, ó por mejor decir, de la creencia en la Divinidad de Jesucristo.

Esta creencia, Señores, es uno de los hechos de más consideración, el fenómeno más prodigioso de la psicología y de la historia.

Es asimismo el centro del dogma cristiano y el alma de

(1) Su eminencia el cardenal Richard, arzobispo de París.

una multitud de creyentes, puesto que la profesan cuatrocientos millones de seres humanos en la superficie del globo. Es el principio de vida de la civilización moderna, la fortaleza inmóvil que guarda la moral y la cultura, la piedra angular de la gran pirámide levantada por Dios en medio de los tiempos y sobre las arenas movedizas de la humanidad, la Iglesia católica.

Ahora bien, Señores, ¿en qué estado está hoy esta creencia, esta fe divina? ¿De cuáles ataques es hoy el blanco? ¿En qué pruebas se apoya? ¿Cuáles son sus efectos en la conciencia íntima y en la vida pública de la humanidad? ¿Qué porvenir le está reservado y qué podemos esperar de ella? ¿Es fuerza abandonarla como se abandona un suelo conmovido, arruinado y que se hunde bajo nuestros pasos, ó aferrarnos á ella como á la roca inmóvil insubmersible que lo sostiene todo, y que es y será siempre el refugio supremo en las tempestades, en los cataclismos, en los temblores de tierra y en diluvio?

Estas cuestiones serán el objeto de nuestras conferencias Cuaresmales.

Como lo veis, Señores, permaneceremos en el dogma; en el gran dogma católico. Pero debo decirlo, aun encerrándose en el dogma más estricto ó en la moral más evangélica, aun confinándose en las regiones más etéreas de la fe me sería imposible no agitar vuestros espíritus.

¿Pues cómo tratar estos problemas como apóstol sin entrar en lo vivo de la cuestión religiosa? ¿Y cómo entrar en ella sin mover á las almas y sin despertar á las conciencias?

La cuestión religiosa se mezcla á nuestras luchas políticas y sociales, á nuestras divisiones intestinas; es como una flama á la que el más ligero soplo aviva y atiza, infaliblemente provoca entusiasmos ó repugnancias.

En otro tiempo, cuando yo era joven, y cuando sentía crecer mis garras, se me enseñaba á servirme de ellas para sacudir la indiferencia en la opinión; y ahora es preciso moderar el ardor de la opinión y sus susceptibilidades. Es un arte nuevo, un arte difícil, pues hay mayor peligro en circunscribir el fuego que en inflamarlo.

Los que han practicado la antigua táctica saben por demás que el seguimiento del bien exige el empleo de la nueva. Pero ningún obstáculo, ninguna labor debe detener al apóstol. Sabe unir la sencillez de la paloma á la prudencia de la serpiente. Y si el Maestro le envía, como cordero, entre los lobos, no debe de espantarse: tarde ó temprano la mansedumbre de Dios hace justicia de la violencia de los hombres. No son ya los lobos los que triunfan de los corderos; son los corderos los que transforman á los lobos. El mundo está al revés.

Por esto es, Señores, que armado por aquél que nos da su fuerza para romper los obstáculos, su mansedumbre para transformarlos en punto de apoyo,—lo cual es mejor y mucho más hermoso,—ensayaremos cumplir nuestra tarea, cualquiera que ella sea, con una completa abnegación, seguros de vencer, con tal de que permanezcamos fieles.

EMINENCIA:

Gran gozo nos cabe con que os hayais dignado asistir hoy á la Iglesia de la Magdalena, honrando á esta bella asamblea y al predicador escogido por vos, trayéndonos el beneficio de vuestra presencia. Nos obligais con ello—y es un grato deber—á un reconocimiento sin límites y que os expreso sin intentar medirlo. Bendecidme, Eminencia; cubrid con vuestra santa púrpura la insuficiencia de mi palabra; sostenido por el representante del Maestro invisible, que vive por su espíritu en el corazón de todos los

apóstoles, tendré mayor vitalidad, más ánimo, y seguridad más grande para litigar por la causa de Dios.

SEÑORES:

¿La creencia en la divinidad de Jesucristo está viva ó está muerta? ¿Está en declinación ó está en progreso? ¿Ha terminado ya la fase de su evolución, ó describe una trayectoria cuyo término está en el infinito?

La cuestión es de tanto mayor interés cuanto que vivimos en una época en la que, entre aquellos que son considerados como la flor y nata de la literatura, de la filosofía y de la alta ciencia, ha sido y aún es moda afirmar que los dogmas se van, que la fe está herida de muerte, que ha entrado en agonía, que su desaparición es asunto de años, tal vez de siglos, pero en todo caso sólo es cuestión de tiempo, y que la razón emancipada y la ciencia positiva se encargarán de sus funerales.

¿Qué debemos pensar, Señores, de esos profetas de desdicha y de sus lúgubres, desdeñosos é insolentes oráculos? Lo pregunto á todos los creyentes, sobre todo á vosotros que no teneis la fe ingénua y sentimental de los niños y de las mujeres, sino la fe viril y reflexiva, á vosotros, cristianos inteligentes, iniciados en la ciencia, en la filosofía, en la literatura contemporánea, á vosotros cristianos militantes que lucháis y sufrís por la defensa y el triunfo de la fe.

Yo creo, Señores, mi convicción profunda es que hoy, en el mundo civilizado, en Europa, notablemente en Francia, la creencia en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, está, en despecho de todos los ataques, dotada de una vitalidad incoercible. Nosotros somos los vivos; los progresistas somos nosotros que creemos en Jesucristo, y los moribundos, los decadentes son aquellos que profetizan nuestra ruina.

Quisiera dar la prueba de mi dicho, sobre todo á los incrédulos que hoy me escuchan. Si me honran presentándose aquí, no es por cierto la curiosidad sola la que los trae, sino el deseo de oír una palabra superior á la palabra del hombre, una palabra de Dios. Pues cualquiera que sea el hombre, Señores, creedme, nunca intentaría de propósitos remover la conciencia humana si una fuerza superior, un impulso, una vocación divina no lo obligase á ello y si el espíritu de Dios no le pusiese su palabra en los labios. Desearia desalentar y desarmar á la incredulidad agresiva mostrándole la inutilidad de sus ataques contra una fe que, lejos de humillarse, se endereza, á cada golpe, más fuerte y más activa.

En cuanto á los creyentes ¿no me será permitido desarrollar en ellos la convicción reflexiva de la vitalidad indomable de su creencia? Duplicaré su ánimo; y ciertamente, tienen necesidad de bravura más que ningún otro, pues nadie es combatido, en esta edad de incredulidad y escepticismo, con mayor encarnizamiento que Dios, Jesucristo y la Iglesia; ahora bien, que lo sepan, nadie tampoco es más capaz de provocar el ataque y desafiar los golpes que el batallón sagrado que forma cortejo á Dios, á Jesucristo y á su Iglesia.

Ved, en dos palabras, mi respuesta á la cuestión: una creencia ó una fe atestigua su vitalidad por dos señales: por la potencia de duración y por la fuerza de expansión y de resistencia.

Siempre que veais á un sér vivo presentar garantías de duración, podeis decir de él: Es resistente y vivaz.

Siempre que veais á un sér vivo manifestar en su medio, su potencia expansiva ó defensiva, decid atrevidamente: Este sér tiene el alma muy bien puesta en su cuerpo.

Ahora bien, Señores, la creencia en Jesucristo está do-

tada de la más alta potencia de duración y de la más alta potencia de expansión y de resistencia; desde luego y cuando haya demostrado estas dos proposiciones, me será permitido deducir que la fe cristiana está viva verdaderamente y que si los creyentes pueden regocijarse, los agresores deben de renunciar á la esperanza de destruirla.

La energía de duración de una creencia se reconoce en un fenómeno cierto: su correlación armónica con los principios esenciales de la naturaleza humana; pues la naturaleza humana—como por lo demás toda naturaleza—siendo inmutable en su esencia, es evidente que, si una creencia corresponde á sus elementos esenciales, á sus aspiraciones indestructibles, participará de la inmutabilidad de esta naturaleza.

Y bien, Señores, ¿qué cosa es la naturaleza humana? ¿Cuáles son los elementos esenciales y las fuerzas vivas que la constituyen y la caracterizan?

La naturaleza humana tiene aspiraciones irreductibles que ponen en movimiento sus energías. El peso de nuestro cuerpo nos inclina hácia la tierra y nos ata á ella por relaciones estrechas, por una indestructible afinidad. La doctrina espiritualista más estricta no llegará nunca á suprimir ni estas relaciones ni esta afinidad, pues constituyen la esencia misma de nuestra naturaleza terrestre. La tierra es algo de nosotros: es la parte inferior de nuestro sér. Nos pertenece más aún de lo que nosotros pertenecemos á ella; y sin embargo estamos condenados á buscar en ella lo que fortifica nuestro cuerpo y á mendigarle lo que necesitamos para vivir.

La atracción que nos impulsa hácia nuestros semejantes es igualmente indestructible.

Cualesquiera que sean nuestras tendencias espiritualistas, cualesquiera que sea el atractivo de las contemplacio-

nes para el recogimiento y la soledad, jamás el hombre cesará de obedecer al instinto de sociabilidad, á la necesidad de agrupar á sus semejantes en derredor de sí, de fundar familias, civilizaciones, pueblos y razas.

Una aparición más grande que las otras dos y no menos esencial nos conduce arriba de nosotros mismos.

El hombre es un sér inteligente y por este título aspira necesariamente á conocer la causa de los fenómenos, á penetrar la esencia y la razón de las cosas. Va de fenómeno en fenómeno, de causa en causa, subiendo siempre más arriba, solicitado hacia la verdad suprema por curiosidad insaciable que testifica, á la vez que una inteligencia, una potencia infinitas y que se saciaría únicamente en aquél que los grandes filósofos de la Grecia llamaban sucesivamente el Sér, el Acto puro, la Causa de las causas.

Hoy se dice: el Más allá, el Ideal, la Lógica, el Número, la Ley—palabras anémicas é indicios ciertos de un pensamiento deficiente y enlanguidecido.

¡Qué! ¡un número, una lógica, una lógica transcendente, como decían los Alemanes de hace cincuenta años, una ley soberana! ¿Qué es una ley sin ser legiferante? ¡Un ideal! ¿Qué cosa es un ideal sin realidad? Un nombre, una idea de nuestro cerebro. Pero entonces ¿cómo la inteligencia puede ser puesta en movimiento por lo que no tiene realidad?

No, el hombre es impulsado hacia la verdad primera, la verdad substancial, idéntica al Sér. Digamos la palabra: el hombre es impulsado hacia Dios.

Y del mismo modo que, por la inteligencia, aspira á la verdad, por su voluntad, reclama el bien. Para ser más comprensible para el pueblo mismo, digamos que el hombre quiere la dicha, es decir, el bien que satisface, que beatifica y lo busca con una especie de frenesí.

Una de las grandes palancas de la civilización moderna es esta fuerza. Nunca, tal vez, la fortuna confundida con el bienestar había levantado ni hambreado tan enérgicamente al alma humana.

Mirad la ciencia: ¿no es el hambre y la sed del bienestar y de la fortuna quienes la agitan, cuando por sus investigaciones y su genio atrevido, ensaya hacer fluir sobre vosotros un rayo mejor de luz, cuando, armada de su mágico cetro sueña con el embellecimiento de nuestra tierra para darle una eterna primavera y para hacernos encontrar en ella el paraíso perdido? Pero, hasta en este furor del bienestar, es á Dios á quien la ciencia busca, es á Dios á quien reclama el hombre.

Ahora bien, sabio, podrás muy bien dorar mi estancia, ensayar transformar la tierra en paraíso, pero este paraíso nunca será formado sino de tus creaciones, es decir de cosas finitas, No podría bastarnos; la sed de dicha que nos consume es una sed que no mitiga nada, sino es Dios, el Sér absolutamente perfecto, eterno, inmutable, infinito. Y á medida que más se ensanchen nuestros horizontes á la claridad de tus descubrimientos, esta sed nos consumirá mucho más.

Los salvajes se contentan con nada: un poco de vino de palmera y algunos frutos maduros por su ardiente sol. Pero nosotros, los civilizados, somos más exigentes. Aun embellecida y transfigurada, la tierra nunca deja de ser para nosotros una prisión de la que tenemos necesidad de salir. El hombre se inquieta por la dicha; la reclama y la quiere sin medida, pero es una dicha infinita la que busca siempre.

Otra aspiración va á revelarnos á nosotros mismos.

El hombre está oprimido por el mal, digamos por la injusticia, pues el mal—tomo en este caso no la definición

metafísica sino la popular que es accesible para el último de los niños—el mal es la injusticia. ¡Y bien! somos conducidos no sólo por nuestra inteligencia á la verdad primera, no sólo por nuestra voluntad y por nuestra sensibilidad hacia la dicha, hacia la fortuna, sino que, por nuestra calidad de seres libres y oprimidos por el mal, tenemos sed de libertad y estamos hambrientos de justicia. Y bajo este punto de vista, doy la gloria al siglo actual que, más que ninguno otro, es presa de esta hambre y de esta sed devoradora.

Por esto es por lo que en este auditorio tenderé la mano á más de un incrédulo y aún á los socialistas, para decirles: Así como la ciencia es arrastrada por los sentimientos del bien, de la dicha y la fortuna, siempre más grandes que aquellos que se les piden que produzcan, así la humanidad que sufre y que está oprimida por el mal se subleva por la injusticia y grita con acento penetrante: ¿Quién es aquél que me dará justicia?

Pero, Señores, del mismo modo que hay una falsificación de la verdadera dicha en la dicha material, existe una falsificación de la justicia en la igualdad brutal.

Nuestro país es hoy víctima de esta grosera confusión; quiere, á cualquier precio y aunque sea por fuerza, la justicia y á la vez está devorado por la pasión de la igualdad. Y ciertamente por ello se le imputa un crimen. Franceses, exclaman, jamás sois circunspectos, teneis el furor de la igualdad!—Es cierto. Es preciso reconocerlo y el que se inscribiese en la contraria mentiría. Somos de raza *igualitaria*. La pasión de la igualdad está en nuestra sangre como un fuego que la quema. No moderamos la vehemencia y los arrebatos de esta pasión por la fuerza serena y por la santidad de la justicia.

Ahora bien, Señores, la esencia de la justicia no con-

siste en dar á cada uno una parte matemáticamente igual; la justicia debe dar á cada quien una porción proporcional.

Existe una jerarquía en los derechos como hay una jerarquía en los seres. Es fuerza respetarla. El derecho del hombre y el de la mujer se equilibran, pero los derechos del padre y de los hijos ciertamente no pueden ser iguales. El derecho del sacerdote, el del magistrado, el del jefe no es tampoco el mismo que el derecho de sus subordinados. Si poseyéremos el sentido religioso y moral de la justicia, no seríamos más el juguete de pasiones capaces de encender volcanes, estaríamos asistidos por su virtud. La justicia puede desazonar, intimidar á los malvados y provocar su rebelión, pero es siempre benéfica á aquellos que la sirven. Es la sal de las sociedades humanas, la sal que las preserva de la corrupción.

¡Pues bien! Franceses; temperad vuestra pasión de igualdad por la pasión de la justicia y vereis cuántas dificultades quedan allanadas, cuántas cuestiones resueltas ó suprimidas en este mundo en el que el furor de la igualdad multiplica los conflictos y enciende las revoluciones, en tanto que el culto de la justicia inspira sabias leyes y pone todas las fuerzas en perfecta armonía.

Si queda establecido que el hombre quiere la verdad absoluta, el bien sin limitación y la justicia, la justicia imparcial, la justicia incorruptible, puedo deducir que el hombre es conducido hacia Dios por el peso mismo de su alta é inmortal naturaleza; puesto que el primer nombre de Dios es el de Verdad subsistente, esencial, y suprema; su mejor nombre el de Soberano Bien, de perfección absoluta; y su nombre, el más sagrado, el de Justicia, justicia perfecta, subsistente y no sólo inmanente sino trascendente.

A tales aspiraciones que ennoblecen, que dominan nuestra mísera y mudable vida y que hacen del hombre un ciudadano de la eternidad, es fuerza responder; y sólo Jesús, Señores, ha respondido á ellas; para probároslo os daré desde luego una noción de la creencia en su divinidad en la cual tal vez no hayais pensado, no sólo vosotros los creyentes, sino tampoco vosotros los incrédulos.

¿Qué es Jesucristo según la fe cristiana y católica? Jesucristo es Dios mismo interviniendo en la humanidad bajo la modalidad de la Encarnación del Verbo de Dios en una naturaleza humana. De manera que, nosotros que creemos en Dios hecho hombre, creemos por esto mismo que la verdad infinita se ha puesto en relación con nosotros de modo que pudiera responder plenamente á nuestra aspiración hacia la verdad suprema. Y aún más, poniéndose en relación con nosotros por medio de la humanidad á la que Él se unió substancialmente, el Verbo de Dios nos ha traído al mismo tiempo la perfección absoluta bajo una forma que nos es apropiada, y con la perfección absoluta la fuerza de la justicia. Pues si Dios se ha encarnado ha sido con el único objeto de dar al hombre la verdad que éste busca en vano por sus solas facultades; la verdad á la cual su espíritu entregado á sí solo, no puede alcanzar de un modo completo; es con el fin de hacer reinar en este mundo, donde imperan todas las corrupciones y todas las servidumbres, la santa, la inenarrable, la victoriosa justicia; es con el objeto de manifestar en una realidad humana, de carne y hueso, en una realidad viva, palpable y sensible, el eterno amor y la eterna perfección, revelándonos así al hombre ideal, como le denominan voluntariamente todos los que han estudiado á Jesucristo, á este sér único sobre cuya frente la historia ha colocado una aureola y al que no puede contemplar sino es arrodillado.

Mirad la Encarnación: misterio de verdad, de perfección moral, de amor y de justicia, al que desdeñan hoy los Institutos como si su reinado hubiese terminado; misterio inefable y conmovedor, del que sonríe la literatura escéptica y crítica cuando oye decir que el Sér divino, en el cual se ha cumplido este misterio, salió de las entrañas de una Virgen.

¡Sí, ciertamente de una Virgen! Pues si Dios ha bajado á esta tierra, á esta humanidad, no creais,—por usar de una palabra que desearía fuese menos trivial, pero que sin embargo traduce muy bien mi pensamiento,—no creais que por esto Dios se haya envilecido.

Dios escogió el sér puro, el sér santo, el sér sin mancha —la Virgen—y El se apareció al pueblo; á vosotras, mujeres, á vosotros, niños, á vosotros, los desdeñados, los humildes de este mundo; se apareció á todos. Pero se ha ocultado á vosotros, espíritus escépticos, soberbios y sin respeto; á vosotros, los que no sabeis inclinarnos ante lo que es santo, ante lo que es puro, y á vosotros, aquellos cuya razón está siempre dispuesta á despavorirse y obstinarse ante los designios de Dios.

Y si por su misericordia infinita El se ha aparecido aún á vosotros, no lo habeis querido; lo habeis desconocido é insultado. Mas en despecho de las resistencias, de las tenacidades y de la ceguedad del hombre, el plan de Dios se ejecuta; y á todos aquellos que reciben al Cristo con la fe de una conciencia docil, Jesus se les manifiesta y les embriaga con esperanzas que apaciguan sus aspiraciones infinitas.

Y, no designo aquí, cuando hablo del hombre, sólo al hombre moderno, como se usa llamarle con afectación, ni al hombre antiguo; designo al hombre de todos los tiempos, de todos los países, de todas las razas, al hombre per-

pétuo, al hombre que está en vosotros, que está en mí, que está en todos.

El hombre moderno es aquel que arrastra consigo la movilidad de las cosas de este mundo inconstante y su incurable vanidad; el literato decadente, refinado, que cree en la frase y olvida la idea; que busca la armonía, y la resonancia en las palabras en vez de la armonía de los pensamientos; el sabio vulgar que se deja embriagar por la vana ciencia y por la ilusión de un progreso indefinido; el crítico que pretende medir toda realidad con la ana de su corta razón en lugar de elevar su razón á la medida de las cosas y á la altura de Dios. El hombre moderno es aquel que se deja aturdir y absorber por esta vida material, cuyo torbellino impetuoso sofoca y paraliza nuestras aspiraciones divinas.

El hombre perpétuo, al contrario, es el que se conserva invariable bajo la figura movediza é inquieta de este mundo; que quiere la verdad y que está hambriento de perfección; que reclama la justicia y que la busca hasta con peligro de su vida, el que daría su misma sangre por obtenerla.

¡El hombre perpétuo! Jesucristo encarnó con el fin de colmar sus aspiraciones, y es él quien, en la tranquilidad de sus aspiraciones saciadas, testifica la perpetuidad de esta fe, contra la cual ninguna modernidad prevalecerá, ni la modernidad del Renacimiento, ni la de la Revolución francesa; ni la modernidad del fin del siglo diez y nueve.

La segunda señal por la cual se revela la vitalidad de una creencia es su potencia de expansión ó de resistencia. Retened estas dos palabras pues aunque contrarias son inseparables.

La ley que rige á todo sér vivo y por consiguiente á toda creencia, puesto que toda creencia puede ser asimilada á un germen, es ésta: un sér dotado de vitalidad se

manifiesta á la vez por su potencia de expansión en un medio favorable y por su potencia de resistencia en un medio refractario. Es preciso tener presente en el espíritu este doble fenómeno, para juzgar sana y seguramente de la vitalidad del cristianismo y de la fé en Jesucristo que es su misma esencia.

Y bien, Señores, ¿de qué manera, hoy, en el mundo moderno, atestigua su vitalidad la creencia en Jesucristo?

Respondo que, á los ojos de todo observador imparcial esta creencia testifica su vitalidad, sucesiva ó simultáneamente, según los medios, por la potencia de expansión y por la potencia de resistencia.

Puede decirse que el medio más favorable á la creencia cristiana y por consiguiente á la creencia en la divinidad de Jesucristo, es aquel en el cual ella tiene, no diré la protección del poder, sino la plenitud de su libertad. En la civilización moderna los dos países en los que esta libertad es más amplia, la Inglaterra y los Estados Unidos sobre todo, son precisamente los dos países en los que la creencia en Jesucristo afirma su vitalidad por la más vigorosa expansión.

Es notoriamente público, en efecto, que en Inglaterra desde luego, país de grande autonomía individual, de amplias libertades públicas y en el que las religiones, por lo demás respetadas, pueden desplegarse con desahogo bajo la mirada tranquila del poder, es notorio, digo, que en Inglaterra la fe católica, la fe en Jesucristo crece y se desarrolla más y más.

En los Estados Unidos este fenómeno es aún más manifiesto, más brillante. En esta tierra clásica de la independencia individual en la que los hombres tienen la libertad como antes la tenían los árboles en las selvas vírgenes, en este país la expansión es exuberante. Por esto,

cuando suelo encontrar americanos, obispos ó apóstoles, me parece percibir un mundo nuevo, donde la fe está viva, donde las barreras han sido separadas, donde cada quien tiene un lugar al sol y puede desarrollarse sin travas. Siento, al verlos, algo como embriaguez de santa independencia.—¡Sois felices, Americanos! No teneis que contar con nadie para la expansión de vuestras fuerzas vivas; es benéfico para el sér activo tener los movimientos libres, estar fuera de las civilizaciones envejecidas y que han llegado al grado de que en sus cuadras rígidas y estrechas no se puede ir ni á derecha ni á izquierda, adelante ó hacia atrás, sobre todo adelante sin hallar un traseantón sobre el cual está escrito: ¡No se pasa!

A una civilización semejante prefiero el silencio y la libertad del desierto ó de los campos eriales. Allí al menos puedo hablar á mi Dios, á Aquel que nunca nos engaña; allí no tengo que temer ni á la multitud corrompida ni á los poderes sombríos, ni á las perfidias de la opinión semejantes á las serpientes ponzoñosas de las que Jesus dijo á sus Apóstoles: "Las agarrareis y no sereis alcanzados por ellas;" ni los vasos envenenados de los cuales el mismo Jesus decía: "Los bebereis y no morireis."

Es feliz, con tener su libertad, toda su libertad esta Iglesia de América! ¡Cuánto la envidio! Sus templos se elevan y sus fieles se multiplican como las arenas en el mar. Su ejemplo nos conforta, á nosotros los viejos Europeos, que comenzamos á sentir el peso de los siglos. ¡Sí, nos beneficia ver su valiente juventud y su potencia de expansión! Hace apenas cincuenta años no contaba sino con dos ó tres millones de católicos; y hoy son ya doce ó quince millones. ¡Qué ejemplo para los incrédulos! La América es desmontada por nosotros los creyentes, y plantamos en medio de este pueblo libre frondosos árboles de fe, como

antes plantábamos en Francia los árboles de la libertad; son los mismos. Se objetará que la expansión del catolicismo en los Estados Unidos resulta de la emigración de los católicos del viejo continente, responderé que este hecho es una nueva prueba de la vitalidad de nuestra creencia y que no por eso deja de hacer patente la fecundidad de ese suelo de América en el que la fe se implanta tan fácilmente y crece con tanta fuerza.

Ved lo que llega á ser la fe en un medio libre; vais á ver, Señores, con qué energía de resistencia afirma, en los medios refractarios, su robusta vitalidad.

Tomemos como ejemplo á nuestro país. La Francia—puedo decirlo, pues mi amor por ella está libre de toda sospecha,—la Francia sin ser absolutamente hostil á la fe, no tiene por ella, ciertamente, el gran respeto con el que la Inglaterra y los Estados Unidos la honran.

No hablaré de la cuestión gubernamental,—hablaría de política y me he propuesto no tocar este punto—pero separando toda cuestión política, puede afirmarse que, aun cuando el gobierno practicase con respecto á nosotros la más imparcial y la más estricta neutralidad—lo que es muy difícil—no tendríamos, á pesar de ello, la hermosa libertad anglo-sajona ó americana; pues la neutralidad no es la benevolencia, y sin benevolencia no hay tolerancia, ni respeto, ni plena libertad.

Mas si, dejando á un lado la situación en que nos encontramos en este país á causa de la actitud de los poderes públicos, consideramos la que resulta del estado de las doctrinas, reconoceremos, sin dificultad, cuán refractario es el medio en el cual está condenada á vivir la fe cristiana.

En efecto, ved los sistemas de filosofía que gobiernan la opinión: materialismo, panteísmo, naturalismo, idealismo, criticismo, escepticismo; todos en el fondo y con va-

riadas formas representan la negación, la duda, el olvido de Dios. Ensayad describir la tendencia intelectual dominante en la masa de los espíritus, y hareis constar una especie de positivismo inconsciente ó reflexivo, una inclinación vehemente á no considerar como verdaderas sino las cosas de evidencia material, los hechos positivos y las cifras, los fenómenos de orden sensible y que pueden ser vistos, tocados, pesados, medidos y dosificados. Por último, si penetrais más al fondo, en la razón contemporánea percibireis, disimulada á veces con el aire de una falsa modestia, una muy marcada disposición que puede caracterizarse con la palabra individualismo crítico.

Francia contiene treinta y ocho millones de habitantes. En esta cifra ¿cuántos millares hay de escritores, filósofos y sabios, literatos y políticos? Lo ignoro, aunque la estadística tal vez lo haya enumerado exactamente. Ahora bien, lo que domina en ellos es el sentimiento, muy exaltado, de su individualidad y del derecho absoluto á la crítica. Todos se consideran asimismo como los jueces competentes y supremos de todo. Para ellos la tradición no tiene más peso que la última de las opiniones señaladas en la Soborna, opinión que puede abandonarse ó cambiar de hoy á mañana.

Y este, señores, ¿es un terreno favorable á la fe? Respondedme. Vosotros que negais á Dios, ¿cómo podreis creer en la encarnación de Dios? Vosotros que sois llevados por una tendencia exclusiva á no admitir sino verdades palpables, ¿cómo podeis creer en el Invisible, en el Inmaterial, que hubiese encarnado en el Cristo? ¡Oh! el Cristo... Lo admitis como hombre pero no como Dios: le dais, vencidos por la evidencia, los más hermosos nombres, pero le negais el único que merece, el único que lo expresa por completo. Y vosotros, que no aceptais testimo-

nio alguno, aun debidamente documentado, si choca á vuestra razón privada, ¿cómo podríais aceptar la divinidad de Jesucristo atestiguada por él mismo y por el testimonio unánime é ininterrumpido de todos sus discípulos, desde San Pedro que la profesaba en el camino de Cesarea, hasta el Papa León XIII que la proclama en términos idénticos á la faz del mundo?

¿Me objetaréis tal vez que niego á la razón individual el derecho de crítica y de exámen? Ciertamente que no, Señores, no os prohibo serviros de vuestra razón, mas, desearía que no fueseis esclavos de un vano sistema filosófico, variable y mentiroso. Quisiera, hombre moderno, que os impregnarais de eternidad, elevándoos hasta la razón que se abstiene, para pedirle iluminara vuestras investigaciones y consagrara vuestros designios.

Quando apeleis á estos principios eternos estareis en el camino de la fe; entonces no temeré ya, ver en mi patria á la divinidad de Jesucristo zozobrar bajo la tempestad de las doctrinas de un panteísta, de un materialista ó de un positivista, de esos sofistas contemporáneos que han encontrado el arte de burlarse de todas las cosas, negando y afirmando sucesivamente y rodeándose de una especie de diletantismo pérfido y disolvente para el que la opinión tiene complacencias infames, cuando debiera fustigarlo sin piedad. Aquel que, en vez de someterse dócilmente á la razón, la prostituya á una causa cualquiera para encontrar en ello un motivo de desarrollo literario ú oratorio, no es más que un sofista; deshonor á la razón, la ultraja, y creyendo arruinar á la fe, no es á ella sino á la razón misma á la que trastorna y á la que destruye.

Ahora bien, Señores, queréis saber cual es, en este suelo humano estéril y refractario y á pesar de las doctrinas de ateísmo, á pesar del espíritu positivista, á pesar del es-

piritualismo crítico forrado de diletantismo, ¿queréis saber cual es la vitalidad y la fuerza de resistencia de la fe en la divinidad de Jesucristo? Pues bien, mirad:

Hay más de cuarenta mil sacerdotes seculares en Francia, que obedecen á un centenar de obispos quienes, á su vez obedecen á un jefe único: el Papa. Hay cuarenta mil religiosos; hay ciento treinta mil religiosas. He aquí cifras elocuentes. ¿Cómo las explicáis? Y sobre treinta y ocho millones de habitantes no cuento á los simples fieles, es decir á las tres cuartas partes de las mujeres y de los niños, no hablo de los indiferentes que no practican su culto, ni de los fieles valerosos y militantes, señalo únicamente los cuerpos constituidos, los religiosos y las religiosas, los sacerdotes y la jerarquía.

Que ejército! Conozco yo dos clases: los ejércitos de ataque que dan la batalla, vivos y siempre alerta y prestos á dirigirse á todos los puntos en que las necesidades de la lucha los llaman; y los ejércitos concentrados para la defensiva, falanges impenetrables, en pié siempre, vigorosas, invencibles. Tal es el grande ejército católico en nuestro país en Francia. Es compacto bajo la mano de los jefes á quienes obedece; es hermoso, mucho más hermoso que el de la gran nación judía que cubria con sus tiendas las cumbres de Moab y que arrancó gritos de admiración al profeta que venia á maldecirlo.

Pues bien, este ejército que por todas partes manifiesta su resistencia, que ningún ataque puede derrotar ni hacer vacilar, este ejército, sabedlo, no permanece inmóvil, inerte, con el arma en descanso; estas valientes legiones hacen patente aún la intensidad de su fe por un maravilloso celo de apostolado en la difusión de la verdad, por impulsos irresistibles é infatigables de caridad para comunicar los beneficios de esta verdad bajo todas las formas.

Mirad á las religiosas entregadas á olvidar á los miembros enfermizos de la humanidad; nada las descamina; la abnegación de la mujer y el ardiente amor de Dios las alienan. Bien puede el hombre ir á verter su sangre, hacerse atravesar el pecho por una bala enemiga, que la mujer hará estribar su valentía en curar las heridas, en aprontar las más repugnantes é ingratas tareas: en ello encuentra un goce sobre humano, el goce de la madre cuando cura á su hijo enfermo. Todo el que sufre, anciano, niño abandonado, pobre sin asilo que en la tarde tiene necesidad, al comer la sopa caliente servida por la caridad, de oír la palabra del alma, ella lo recoge. Su piedad se extiende á todas las miserias; tiene siempre una palabra para el corazón herido, para la pobreza vergonzante, para la indigencia irritada y para la desesperación oculta en el fondo de la conciencia; sabe siempre arrancar una lágrima á aquellos á quienes la angustia ahoga y que no pueden llorar. ¡Qué maravilloso arte es el suyo! Estas pobres y santas mujeres son verdaderamente el prodigio de la fe cristiana en el siglo diez y nueve.

Por esto, Señores, es por lo que me admira y me entristece que en este país, caballeresco hasta el grado de haber sido por ello mofado algunas veces por los países vecinos, los incrédulos no rivalicen con los creyentes para aclamar y levantar sobre el país á estas heroínas cuya ambición y genio divino no aspiran sino á volar al socorro de los desheredados.

Pero el espíritu de secta no conoce ni la generosidad, ni la justicia; está formado de pasión, de ceguedad y de violencia. El bien mismo, si no lleva estampilla, no halla gracia ante él. No ha vacilado en proscribir á estas santas mujeres y aún ha osado decirles: "Ya no curareis á los enfermos porque tal vez los haríais confesar; no os entregaré ya

mis niños abandonados porque los haríais cristianos y conservarías en ellos las viejas supersticiones." Es sin duda, á sus ojos una superstición desarrollar en el niño el alma eterna, y nutrir á este hambriento, de perfección y de justicia. Nada revela mejor las intenciones secretas, perversas é impías de estos sectarios. Es á la fe de la divinidad de Jesús, es á Dios mismo á quienes atacan bajo el velo ó la toca de la hermana de la caridad.

¡Y bien! reflexionad, Señores; si los imprudentes que osan atacar al Papa mueren, ¿cual será la suerte de los sacrilegos que tienen la audacia de atacar á Dios y á su Cristo? Acabarán sin honor y sin esperanza, tal vez festejados por los hombres pero incurablemente tristes de dejar este mundo que se le escapará á su pesar, ó blasfemando de la fuerza desconocida que los arrojó en la vida y que se goza sin duda, dicen ellos, en asistir impasible al suplicio y á las agonías de la miserable humanidad.

Dejad, pues, dejad á estas nobles mujeres que han encontrado una respuesta á vuestras blasfemias, comunicar su fe y su serenidad á todos los débiles, á todos los abandonados; á los ancianos y á los enfermos próximos á bajar á la tumba.

Mucho habreis hecho, Señores, pero toda vuestra filosofía, toda vuestra literatura, toda vuestra ciencia, todo vuestro socialismo nada pueden para enseñaros á morir y á entrar á la vida eterna. Solo un sér dá esta ciencia necesaria y suprema, y este sér es Dios, el Dios encarnado en Jesucristo que fué crucificado para enseñarnos el secreto del dolor y de la muerte.

Concluyo, Señores. Cuando una creencia está en armonía profunda con la naturaleza humana inmutable, en su fondo; cuando se afirma por su organización resistente en un medio refractorio y por expansión en un medio favora-

ble, esta creencia tiene todas las garantías de duración, puede desafiarlo todo. Tal es la fe en Jesucristo. Desde que existe ha ido creciendo siempre. En el curso de sus progresos y de su evolución, falsos profetas cuya lista se puede formar, desde los grandes filósofos de la Roma imperial hasta los filósofos del fin del siglo diez y ocho y de nuestra edad, no han cesado de profetizar su ruina, pero ella no ha cesado de infligir, á estos decidores de oráculos, un solemne mentís. ¿Cristianos y creyentes, los dejareis intimidar por esta fila de augures y por la audacia de sus falsedades? Unios mejor á la palabra de Aquel que ha dicho: "Las potencias del mundo no prevalecerán contra mí", y del cual ha confirmado la historia en todos los siglos, la infalible palabra.

¡Va! no temais nada. Que vuestra fe no se conturbe y que vuestra razón se aclare. Los vanos sistemas flotan como las nubes que nos ocultan las estrellas y que hacen la noche en nuestro cielo. Mas, Dios que conserva y guarda á la humanidad, envía cuando le place, los grandes vientos para barrer el espacio; y la noche que pesaba sobre nosotros se transforma desde luego en claridad llena de estrellas.

Las doctrinas humanas de hoy serán barridas por el sople de Dios y aquellos que levanten la cabeza percibirán las estrellas en nuestro firmamento purificado. Yo, por mí, no quiero sino una, que es la fe en la divinidad de Jesus, que era ayer, que es hoy y que será mañana en los siglos de los siglos.

SEGUNDA CONFERENCIA

LA NEGACION CONTEMPORANEA

DE LA
DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

La creencia en la Divinidad de Jesucristo—ya lo hemos establecido—está en correlación íntima y profunda con las aspiraciones esenciales de la naturaleza humana. De donde resulta que esta creencia debería encontrar al mundo de rodillas; pues si es verdad que esta creencia responde á las aspiraciones superiores del hombre ¿por qué el hombre no iría, de un salto, á Jesucristo, manifestación de la eterna verdad, encarnación de la perfección absoluta en una carne humana, expresión viva, conmovedora de la justicia de que tenemos tanta necesidad en este mundo en el que el

ble, esta creencia tiene todas las garantías de duración, puede desafiarlo todo. Tal es la fe en Jesucristo. Desde que existe ha ido creciendo siempre. En el curso de sus progresos y de su evolución, falsos profetas cuya lista se puede formar, desde los grandes filósofos de la Roma imperial hasta los filósofos del fin del siglo diez y ocho y de nuestra edad, no han cesado de profetizar su ruina, pero ella no ha cesado de infligir, á estos decidores de oráculos, un solemne mentís. ¿Cristianos y creyentes, los dejareis intimidar por esta fila de augures y por la audacia de sus falsedades? Unios mejor á la palabra de Aquel que ha dicho: "Las potencias del mundo no prevalecerán contra mí", y del cual ha confirmado la historia en todos los siglos, la infalible palabra.

¡Va! no temais nada. Que vuestra fe no se conturbe y que vuestra razón se aclare. Los vanos sistemas flotan como las nubes que nos ocultan las estrellas y que hacen la noche en nuestro cielo. Mas, Dios que conserva y guarda á la humanidad, envía cuando le place, los grandes vientos para barrer el espacio; y la noche que pesaba sobre nosotros se transforma desde luego en claridad llena de estrellas.

Las doctrinas humanas de hoy serán barridas por el sople de Dios y aquellos que levanten la cabeza percibirán las estrellas en nuestro firmamento purificado. Yo, por mí, no quiero sino una, que es la fe en la divinidad de Jesús, que era ayer, que es hoy y que será mañana en los siglos de los siglos.

SEGUNDA CONFERENCIA

LA NEGACION CONTEMPORANEA

DE LA
DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

La creencia en la Divinidad de Jesucristo—ya lo hemos establecido—está en correlación íntima y profunda con las aspiraciones esenciales de la naturaleza humana. De donde resulta que esta creencia debería encontrar al mundo de rodillas; pues si es verdad que esta creencia responde á las aspiraciones superiores del hombre ¿por qué el hombre no iría, de un salto, á Jesucristo, manifestación de la eterna verdad, encarnación de la perfección absoluta en una carne humana, expresión viva, conmovedora de la justicia de que tenemos tanta necesidad en este mundo en el que el

mayor mal es la iniquidad que nos oprime y que nos devora?

Y bien, nó, Señores; la humanidad no está de rodillas ante Jesucristo: la humanidad está desunida delante de él. No os escandaliceis. Sería tal vez una desgracia que fuese de otro modo; pues, notadlo, la suerte de esta creencia divina es la suerte común de la verdad, de la virtud, de la justicia, de la belleza y aún de la salud.

¿No está formado el hombre para la verdad? Pues los más grandes entre los hombres pasan su vida ultrajándola.

¿No está formado el hombre para la justicia? Pues las masas están en rebelión perpetua en contra de ella.

¿Acaso el hombre no está hecho para la virtud? Y bien, os lo pregunto, ¿dónde están los virtuosos?

Y el hombre, por su naturaleza física ¿no ha sido formado para la higiene, secreto de toda fuerza y de toda salud? Ahora bien, pasa su vida en envenenarse y en matarse. Los médicos y los estadistas que aquí están no me desmentirán, ellos que han dicho esta espantosa frase: El hombre no muere, se mata.

No os admireis ni os escandaliceis, si, hoy como antes, la creencia en la divinidad de Jesucristo no encuentra solamente creyentes y discípulos, sino también incrédulos resueltos y encarnizados en su contra.

Estos incrédulos existen y la historia de la humanidad desde la venida de Cristo no es sino un movimiento violento que separa en dos campos y coloca en riña á los que creen en Él y á los que no creen.

Os he hablado del campo de la fé, de la vitalidad de esta falange intrépida y de la indestructibilidad de esta creencia que está asida al corazón y á la naturaleza misma del hombre. ¿Tal vez esperaríais que os diese inmedia-

tamente la prueba de que la divinidad de Jesucristo está fuertemente establecida y de que para imponerse á la razón tiene motivos invencibles? No, tengo necesidad de ocuparme un poco de los incrédulos: son tal vez numerosos aquí. Cada ocasión que miro á una multitud al pié de un púlpito, busco á mis adversarios. Desearía que pudiesen enseñarse, levantando las manos como se hace en la cámara. Es preciso, en la lucha, conocer á nuestros amigos y á nuestros enemigos, separar los primeros de los segundos, poner á la derecha á los que son y á la izquierda á los que no son, si se quiere evitar el peligro de la confusión y no arriesgarse al apuntar al ejército enemigo á tirar sobre las tropas propias. Sólo á la hora de las batallas inextricables tienen el derecho los valientes de recordar las célebres palabras: Hiere, hiere, que Dios sabrá reconocer los suyos.

Así, Señores, antes de daros—lo que reservo para más tarde—las pruebas sobre las que se apoya la creencia en la divinidad de Jesucristo, estudiaré de cerca, en el día de hoy y con vosotros, las diferentes negaciones que los incrédulos han formulado. Ahora, y así como en nuestra primera conferencia hemos examinado no la creencia en general, sino la creencia actual en la divinidad de Jesucristo, del mismo modo examinaremos hoy el estado actual de la negación de esta divinidad.

Para hacerlo bastará con resolver las tres cuestiones siguientes:

¿Qué carácter distingue á la negación contemporánea de todas las que le han precedido?

¿Sobre qué doctrina reposa esta negación?

¿Cual es el valor de los procedimientos que emplea?

Pienso, Señores, que el exámen de las dos primeras cuestiones será sobrado para ocupar nuestra conferencia

de hoy día y que es conveniente reservar la tercera para nuestra próxima reunión.

Las negaciones de la divinidad de Jesucristo, que en el curso de las edades se han producido, pueden reducirse á seis: la primera, contemporánea de Jesucristo, es la negación judaica; la segunda, que ocupa el fin del siglo primero, el segundo y aún el tercero, se prolonga aún: es la negación gnóstica; la tercera es la negación ariana que se divulgó en el siglo cuarto. En seguida viene, en el siglo séptimo, la negación del Islam, que se perpetúa con el Mahometismo en medio de nuestro mundo europeo sin mezclarse sin embargo á él; después la negación sociniana del siglo décimo-sexto y por último la negación deista del décimo-octavo.

Estamos en la séptima negación de la divinidad del Cristo. Retened este número. La verdad es una, el error es múltiple é inconstante. Y me place señalarle este carácter como la marca de su infirmitad y de su miseria. No sois pues tan fuertes, grandes espíritus, que no tengais tanta necesidad de cambiar, mientras que la verdad queda siempre la misma.

Sería necesaria la voz de Bossuet y su palabra vigorosa para estigmatizar estas incesantes mutaciones del pensamiento en los adversarios de la divinidad del Cristo.

Una cosa me choca en sus negaciones sucesivas: todas y siempre están á la merced del espíritu reinante, siempre inspiradas y modeladas por la doctrina, las costumbres, y los intereses del momento y del medio.

Así, la primera negación que se produjo, en vida y á la faz de Jesucristo, cuando afirmaba su filiación divina, apelaba á la unidad de Dios, dogma fundamental de la religión de Israel. Los judíos, colocándose bajo el punto de vista supersticioso de la unidad divina, rehusaban admi-

tir—á pesar de las alusiones numerosas y transparentes de los Profetas—que la vida íntima de Dios en varias personas fuese compatible con la unidad de su naturaleza; y cuando Jesús afirmaba su divinidad, jamás dejaban de responderle: Tu blasfemas; tú te haces el Hijo de Dios, el igual de Dios; ¿hay pues dos Dioses? Y el blasfemo era tanto más escandaloso á sus ojos, cuanto que argumentaban con la estrechez de todos los sectarios y que la muerte estaba al cabo de esta blasfemia. Así, Señores, Jesús no ha sido condenado por revolucionario, como se complace en decirlo la crítica actual,—los documentos sobre este punto son manifiestos, irrefutables—fué condenado como impío y sacrilego por haber blasfemado contra la unidad de Dios en el sentido judaico, diciendo que era el Hijo de Dios.

La negación de los Gnósticos, en plena efervescencia en el segundo y en el tercero siglos, se perpetúa aún hoy tímidamente bajo la forma del Esoterismo del que los partidarios no son en efecto sino neo-gnósticos—Orientales extraviados en nuestro mundo occidental.

¿Por qué los Gnósticos niegan la divinidad de Jesucristo? Vais á comprenderlo.

Arrastrados por ese movimiento extraordinario que conducía á todo espíritu hacia el Oriente maravilloso donde todas las grandes cosas tenían su origen, los Gnósticos querían ver á Dios:—¿Quién es aquél que no quiere ver á Dios?—Y con la esperanza de penetrar el misterio se dirigían á las doctrinas de la Persia, del Egipto, de la Caldea, de la India Oriental y á la Kabbala judía. Esta amalgama de doctrinas, de delirios extraños, ha dado lugar á errores fundamentales que forman la base de todo el Gnosticismo: el dualismo y la emanación. No hay una verdad del dogma cristiano que no haya sido pervertida ó destruida.

La Encarnación sobre todo repugnaba á la gnosis dualista que no ha querido ver en Jesucristo sino un Eon especial á quien llamaba Salvador y que consideraba como inferior al Dios supremo, á quien nunca ha querido considerar como habiendo llegado á ser realmente hombre, es decir como unido á la materia, principio del mal.

Esta doctrina que ha tenido al mundo en agitación durante tres siglos, fermenta siempre en el espíritu del hombre, pues los grandes problemas teogónicos, cosmogónicos en los que el Oriente gnóstico ha chocado no dejan en reposo á la razón humana, ávida y curiosa. La falsa gnosis que pretende instruirlo cambia de error con los siglos y aquellos á quienes cautiva, en lugar de aceptar la palabra de Jesús transmitida por sus apóstoles, la niegan ó la alteran, queriendo explicarla según las exigencias de sus sistemas.

Después de los Gnósticos, en el cuarto siglo, vinieron los Arianos que son algo así como sus nietos. Entre las sutilezas con que se complacía el genio especulativo de los Orientales, cuando las doctrinas relativas á la Trinidad apasionaban á los espíritus curiosos de los misterios de la vida divina, ciertos de entre ellos se rehusaban tenazmente á reconocer la igualdad substancial de las personas en Dios y notablemente del Padre y del Hijo. Querían aceptar á Jesucristo como al Hijo de Dios, pero no como el igual del Padre. El Arianismo ha sido una de las más grandes dislaceraciones de la unidad de la Iglesia, una de las más terribles crisis de la fe. Su triunfo fulminante arrancó á San Jerónimo esta frase que es histórica. "El mundo, un momento, ha despertado en una especie de estupor viéndose Ariano." Se producen en efecto, Señores, invasiones más espantosas que las de los bárbaros. La invasión del Arianismo ha sido una de éstas.

Después y en el siglo séptimo, sobrevino la negación mahometana. Se apoyó, como todas las otras, en un arranque momentáneo que arrastró un tiempo, una raza, una civilización. Para Mahoma que se presentaba como el gran profeta de Dios, que fanatizaba al pueblo árabe por medio de una hábil mezcla de fe, de ambición conquistadora y de tolerancia para el mal, es evidente que Jesucristo no podía ser ya para él, el Hijo de Dios, igual al Padre. Lo consideró, es cierto, como un profeta, pero inferior á él. Lo ha cubierto de flores, pero quitándole su aureola y derribándolo del trono en el que la adoración de los cristianos le había colocado.

Si Dios es Dios, si Mahoma es el profeta de Dios, Jesucristo no es Dios ni el gran enviado; esto es simple y cortante como el filo de una cimitarra.

Dóciles al impulso de su maestro, de su jefe, de su revelador, los musulmanes han suprimido la divinidad de Jesucristo. Y, cuando el mahometismo se ha precipitado sobre la Europa ha, sobre todo, tenido por mira á los fieles de Cristo. Pero gracias al cielo, en la fe implantada por Dios en el corazón de sus hijos, hay no solamente la adoración que se prosterna, si que también el valor intrépido que se defiende. La cruz se transforma en espada. El cristiano es por raza, manso y libre pero robusto y guerrero; maneja la espada, no para imponer su creencia, como el musulmán, sino para resistir victoriosamente á los que amenazan su fe y que pretenden forzarle á escoger entre la apostasia y la esclavitud. Que el enemigo se precipite otra vez para humillar á la humanidad que ha sido tocada por el Cristo, y sabremos, cristianos, hacerle sentir el peso del martillo que ha reducido á polvo á los hombres que tuvieron la audacia de soñar con el imperio universal.

Después de la negación mahometana, reinó, Señores, cierto tiempo de tranquilidad, pues no se puede siempre estar en guerra; los armisticios son necesarios. En seguida sopló cual tempestad el terrible viento de la Reforma. En este torbellino, en este atropellamiento de todos los errores desencadenados, debo señalaros, como una negación nueva de la divinidad de Jesucristo, la doctrina sociniana.

Los Socinianos, llamados así del nombre de Socin su jefe, profesaban, como los Judíos, el culto fanático de la unidad de Dios. Es este un estado del que no he podido darme cuenta sino por la aspereza nativa de la razón á criticar la palabra de Dios. Después de haber negado la Trinidad, negaron la Encarnación de la segunda persona de la Trinidad: esto era lógico; hé aquí la esencia, el fondo de la herejía sociniana. Por lo demás, la Reforma, arrancando á una parte de la Europa, de la autoridad viva de la revelación, ha sembrado el germen de la disolución religiosa y ha arrastrado al espíritu sobre la pendiente de todas las negaciones.

Hoy todavía encontrareis la negación sociniana entre los teólogos protestantes. Se continúa con diferente espíritu, en otra forma, es cierto; pero es siempre la misma negación, que no teme invocar el patronato de los Libros sagrados, los que una vez sustraídos á la autoridad de la Iglesia dan, en efecto, todo lo que puede desear una exégesis fantástica.

Con el siglo diez y ocho vemos aparecer la negación deísta. Los filósofos y los sabios de esa época aceptan á Dios con sus atributos divinos, de verdad y de sabiduría, de potencia y de bondad, de justicia y de providencia; pero mutilan á la Providencia, niegan la intervención positiva de Dios en la humanidad, la revelación y el milagro

y por consiguiente la mayor obra de Dios, la Encarnación del Verbo. Para ellos, Jesucristo no es sino un hombre más perfecto, más sabio, á quien han divinizado los ignorantes. Tal es, Señores, el carácter de la negación racionalista.

¡Ah! pero ya nosotros no estamos allí, y los que se retardan en el racionalismo del siglo diez y ocho, son mucho más viejos que nosotros.

Se reconoce en nosotros cierta juventud, porque viniendo de tan lejos, luce sobre nosotros un reflejo de eternidad; pero aquellos que datan del décimo octavo siglo no datan sino de ayer;—es muy corta su fecha,—han envejecido ya.

Se asemejan á esas telas que han perdido su color y su brillo, ya sabéis con qué nombre se les llama. Hoy, nadie concede su atención á los deístas del siglo diez y ocho, y sin embargo, ¡cuánta boga! Ah! Voltaire, si tu volvieras cómo estarias pasado de moda! Y vosotros, inciclopedistas, si volvierais, cuán viejos nos pareceríais con vuestras pelucas de antaño!

¿Qué ha pasado? Una grande, una terrible novedad. Somos llevados—y en esto se distingue y por esto se caracteriza la negación contemporánea de la divinidad de Jesucristo—por un movimiento de ateísmo, sin ejemplo en la historia de la humanidad post-diluviana. Ignoro lo que habrá pasado antes del diluvio, tal vez algo análogo á lo que ahora pasa, es muy posible, pero en nuestra época el mundo—digo el mundo en el sentido en que lo entendía Jesús—es impulsado por un movimiento de ateísmo de violencia inaudita.

Este movimiento consiste en suprimir á Dios de todas partes: supresión de Dios para el origen de las cosas, para su evolución, para su fin; supresión de Dios en el origen

de la vida; supresión de Dios en el origen de las especies y de los géneros; supresión de Dios para el origen del hombre y para la evolución de la raza humana; supresión de Dios en su conciencia; supresión de Dios en la sociedad humana; supresión de Dios en el alma del niño, en el corazón de la mujer; supresión de Dios en la ley; supresión de Dios, también en el juramento—el juramento, cosa envejecida, arma vieja y ya embotada;—y supresión de Dios en todas partes, en el universo que menospreciamos y en las alturas superiores hacia las cuales nos solicitan nuestras mejores aspiraciones.

Se nos niega el Dios pero se nos deja aún el ideal, la fantasmagoría del ideal. Y los hombres que siguen este movimiento constituyen una iglesia, una iglesia que levantan enfrente de la antigua, de la grande, de la santa. Estos hombres se entienden; obran de acuerdo por un espíritu común, no diré por maquinación. No somos suficientemente cándidos para creer que los asuntos espirituales de la humanidad se arreglan por maquinaciones preparadas con anterioridad. Las únicas, las verdaderas maquinaciones son el entendimiento secreto; tácito de los espíritus.

Y bien, Señores, este espíritu de ateísmo arrastra á un cierto número de individuos, como en alta mar un turbión arrastra á la larga á los grandes navíos y las pequeñas barcas pescadoras.

Esta nueva iglesia tiene sus pontífices que la opinión consagra. Tiene sus sacerdotes laicos, sus profesores, predicadores laicos; tiene sus directores, y si quereis otra palabra, sus hombres de acción, sus apóstoles; posee una organización completa. Y, en nuestro país, como os decía, entre los hombres que creen en la divinidad de Jesucristo y los que la rehusan, la oposición es ardiente, ruidosa, invencible, irreconciliable.

Esta iglesia laica—sostengo la palabra—no ha vivido en las catacumbas; nó, no las ha conocido nunca; las catacumbas son propiedad nuestra, son nuestro privilegio de honor, como lo son los mártires. Pero ha tenido sus horas tristes en las que pedía un poco de libertad para todos; y la ha obtenido. Mas, esta iglesia tiene la perseverancia porfiada y ahora que ha obtenido libertad, pide el poder, el poder exclusivo. Creo que podrá obtenerlo; y entonces, desgraciados de aquellos que no formen en esta iglesia y que quieran defender su fe y sus derechos. Tendrán que pasar días muy terribles....

Hé allí sobre lo que se apoya la negación de la divinidad de Jesucristo; no es sino un caso particular de esta epidemia de ateísmo que está suspendida sobre los hombres.

Mas, como Dios tiene su fortaleza en la humanidad del Cristo, es un hecho cierto y positivo, que en tanto no se le eche fuera de ella, volverá á tomar todos los países que le han sido arrancados. Ahora bien, Jesús es la fortaleza inexpugnable. No os espanteis pues. Ya os hablé, el domingo último, del ejército que se estrechaba aún en torno del Crucificado! Va! Que os encuentre de pié la negación contemporánea que se vale de la voga triunfante del ateísmo. Mirad al adversario frente á frente, miradlo sin temor. Tomad vuestras armas, las armas del espíritu, conservaos firmes en la fé: aún quedan victorias que ganar.

Cualesquiera que sean los hombres que sirven á una causa; cualesquiera que sea su talento y su genio, su numero, su vehemencia y sus facultades de combate, si la causa que defienden es mala, serán fatalmente derrotados. Y mirad por qué los cristianos no pierden nunca la esperanza sostenidos por la convicción de la bondad de su causa, de la santidad de su fe,

Recordad el pasado. Hubo un momento en el que quedaron reducidos á un pequeño rebaño; estaba en contra suya la fuerza judía organizada en jerarquía compacta y también tenían en su contra el desdén de los grandes hombres de la antigüedad y de todos los hombres del poder. Y bien, ¿los humildes discípulos del Crucificado no han salido victoriosos?

Importa poco el talento de los hombres que defienden una causa. La causa lo es todo. La victoria será siempre y finalmente de la verdad.

Se trata, por lo mismo, de saber si la negación de la divinidad de Jesucristo reposa sobre bases sólidas: esto es lo que vamos á examinar.

El movimiento de ateísmo, al cual se liga la negación del Cristo como Dios, se ha concentrado en una doctrina, supuesta hoy como la última palabra de la ciencia y del pensamiento humano, quiero decir, en la doctrina de la evolución universal y sin Dios.

Esta es la doctrina reinante. Los libros de filosofía y de ciencia, las grandes obras de poesía y de historia, los romances más populares, toda la literatura actual está impregnada de ella hasta la médula.

¿Qué cosa es pues esta doctrina? Hablaré de ella ante este numeroso auditorio, que no es un público de academia pero que tal vez valga más que él, usando de la mayor sencillez. El público de las academias está confinado, es restringido; el vuestro no lo es. Aquí se mezclan toda clase de elementos. Aquí está la inteligencia, no lo puedo poner en duda; aquí la cultura, el arte, la religión; aquí hay corazón en todas las mujeres que me escuchan, y con el corazón están todos los grandes sentimientos que á menudo son más perspicaces que el genio y que llevan más lejos que la docta filosofía. Y también está el pueblo; y el

pueblo, á pesar de las preocupaciones, comprende la razón simple, eterna, universal muy más alta y más sabia que todos los fútiles sistemas. Y hay también sacerdotes y religiosos y hay jóvenes de imaginación despierta y viva.

La doctrina de la evolución puede reasumirse en algunas proposiciones fundamentales y que forman su *credo*.

La realidad universal es un gran todo cerrado que posee, agita y mueve la fuerza inmanente.

Esta fuerza inmanente, se denomina así para determinar exactamente que no existe ni arriba, ni más allá, ni hacia fuera de la realidad creada.

Es impersonal, inconsciente y ciega. En ella está el manantial inagotable de todo el movimiento de las cosas. Las energías químicas, físicas, todas las energías naturales entran en juego y en conflicto en el gran crisol de la naturaleza. La fuerza inmanente es la que, al través del espacio y del tiempo, desagrega, acumula y combina todo á su antojo, según sus caprichos que llamamos leyes. Produce este grandioso drama del que somos testigos y hasta cierto punto también actores. En un momento dado, veis aparecer la vida, pues es la fuerza inmanente la que se manifiesta bajo un nuevo aspecto. En la vida, veis aparecer la sensibilidad, pues es la fuerza inmanente la que se revela bajo una forma más elevada. Después en la animidad veis lucir la razón, es siempre pues, la fuerza inmanente la que estalla.

¿Pero á dónde va este movimiento? A ninguna parte. La doctrina evolucionista no conoce fin.

¿Qué hay al cabo de este progreso que marcha por marchar siempre sin nunca terminar? Hay, el pensamiento del hombre, el hombre mismo, último grado á que llega la evolución.

Buscáis á Dios, señores. Pues ya no hay Dios. Puesto

que no puede denominarse Dios á la fuerza inmanente, inconsciente y ciega. Buscáis á Dios en la evolución; no encontrareis sino á la fatalidad.

Y en efecto, el fatalismo, el determinismo, es la ley universal de producción.

No preguntéis hacia dónde va el mundo. Rueda inconsciente hacia un objeto que ignora.

Entonces, ¿queda el hombre? Sí, el hombre con su conciencia y su ciencia.

Hé allí, á la doctrina de la evolución, en sus grandes rasgos, en su resumen. Si hiciese un catecismo la resumiría en estas cuantas palabras y creo que los evolucionistas no me desmentirían.

Y bien, á esta doctrina, con cuyo auxilio se procede á la supresión de la divinidad de Jesucristo, tengo el derecho de preguntarle si es aceptable por la razón esencial tal cual existe en todo sér humano antes de que haya sido pervertida ó aminorada por un sistema de filosofía.

¡Ah! qué bella potencia es esta razón, qué hermoso instrumento, qué bella facultad!

A la vista de una realidad, la razón es por esencia, irresistiblemente impulsada á buscar y á conocer la causa. Se produce un fenómeno: ¿cuál es su causa? Aparece una cosa á los ojos del niño: ¿de dónde procede ésto? Tal es la razón.

Los antiguos filosofaban, pero sin fijarse en ella. Hoy los filósofos proceden de otro modo. Comienzan por poner en duda la razón, por analizarla, por descomponerla, y cuando la han descompuesto no funciona ya. Y entonces es cuando dicen: No hay nada ya.

En vez de usar de su facultad maestra, se aplican á destruirla.

Preguntaré, sin embargo, á la doctrina evolucionista si respeta á la razón así entendida.

Esta doctrina suprime á Dios, al Espíritu infinito, al origen de las cosas y desde luego no da ya cuenta de este origen. Mirad el movimiento en la materia. Esa doctrina me dice: Ha existido siempre, es inherente á la materia. Demostradlo.

La ciencia está forzada á afirmar que la materia es inerte y reconocéis el hecho de que se mueve. Os pregunto, la razón os pregunta, de dónde viene este movimiento.

Yo he pensado siempre, y lo repetiré sin cesar, que el movimiento es propio del espíritu, y que el movimiento en la materia viene del espíritu transcendente á la materia. La materia es inerte de por sí; si se mueve, se mueve por el espíritu. Suprimireis la razón de ser de las cosas suprimiendo al espíritu, superior y transcendente á la materia.

Veis la vida y el pensamiento aparecer? ¿Cómo explicáis esto?

Respondereis: Es la materia quien produce la vida. ¿Produce pues más de lo que es ella misma? El principio de casualidad se rehusa á ello; lo más no sale de lo menos, ni lo perfecto de lo imperfecto. La vida es más que la materia; la materia no ha, pues, producido la vida.

Decís: El pensamiento es producido por la vida y el hombre es producido por el animal—¡Jamás! El animal tiene sus instintos, sus fatalidades, sus conocimientos particulares. ¿Pero el animal tiene la conciencia universal, tiene la voluntad libre?

Nosotros, nosotros somos los libres y los que poseemos la percepción de lo universal. Ensayad sacar del instinto la libertad que es el gaje del hombre y de la conciencia

del singular, propia del animal, la percepción de lo universal.

Aquí hablo según el sentido común que probablemente excitará desdén profundo en los maestros de la filosofía. Desdeñad, señores, desdeñad á vuestro antojo. Yo, yo soy del pueblo: popular en mis gustos, popular en mis sentimientos, popular en mi filosofía. Yo abandono á los filósofos que no pueden vivir fuera de las cuatro paredes de un Instituto. No es con esto con lo que movereis el mundo. ¡Se os dejará filosofar, hermosos hijos de Academicus! Se os dejará pasear en apacibles jardines, cuidando que el choque de un guijarro no distraiga vuestras imaginaciones de ultra tumba. Pero el pueblo, armado de su razón vigorosa se alejará de vosotros para reconocer un principio que explique los orígenes y una ley de evolución que explique sus progresos. Os abandonará á vuestro diletantismo y su poderosa voz dará á la historia nuevas y grandes páginas.

Y si por casualidad, lo llegaseis á persuadir de que su razón no es sino un sueño, de que el mundo no es sino una inmensa comedia, de que la conciencia no es sino una vana palabra, entonces se entregará á juegos sangrientos. Tomará en vuestros laboratorios los secretos prácticos que vuestra ciencia haya podido descubrir y armado con su terrible hallazgo, sembrará el espanto no sólo en un cuartel, haciendo saltar una casa del bulevar de San Germán, sino el pánico en las ciudades, en los Estados, en los Parlamentos, en las Repúblicas y en las más sólidas Monarquías!

Esta doctrina no sólo se extiende á desnaturalizar y falsear el principio original y la ley de evolución de las cosas, si que también suprime la finalidad. ¿Cómo podrán sus partidarios persuadir á la razón sana y sin doblez, á

esta gran fazón francesa que procede de las más elevadas inspiraciones de los Griegos depuradas por el Evangelio, ¿cómo podrán persuadirla de que el movimiento que impulsa á los seres cada vez más hacia arriba y que los constituye en jerarquía siempre creciente no tiene fin? ¿Sabeis, Señores, lo que significa ir hacia un fin? Es ir hacia fuera de sí. Más, ¿cómo ir fuera de uno sin ser atraído? Se ha hablado de un esfuerzo, de un *Nisus* interior que impulsa á las cosas: vano subterfugio; este esfuerzo supone necesariamente alguna cosa. No se tiende hacia la nada.

Sé, y os lo voy á decir, por qué vosotros no quereis á la finalidad.

Es posible engañar á los espíritus ingenuos, concediéndoles la existencia de un principio inmanente, aunque quede aún por investigar cómo, este principio, entra en actividad. Pero admitir la finalidad trae consecuencias que el ateísmo teme. Si hay un fin en la solución del universo, este fin está, forzosamente, fuera del universo y desde luego es transcendente á todo lo que es. De allí á reconocer á Dios en su noción la más elevada, como fin universal, media solo un paso. No quereis franquearlo, evolucionistas ateos, y suprimís en vuestras teorías á la finalidad porque ella os conduciría hacia Dios.

Pero, Señores, no se suprime al sér pensador ni las leyes esenciales que le rigen. Por eso me he admirado siempre de ver á estos sofistas consagrar su talento á chocar contra estas leyes, y á lanzar una especie de desafío á la razón y á la conciencia humanas.

¿Qué provecho sacan de ello? ¿Es una apuesta? Tal vez en ello deban verse las singularidades propias de ciertos hombres que se jactan de superioridad y que se imaginan que el talento consiste en salir de las vías comunes seguidas por el buen sentido y por la razón eterna. ¿No sería

más grandioso respetar á la naturaleza, en lugar de ultrajarla propagando la filosofía neurótica de los diletantis? Evidentemente, la multitud no la comprende; pero á pesar de ello puede aceptar vuestras conclusiones.

No quiero por cierto, atemorizar á los que entran en la vía en la que el error puede llegar á ser homicida; es preciso, sin embargo, preveer las consecuencias.

En cuanto á nosotros permaneceremos firmes en esta doctrina de la finalidad. Y de igual modo que decimos que el universo tiene un principio transcendente, que es Dios,—transcendente, es decir que contiene eminentemente todas las finalidades que la creación nos presente—asi también reconocemos un legislador que es la ley viva de la evolución progresiva universal; un legislador que, interviniendo en la materia, en el origen desde luego, produce el movimiento; después en la materia en movimiento produce la vida: y cuando la vida está en condiciones determinadas, produce la animalidad en virtud de una operación que no podemos palpar, por la transmisión de las fuerzas de un sér á otro sér.

Y decimos, con Aristóteles, que todos los seres están en el deseo del bien universal, en otros términos, en el deseo de Dios, suspendidos á El por una atracción irresistible.

Mantenemos así á Dios en la razón, como en una fortaleza inexpugnable, en donde está guardado por los principios inmutables de casualidad y de finalidad.

Libraos, evolucionistas, de desconocer la razón eterna, para seguir la razón de hoy en día, la razón variable, que aún no era ayer y que no será mañana.

Pero, Señores, si esta doctrina de la evolución que pretende echar á Dios fuera del universo y por consiguiente de la humanidad de Jesucristo, tiene en contra suya á la razón universal, ¿qué puede valer la negación que se apo-

ya sobre ella? ¿No tengo, pues, el derecho de llamarla una negación irracional y de repudiarla en nombre de la razón?

Ahora bien, Señores, todo lo que tiene contra sí á la razón verdadera está fatalmente destinado á hundirse y á desaparecer. Por consiguiente; todos esos vanos sistemas, que por negar la divinidad de Jesucristo, están en pugna abierta con la razón, tal cual la hemos descrito, debe esperarse su desaparición. Su boga momentánea será por una hora; cesarán como han comenzado y del mismo modo que no tienen un pasado no podrán tampoco prometerse un porvenir.

He allí por qué, Señores, á pesar del talento de los hombres que lo defienden, á pesar de su número, á pesar de su poder sobre la opinión, podemos vivir tranquilos por la suerte de la causa que atacan: sus armas son de un acero mal templado; caerán por si solas de sus manos desfallecidas.

Os preguntareis, sin duda, Señores, cómo una doctrina tan netamente irracional ha podido seducir la opinión, hasta el grado de haber llegado á ser uno de los sistemas de mayor crédito. ¡Oh! el crédito es cosa fugitiva y se explica fácilmente en los hombres y en sus doctrinas, por el arte con el cual saben lisonjear el carácter y las preocupaciones de su tiempo.

Una de las necesidades que atormentan á casi todos los espíritus, en nuestra época, es reunir en la síntesis los descubrimientos, multiplicados día á día, de la ciencia. Ahora, la doctrina evolucionista tiene la pretensión de responder á esta tendencia general, y la de referir el universo á la unidad por la ley del transformismo universal.

Las observaciones sagaces que nos han permitido sorprender la potencia de variabilidad de los seres que creíamos estables y fijos, el arte con el cual la ciencia ha sabi-

do modificarlos, amasarlos y amoldarlos á su voluntad, han impulsado ciertos espíritus ardientes á no ver ya en la evolución del universo sino un vasto transformismo. Esta hipótesis es el fondo, la idea maestra de la doctrina evolucionista; su magnitud y su novedad explican suficientemente por qué muchos espíritus están imbuídos en ella y el motivo por el que la juventud letrada, pues todo Mesías tiene sus profetas y sus discípulos, hable de la evolución como de un Mesías transformador de la naturaleza.

Y además, nos es necesario verlo todo. Nuestra edad, deslumbrada por la clara luz de la ciencia, tiene la repulsión de lo invisible, tiene temor. Cuando se le habla de lo invisible, vuelve la cabeza, como si surgiera allí, cerca de él, en un dominio impenetrable, una realidad que le espantara. Y en la doctrina evolucionista ya no existe invisible; ha suprimido lo trascendente en el origen, en el medio y en el fin de las cosas. La inmensidad está vacía y muda. El Dios personal y vivo ha cedido su lugar á la fuerza inconveniente, ciega, fatal, que ni habla ni oye.

Aún hay más, Señores, un gran número de almas, hoy, están poseídas del disgusto de Dios. Dios ha sido desfigurado y achicado de tal modo algunas veces por aquellos mismos que le sirven; se ha hecho un Dios de tal manera insuficiente, reducido á proporciones tan miserablemente humanas, tan indignas de lo infinito, que muchos, escandalizados é indignados, se han separado de él y le han tomado repugnancia.

—“No me habéis de Dios, dicen; ¡dejadme! Vuestro Dios es un sér inicuo, permite todas las catástrofes humanas. Es un sér inexorable que nos toma á nuestros hijos y á nuestras hijas, que sólo abre tumbas delante de nosotros. Ha creado un universo en el que la suprema, la pri-

mera ley es la lucha por la existencia, en el cual todos se devoran unos á otros; los débiles se debaten en contra de los fuertes y naturalmente los débiles caen víctimas de los fuertes. Si es este vuestro Dios prefiero que no exista y me honro con ser ateo”

Esto es lo que se lee en los libros de los filósofos, esto es lo que cantan los poetas en versos plagados de blasfemias contra ese Dios, que subleva nuestra razón, insulta nuestra bondad y se mofa de nuestra justicia.

Pues bien! la doctrina evolucionista nos liberta de semejante Dios. Ella nos dice: Joven, el verdadero cielo está en tí, en el ideal que sueñas! ¡Tú, mujer, cuyo corazón no puede soportar la idea de un Dios trágico, consuélate! Los cielos están vacíos; no existe en la inmensidad sino un solo sér consciente: el hombre. Es el único, el verdadero Dios, pero un Dios que se ha hecho; crece poco á poco y á medida que la conciencia de la humanidad se eleva; cuando la obra se haya completado, la inteligencia entera, el Dios estará acabado; y entonces tú, sér humano, tú serás el amo de la materia universal, le dictarás tus órdenes y ellas serán obedecidas siempre; tú serás el Dios del porvenir.

Con tales delirios, con tales locuras ambiciosas, es con las que el hombre exaltado se deja seducir á los falaces espejismos de la doctrina evolucionista. Olvida, que aún cuando llegase á ser amo de la naturaleza, siempre Dios permanecería siendo su amo, y el amo de las fuerzas mas, y de las potencias corruptoras que lo agitan y para las que la ciencia más avanzada no ha encontrado aun ni el freno ni el remedio.

Mi conclusión se resume así, Señores: diversas negaciones se han producido en el curso de los siglos contra la divinidad de Jesucristo, entre las cuales la negación atea

de nuestro tiempo ocupa el último lugar. ¿Y qué ha llegado á ser?

La negación judaica ha sido cubierta y rechazada por la gran afirmación y por la adoración de la divinidad de Jesucristo. La negación gnóstica, bajo su forma original, le ha perdido, desvanecida con todas las sutilidades del Oriente, que no es ya, y hasta que Japhet el Occidental so despierte, sino una tierra muerta, desolada. La negación musulmana vive aún; sin embargo, notadlo, se ha retirado del mundo europeo á países que no ha abordado aún la civilización cristiana, pero que va á conquistar en el nombre de Jesucristo, hijo de Dios. La lucha está próxima. La negación sociniana se pierde en las variaciones sin fin de las doctrinas protestantes. La negación deísta ha envejecido y bien envejecido. Todas las negaciones se van, unas tras otras, y quedan enterradas en la fosa común donde caen sin honor y cada uno á su vez, aquellos que niegan á Jesucristo.

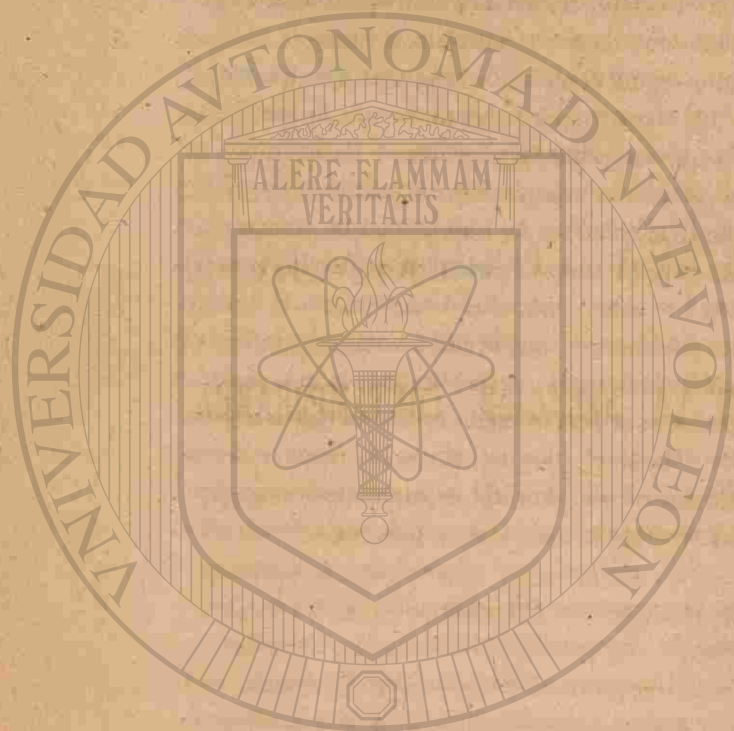
En cuanto á los denegadores actuales, que me permitan el decírselo, seguirán á sus antecesores; el camino permanece abierto. Puedo ser profeta: supuesto que se inspiran en el mismo espíritu, entrarán en la misma vía. Y esta es la realización fatal de la palabra dicha á Juliano, según una tradición que ha expresado muy bien la eterna verdad: "¿Qué es lo que haces Galileo?—Preparo tu sepulcro."

Esta negación irá á reunirse con las otras. Todo lo que es humano pasa. Y me complazco en hacerlo patente hoy; para atacar á Jesucristo es necesario atacar á la razón eterna del hombre. Y cuando una doctrina queda reducida á destruir la razón, para poder alcanzar la divinidad de Aquel ante el cual estamos de rodillas, ha pronunciado su propia condenación.

La razón no es destructible: es eterna como la esencia

de todo. Nada se destruye, nada se pierde. Los denegadores pueden tener una boga efímera. Nosotros tenemos confianza en el Cristo. Ha hecho alianza, una alianza eterna, indisoluble con la gran naturaleza humana, á quien ha desposado, según el enérgico lenguaje del Evangelio.

Gracias, ¡oh Maestro! por haber desposado la razón eterna contra la que nada puede prevalecer. Gracias, por haberos hecho el aliado inseparable del hombre; los individuos podrán traicionarte; la humanidad te permanecerá fiel. Fuertes con tu fuerza, venceremos á todos aquellos que para negarte están obligados á renunciar á lo que hay más grande, más santo y mejor en la humanidad. Pues lo que hay más grande es la razón humana, lo más santo es la virtud que se sacrifica, lo mejor es Dios á quien el hombre lleva vivo en sí, el Dios en el cual la razón y la conciencia encuentran su garantía permanente y su eterna justificación.



TERCERA CONFERENCIA

VALOR DE LA NEGACION CONTEMPORANEA DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

La creencia en la divinidad de Jesucristo no es solamente un hecho interior que tiene su realidad en la conciencia de los creyentes y que halla su expresión pública en la Iglesia católica, es á la vez un hecho y un dogma; un hecho que se encuentra consignado en libros auténticos y que está ligado en la cadena de los acontecimientos históricos, de la cual forma el principal anillo; un dogma que constituye la síntesis y el fondo mismo de todo el *credo* de la Iglesia.

Resulta pues, Señores, que los denegadores de la divi-

nidad de Jesucristo, fieles á su doctrina, que *á priori*, suprimen á Dios de todas partes, han debido proceder lógicamente á la supresión de esta divinidad en los documentos auténticos donde está registrada, en los hechos de la historia cuyo centro ocupa, y en fin en los dogmas de los que es la síntesis y el fundamento.

Esta obra de destrucción era inmensa; ha sido, á pesar de ello, emprendida con resolución por nuestros adversarios que han consagrado á ella un talento considerable, una erudición muy vasta algunas veces, el arte del buen decir, y no digo el arte del buen pensar sino el arte de pensar de manera que penetre el espíritu de los contemporáneos, en fin, casi todos los dones que la Providencia concede á los hombres que llamamos superiores: la fuerza de inteligencia, la voluntad tenaz y la habilidad.

Debo añadir, que en este trabajo en el que los obreros se cuentan por millares, las obras se cuentan por docenas de millares. ¡A primera vista esto es horrendo!

El país que en esta obra, se ha señalado entre todos, ha sido la Alemania. Cuenta veintitrés Universidades; ahora pues, no hay entre ellas actualmente, tres siquiera en las que la divinidad de Jesucristo no sea negada y en donde por tanto el dogma fundamental de la Iglesia no sea atacado.

Por medio de sus profesores, por sus escritores, por sus eruditos, por sus filólogos cúmples, desde hace ya más de cuarenta años, un trabajo gigantesco con el objeto de suprimir la divinidad de Jesucristo en los documentos, en los hechos y en los dogmas.

Lamento, Señores, el verme obligado á reconocer que, en este trabajo, la Francia es la sirvienta de la Alemania. El hacer constar este hecho no me hará establecer un juicio preconcebido y no influirá sobre la conclusión que ten-

ga que establecer. Pero noto siempre con dolor la inferioridad de mi país. Hasta en este trabajo de negación de la divinidad de Jesucristo no hemos hecho otra casa que tomar prestado á la Alemania y le pedimos prestado todavía: ella extrae la barra de oro y nosotros somos quienes la acuñamos.

Señores, se trata de saber lo que vale esta obra. Ahora bien, mirad el principio sobre el que debe apoyarse semejante exámen. Teniendo por objeto toda operación crítica la eliminación de un documento, la supresión de un hecho, la negación de un dogma, toma su fuerza en su procedimiento. La legitimidad del procedimiento garantiza la legitimidad de la operación; el error y la arbitrariedad de éste traen consigo lo fantástico y la falsedad en aquél.

¿Cuál es pues el valor del procedimiento de la negación de la divinidad de Jesucristo? ¿Cuál es su valor, tomado en sí mismo, en su esencia, desde luego, y en seguida en su aplicación á los dogmas, á los hechos de la historia y á los documentos?

La respuesta á estas dos cuestiones será el objeto de nuestra plática. Como siempre, os reclamo—ya me habeis habituado á ella—vuestra más seria y más benevolente atención.

El procedimiento al cual ha recurrido la negación atea se denomina con un nombre que ha llenado con su ruidosa boga los dos últimos tercios de este siglo; la crítica.

Un crítico, ó el que pretende serlo, pasa por ser muy fuerte, entre cierto mundo. Decir de un hombre que no tiene el espíritu crítico es excomulgarle de esa pequeña iglesia de sabios y de letrados. Muy bien, Señores; pero sería aún necesario extenderse algo más sobre la crítica. Definida en su sentido pleno, noble, absoluto, es el ejerci-

cio mismo del juicio; ahora, siendo el juicio entre las facultades la soberana facultad, es claro que un hombre que de ella está dotado superiormente, es una especie de soberano; en tanto que aquel que está desprovisto de ella será siempre un cándido, por no emplear una expresión más enérgica.

¿En qué consiste precisamente el acto de juzgar? Juzgar es referir una cosa á su ley absoluta ó convencional.

Cuando se juzga, refiriendo con exactitud é imparcialidad una cosa dada á una ley absoluta, el juicio es pleno, absoluto; se impone.

Cuando, al contrario, se refiere una cosa á un tipo convenido, el juicio no es valedero sino según esta convicción: es arbitrario si la convicción es fantástica y caprichosa; erróneo y absurdo si la convención es falsa y absurda.

Admitis que la belleza del rostro exige una nariz griega; cada vez que encontréis una nariz kalmuka, direis: Falta la belleza á este rostro; y esto es lo convencional.

Ahora bien, la crítica contemporánea que se ejercita en el dominio de la divinidad de Jesucristo, ¿á cual norma se refiere, para apreciar, juzgar y criticar?

¿Esta norma es absoluta, se impone á todos los espíritus racionales ó inteligentes? ¿ó bien es puramente convencional y por lo mismo discutible, arbitraria y aún errónea?

La crítica actual no tiene otra norma que la doctrina sobre la que se apoya, es decir el sistema de la evolución universal, fatal sin principio y sin fin. Notad, desde luego, que este sistema es nuevo y por consiguiente eminentemente caduco. Nada digais, Señores. Lo que es nuevo en el orden del pensamiento está condenado con anterioridad. Lo que es nuevo en el orden de la verdad está juzgado; la verdad era ayer, la verdad es, la verdad nos separa. No pasa igual con aquello que es nuevo en el orden de la ex-

periencia. Pero en el orden de la verdad abstracta, de la verdad absoluta no hay invención. No se inventa ni á Dios, ni al alma, ni al espíritu; nada se puede hacer sino buscarlos y explicarlos. Así, el cristianismo, que se intitulaba en sus principios, una gran novedad, el cristianismo decía: Desde el origen el Cristo ha sido; El es el principio de las cosas, y El será el fin; El es la alfa y la omega y es por lo que El es el medio de todo.

Ahora, la doctrina de la evolución, nacida ayer, no es sino una de las formas variables, una de las más grandes aberraciones de la razón individual; se funda sobre hechos que no están nada menos que establecidos. Admito que valga para ciertos espíritus engañados, pero en sí es discutible, ¿qué digo? invoca axiomas insostenibles ante la razón.

Una doctrina que no se impone á todos; que no forza el asentimiento de todos, no puede ser la regla universal. Y cuando se me viene á decir que la doctrina de la evolución es enseñada por hombres eminentes, respondo: Poco importa, en despecho de ellos la recuso. ¡Sí! la recuso con cierta arrogancia; y si se me trata de atrasado no me conmuevo; pues no puede haber adelanto y progreso sino á condición de respetar las leyes esenciales de la inteligencia humana. Ahora, Señores, la doctrina de la evolución, que no tiene ni principio suficiente, ni ley, ni finalidad, niega estas leyes esenciales en despecho de la razón eterna, impersonal, de la razón, que yo me complazco en llamar la razón popular porque el pueblo tiene la perpetuidad, mientras que la burguesía no la tiene, como no la tiene la aristocracia ni la dignidad real, mientras que los sistemas filosóficos no la tienen tampoco. Pero, Señores, si tengo el derecho de repudiar á la doctrina evolucionista, tengo también el derecho de repudiar á la crítica que

se ejerce á nombre de esta doctrina y de repudiarla en nombre de la razón eterna.

Podeis lisonjearos de ser lo selecto, los primeros pensadores y los primeros escritores de vuestro tiempo y de vuestro país, hábiles en el arte de encantar y de seducir al pueblo femenino mismo que os sigue con tanta docilidad cuando su corazón comienza á secarse. Podeis aún invocar para cantar vuestros dogmas una poesía sabia en armonizar las palabras; podeis atraer á la juventud, á la que se llama refinada. Hay una potencia á la que jamás atraereis, al grande y buen sentido humano, á esa masa vigorosa que constituye el pueblo.

Volviendo contra Dios los dones que os ha impartido, no hareis mover su reinado en la humanidad: vuestros triunfos parciales y efimeros servirán sólo para poner de relieve la indefectibilidad victoriosa de su palabra y la fe que ha creado en el alma de los creyentes.

Conocemos ahora, Señores, de una manera general lo que es la crítica, en el nombre de la que se niega nuestra fe en la divinidad de Jesucristo, siendo radicalmente negada y *á priori*. Nos falta ahora entrar en detalles. Bien entendido que seré breve y elemental.

No profeso un curso en la Sorbona para los iniciados. Enseño verdades eternas y claras, que todo el mundo debe de entender, porque es todo el mundo el que constituye esta asamblea. Os daré, sin embargo, una idea verdadera del gran trabajo de destrucción de la crítica, una idea suficiente para que la conozcais bien. Todos los que obran, todos los que luchan tienen necesidad de conocer la táctica del adversario. Un enemigo oculto es más difícil de vencer; desenmascarado está medio vencido.

¿Por qué hemos sido derrotados por la Alemania? Porque no la conocíamos. ¿Por qué llegaremos á ser vencido-

res? Porque la conocemos. No quiero ser falso profeta, pero me sería grato ser profeta en este caso. Perdonadme este recuerdo y esta digresión rápidos.

Llego al hecho. Cuando ha querido realizar su plan de destrucción, la crítica se ha encontrado en presencia de documentos, que afirman la divinidad de Jesucristo netamente y en cada página y en cada línea y casi en cada palabra.

Estos documentos son los Evangelios, las Epístolas y las Actas de los Apóstoles. Ahora, en virtud de su mismo principio, se ha visto obligada á negar, á suprimir precisamente esta afirmación, lo que equivale á suprimir los documentos.

Se le permitía, en parte al menos y algunas veces, al principio del cristianismo. Ciertos heréticos, embarazados por una página de San Lucas la desgarraban sin escrúpulo. Así es como hemos tenido el Evangelio mutilado de Marción.

Hoy no se puede ya suprimir nada. Los documentos se imponen, allí están, y por muchos deseos que se tenga de practicar mutilaciones, se retrocede ante este procedimiento brutal. La roca está de tal modo arraigada á las entrañas del planeta, que nos hace á todos inclinar, y no hay azadón que pueda decentarla, ni explosivo capaz de desagregarla. Quiérase, ó no se quiera, es preciso sufrir estos documentos, cuya verdad histórica victoriosa de todos los ataques es por lo demás reconocida por los espíritus más exigentes. La crítica se ha visto en la necesidad de interpretar estos documentos insuprimibles—permitidme este barbarismo que vierte con exactitud mi pensamiento—para suprimir por medio de esta interpretación, la divinidad de Jesucristo que en ellos está contenida.

Era una obra laboriosa; pero los obreros son tan per-

severantes, tienen tanta destreza y tanta flexibilidad, que, á pesar de las dificultades se han entregado á la tarea con un ardor y una habilidad dignos de mejor causa.

Han concentrado, sin embargo, en este trabajo tan sabiamente conducido, un principio, una ley de interpretación que rige á todos los exegetos. Ahora, este principio, esta ley,—lo vereis, Señores—los tiene en jaque y los condena.

Seguramente y en la apariencia un libro no es sino una hoja de papel, una materia inerte, un miserable pergamino, algunas letras escritas sobre madera, corteza, metal ó piedra más ó menos bien tallada: parece que allí no existe fuerza ninguna.

Desengañaos, hay allí la idea, el pensamiento de un hombre. Ahora, cuando se trata de interpretar un documento, el exegeta se encuentra frente á la ley inflexible y primera de toda interpretación y está obligado á interpretar la idea, el pensamiento mismo de los autores. No debe buscar, descubrir una interpretación cualquiera ni menos debe hacer decir al libro la idea que tiene en la cabeza; su genio consiste en identificarse con el alma del escritor.

Comentais á Tácito, ensayais descifrar esas frases concisas en las cuales, algunas ocasiones, el pensamiento puede á penas contenerse en ellas, tan vigoroso así es este pensamiento y tan poderoso así su sentimiento, pues no se trata de poner allí el pensamiento de un contemporáneo, de un moderno, sino el pensamiento mismo de Tácito; si no lo haceis así falsificais, sois un mal exegeta.

Ahora, notadlo, Señores, la crítica que se apoya en la doctrina de la evolución se ha encontrado en la necesidad al interpretar los documentos, de poner el pensamiento evolucionista y ateo en todas las partes en que está for-

mulada la divinidad de Jesucristo, es decir, en todas las páginas, en todas las líneas, en todas las palabras.

Si los cuatro evangelistas, si San Pablo, San Pedro y San Juan, el más sublime de ellos, hubiesen sido partidarios de la doctrina evolucionista y atea, vosotros, los ateos de hoy, seriais los intérpretes natos de estos autores. Y hé aquí por qué reconozco vuestra competencia para traducir al panteista, al naturalista Lucrecio; pero cuando os miro interpretar autores en cuya conciencia la fe en la divinidad de Jesucristo brotaba como un manantial incomprendible y penetraba todos los pensamientos, no puedo dominar mi indignación y me veo tentado á arrancar de vuestras profanas manos estos libros en los que transpira lo divino, puesto que sois la negación viviente!

Para comprender un libro, es necesario poseer su espíritu. El dilema es forzado; ó bien vibrais al unísono del genio de un autor y entonces lo adivináis; ó sois su negación y su contradicción y entonces no podeis sino parodiarlo, falsificarlo, destruirlo.

Hay dos clases de libros: aquellos cuyos autores ya no existen, y que habiendo caído en el dominio público están á merced de cualquier advenedizo, y aquellos cuyos autores sobreviven en una posteridad que conserva su obra. Ahora bien, Señores, todos los libros humanos entran sin excepción en la primera categoría, pues yo no sé que ningún autor profano haya podido escapar á la muerte; no sé de ninguno que haya dejado una descendencia—heredera titulado de su genio y de su pensamiento—para traducirnoslo.

Si tal autor viviera, el exegeta, el crítico, por grande que fuese la independencia que pretendiera tener, se vería obligado á seguir una única regla, la de consultarle.

Pero lo que no ha acontecido en los escritores profa-

nos, se ha verificado en los escritores sagrados y en particular en los Evangelios, en las Actas de los Apóstoles y en las Epístolas de los primeros discípulos de Jesús. Notad que todas estas obras, todas sin excepción, son obra de los miembros de la Iglesia, de los miembros más vivos, más activos y mejor escogidos; por consiguiente sus obras pertenecen á la sociedad que les ha producido con el mismo título que el fruto pertenece á la tierra que lo ha nutrido.

Ahora bien, ¿acaso la Iglesia ha cesado de existir, y estos autores no han sobrevivido en ella? ¿El Papa León XIII, no es el último eslabón de una cadena sin fin, no está ligado al primer Papa que se llama Pedro, piedra fundamental de la Iglesia? ¿Acaso estos autores á quienes una fe común reúne alrededor de Pedro, no se continúan en el mismo organismo vivo del que son parte integrante y que conserva sus libros como su propiedad, como su tesoro, como la perla de su alhajero?

¿Por qué substraéis á la Iglesia estos libros? ¿Por qué los tratais como á un simple Tito-Livio, un Horacio ó un Tácito? ¿A nombre de la exégesis y de la gramática, que sabéis mucho mejor que San Pablo, pues hablaba muy mal el griego; á nombre de la historia, que sabéis mejor que los autores sagrados y aún mejor que ciertos Papas cuya misión especial no era estudiarla; á nombre de la gramática y de la historia osais tomar estos libros y pretendéis darme su verdadero sentido? Yo os recuso, Señores, exactamente como recusaría un hijo de familia á un señor que viniese á tomar los papeles que constituyen su tesoro patrimonial y que tuviese la pretensión de leerle sus títulos de nobleza. Y en el caso de que un hijo, degenerado de sus antecesores á quienes hubiese olvidado, se hallase precisado á recurrir á un alumno de la Escuela de heráldica

estaría yo en el derecho de decirle: Amigo mío, el que ya no sabe leer sus títulos de familia, no es digno de llevarlos.

Pero la Iglesia vive de sus libros, en ellos encierra toda su doctrina, una buena parte de su tesoro; vosotros no tenéis el derecho de interpretarlos no digo contra ella, pero ni sin ella.

No seguiré á la crítica en el detalle de sus interpretaciones, me limitaré á un ejemplo, el más noble y el más típico, para traduciros mi pensamiento.

Escojo la palabra. Hijo de Dios. Jesucristo, dice el Evangelio en todas sus páginas, es el Hijo de Dios,—y pregunto á un exegeta: Señor, vos que sois un helenista, un orientalista, decidme ¿qué quiere decir esta palabra? Y me responde: Esta palabra tiene tres sentidos: el sentido metafórico,—¡muy bien!—un sentido moral,—¡muy bien!—y un sentido absoluto—¡perfectamente bien!—¿En qué sentido debo entonces entenderla en los Evangelios?

Es evidente que si el Señor á quien interrogo es un adepto de la doctrina evolucionista, me responderá: No podeis entenderla sino en el sentido más metafórico, es decir, en un sentido muy amplio, muy liberal, que en el fondo no significa nada.

Pero, ¡perdón! existe una sociedad á la que pertenecen estos libros y supuesto que de estos libros vive, supuesto que ella los ha producido y que los conserva, supuesto que sin ella tal vez no los tendríais, me parece que su parecer debe tener alguna importancia y aun dominar y decidir la cuestión.

Pregunto á la autoridad de la Iglesia cuál es el sentido de las palabras "Hijo de Dios." Y la Iglesia me contesta con su voz, siempre igual desde hace diez y ocho siglos: Esta expresión debe ser tomada en el sentido más absolu-

to, en el sentido de una filiación de naturaleza, en el sentido de una filiación perfecta, que coloca al Hijo en igualdad de sabiduría, de potencia, de virtud, de majestad y de gloria con Dios, con el Padre.

Hé allí el sentido de la Iglesia.

Señores, retenedlo bien, ninguna exégesis prevalecerá contra este testimonio. En definitiva, ¿de qué se trata?

Se trata de saber lo que pensaba Pedro cuando ha dicho: "Tu eres el Hijo de Dios;" y lo que pensaba Jesucristo, cuando, dirigiéndose á Pedro, le ha dicho: "Yo soy el Hijo de Dios."

Ahora la Iglesia nos da el sentido de la palabra Hijo de Dios, el sentido que le ha aplicado y que le aplicará siempre. Señores exegetas, tomar ó dejar; podeis ahora sostener vuestra interpretación á nombre de vuestra crítica; pero no podeis decir que el pensamiento de Pedro sea el vuestro: este pensamiento es tal cual lo ha transmitido á sus sucesores, tal cual la Iglesia lo conserva incorruptible á través de los siglos, como el fundamento inmovible, como la substancia de su fe y de su dogma.

Si la doctrina de los que niegan la divinidad de Jesucristo es impotente para alterar los documentos ó para falsificar su verdadero sentido, aplicada á la historia, á la sucesión de los hechos que constituyen su inmensa trama, ¿será más afortunada? Vamos á examinarlo, viéndola en su obra.

Señores, hay algo que domina los hechos porque los hechos no son sino los elementos de la historia, quiero hablar de la interpretación de los hechos que podría llamarse la filosofía de la historia.

El historiador que quiere respetar la historia—y todo historiador pretende y debe pretender tener este respeto—está obligado á admitir la soberanía del hecho, no en opo-

sición con la soberanía del derecho, mas en el sentido de que el hecho, una vez que se hace constar, se impone invenciblemente.

En cuanto á la interpretación de los hechos está sujeta á todas las variabilidades del pensamiento humano.

Ninguno de nosotros, cualquiera que sea su genio, tiene la pretensión de abarcar con una mirada que vaya hasta el fondo de los fenómenos una trama que constituye la más hermosa de las representaciones que el ojo humano puede contemplar y que Dios se ofrece á sí mismo en el esplendor de su eternidad.

Pero si la soberanía de los hechos existe, hay dos condiciones para que se impongan, la primera, es que un hecho no sea contradictorio, pues si lo fuese, no sería ya un hecho, á pesar de lo que pueda pensar una filosofía sutílizada y en la que desdeño detenerme; la segunda es que sea atestiguado por un testimonio digno de fe.

Pues bien, ¿cuando los denegadores de la divinidad de Jesucristo se han encontrado en presencia de los hechos de la historia, contados por testigos, han observado la doble ley fundamental en virtud de la cual el espíritu humano no tiene el derecho de recusar un hecho cuando no es contradictorio; ni de recusar á su semejante el hombre cuando afirma un hecho en calidad de testigo?

Respondo: La crítica negativa de la divinidad de Jesucristo, en presencia de hechos que no cuadraban con su sistema preconcebido, no sólo los ha recusado sí que hasta los ha suprimido. Notad bien esto: su sistema no admite hechos que estén fuera de las leyes de la naturaleza y de la humanidad; sentando como principio fundamental, pero arbitrario, que no hay sino dos factores, el hombre y la naturaleza: al tercero,—á Dios,—la ha borrado.

Y cuando ha encontrado hechos históricos que no en-

traban en las leyes de la naturaleza ó de la humanidad los ha suprimido ó ha ensayado disminuirlos.

No enumeraré, para concretarme á mi objeto, sino los milagros y las profecías, no tengo que sostener la tesis del milagro y de la profecía; pero hago constar que existen y que siempre que se han levantado en el camino de la crítica negativa, ésta los ha rechazado de plano.

Ahora bien, no pueden ser tratados con este desdén la oleada de milagros que hacen constante la divinidad de Jesucristo ni profecías tan brillantes como las que han brotado de su boca divina.

No puede negarse que Jesucristo haya roto la losa de su sepulcro.

No se puede negar que Jesucristo haya proclamado que el templo sería destruído y que de él no quedaría piedra sobre piedra.

No puede negarse que anunció que su obra cubriría el mundo.

No se puede negar que haya predicho la dispersión de un pueblo que le desconoció, abandonó, le traicionó y condenó.

No puede negarse que profetizó su propia flagelación, los ultrajes con que se le abrevó y su muerte en la cruz.

No se puede negar que animoso y sereno, aunque desazonado por momentos, marchó al Calvario, al suplicio, á la muerte.

Y vosotros, historiadores que habeis encontrado á esta figura, la habeis olvidado después; no habeis querido verla. Y sin embargo, este gran sér, que no tiene nombre humano, este hijo del hombre sabía que iba á la muerte y á la muerte tal cual la había predicho.

No puede negarse tampoco que haya tocado enfermos y que los haya curado.

Interpretáis y decís: ¡El contacto magnético!—No, que no! El contacto magnético no resucita muertos. He visto contactos magnéticos, los conozco. Abusáis de lo obscuro; os salváis en el antro en el que las tinieblas permiten esquivarse siempre; pero el magnetismo llega á ser conocido. Es fuerza que encontreis otra cosa, y de allí os expulsaremos, espíritus astutos que huís de la luz.

Decís aún: La naturaleza tiene leyes desconocidas, con las cuales se explican los milagros; estudiaremos estas leyes y sabremos cómo se hacen milagros; encontraremos la ley maestra de las potencias de la naturaleza,

¡No! no saldreis del dilema: os será preciso reconocer que hay otra cosa que no es la naturaleza y su determinismo, otra cosa que el hombre y su libertad, y desde luego os declararéis vencidos; ó bien, obstinareis en suprimiros en falsear los documentos llenos de milagros, de profecías, innegables para quien no tiene preocupaciones, para quien no quiere trampear y sereis acusados con justicia de violar la historia y de mutilar la realidad.

Entonces, me direis, ¿nos forzais á aceptar el absurdo? No, Señores, puesto que reconozco á la razón el derecho de recusar un hecho si implica una contradicción. Pero ni los milagros, ni las profecías, de los que está tejida la historia cristiana, están en la categoría de los hechos absurdos ó contradictorios; pues si escapan á las leyes de la naturaleza y de la humanidad, entran en la ley superior de Dios, transcendente á la naturaleza y á la humanidad. Es por esto que me dirijo á los espíritus libres, á los jóvenes que no están en adulterio con doctrinas limitadas como los cerebros que las han concebido, y les digo: Jóvenes ávidos de libertad intelectual, no reconozcaís sino á un maestro después de Dios, á vuestra razón desprendida y pura de todo sistema, vuestra razón esencial, popular en

el sentido más amplio de la palabra, armada de los principios de causalidad y de finalidad; y con estos principios irresistibles confundid al panteísmo, al ateísmo, al criticismo. Vosotros sois más fuertes que estas doctrinas efímeras. El que tiene en su favor á la razón eterna, domina á su tiempo y á las preocupaciones seductoras y á las falsas teorías que pudieran desviar del camino recto á hombres menos sinceros, menos impacientes por librarse de toda servidumbre y de toda traba.

Los hechos de que acabo de hablaros, Señores, pertenecen al pasado y no podrían ser conocidos sino por el intermedio de los testigos que los testifican. Estos testigos son hombres semejantes á nosotros, que valen algunas más, algunas veces menos; para nosotros los creyentes siempre valen más.

Y bien, ¿cuál debe ser la actitud del hombre independiente y libre ante los testigos de la historia? Y desde luego ¿cuál es la actitud de la crítica contemporánea? Es preciso desenmascararla, ver lo que encumbren sus frases torcidas y sus enfemismos.

Vuestros testigos, nos dice, eran cándidos. No sabían nada y por consiguiente no vale la pena de escucharlos. Pedro, Pablo, Magdalena: iluminados, judíos empedernidos en preocupaciones rigurosas. ¿Habíase distinguido entonces lo natural de lo sobrenatural é inventado los procedimientos científicos de investigación? ¿Ya se había constituido un cuerpo de académicos capaces de juzgar doctamente en todas las materias? ¿Sería preciso examinar si estos altos personajes habían reconocido, científicamente las curaciones de enfermos, las resurrecciones, las profecías? ¿Hubieran entonces podido creer en ellas? Pero, pero... os traduzco, Señores,—¿por qué vivir siempre en esta especie de hipocresía y con postizas caretas? Yo le-

vanto las máscaras.—¡Pero estos testigos son imbéciles! Hé aquí la expresión vigorosa y verdadera, ya salió de mi boca; no se cree en los imbéciles.

Pues bien, no soy de la opinión de estos menospreciadores del hombre. Yo respeto al hombre. Pedro, Pablo, Magdalena y todos los personajes de la intimidad de Jesús. Los venero, acepto su testimonio. Creo que puede ser recibido porque emana de almas despreocupadas de sí mismas, de almas sinceras que cuentan lo que han visto, de almas heroicas que han dado su vida por sostener la verdad. No haré del uno—siguiendo siempre á la crítica contemporánea—un iluminado y fantástico de los otros. Veré en Magdalena á la gran conversa. Estamos en esta Iglesia, bajo su égida. Y en estos apóstoles saludaré á los vencedores del mundo pagano. Son dignos del respeto que se debe á aquellos que han tenido el vigor de testificar su fe, en despecho de todo; son dignos, no sólo de ser respetados como victoriosos, de ser escuchados como aquellos á quienes llenó el espíritu de abnegación y de sacrificio, el espíritu de Dios.

Y ahora si le place á la crítica atacar, tratar á nuestros testigos con desprecio, volveré el desprecio contra ella y desdeñando sus ataques, centuplicaré mi respeto.

Los hechos que hacen constar nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo han sido expresados divinamente, es decir, por la palabra misma de Dios, en proposiciones que constituyen nuestros dogmas. El artículo fundamental que conduce á todos los demás es este: Jesucristo es, en la unidad de una persona divina, Hijo de Dios é Hijo del hombre, Hijo de Dios igual á su Padre, é hijo del hombre igual á nosotros, menos el pecado. Todo el cristianismo reposa sobre este dogma y sus libros sagrados no son otra cosa que su desarrollo.

La crítica ha debido buscar, evidentemente, el despojar á este dogma de todo carácter divino, puesto que tiene por objeto esencial suprimir á Dios de todas partes. Así, del mismo modo que, cediendo á su genio ateo, había intentado borrar lo divino en los documentos, ha querido suprimir los dogmas. Para alcanzar sus fines ha imaginado presentarlos como simples proposiciones que no tienen ninguna realidad divina y de creación puramente humana.

¡Ved la ironía de las cosas! Señores. Hace más de medio siglo el racionalismo explicaba triunfalmente cómo concluían los dogmas. Y hoy, la crítica contemporánea tiene la pretensión de enseñarnos cómo se forman los dogmas.

El espectáculo es regocijador. Vais á responderme sin ninguna duda. Es preciso que los dogmas se formen para concluir.

Entendámonos Señores; los dogmas no se forman como una teoría filosófica ó científica. No. Los dogmas son una palabra de Dios recogida por la fe del hombre. A la verdad se desarrollan lentamente al contacto del error que los niega, pero están por entero, en su esencia en la palabra reveladora que de una vez los ha constituido.

Jesucristo, Hijo de Dios é hijo del hombre: no pasará de estos dos términos. Todas las proposiciones sobreañadidas no son sino explicaciones. Y Pedro daba ya la palabra que contenía, como la bellota contiene al encino, la Critología entera según el lenguaje moderno. Cuando Dios arroja en el espíritu humano una proposición semejante, levanta como un grano que producirá ciento por ciento y, de la misma manera que el campo de trigo está contenido en la espiga, todos los dogmas están encerrados en esta palabra primitiva.

Examinemos, sin embargo, Señores, como dá cuenta la crítica de la divinidad de Jesucristo.

Ved su procedimiento. Ha comenzado por erigir en principio este hecho: Cuando un hombre ejerce sobre sus semejantes un grande ascendiente por su inteligencia, por sus virtudes, por sus obras, por su poder, por el terror que ha sabido inspirar ó por el entusiasmo que provoca, la humanidad, ó al menos los que le han conocido y amado, se sientan presa de la necesidad de glorificarlo.

Puede reconocerse un elemento cierto en este principio, Señores, pues el error no se presenta nunca sin algo de verdad.

En efecto, cuando aquellos á quienes amamos desaparecen ó se alejan, su belleza moral se depura á nuestros ojos.

¿Quién es aquél que no ha amado y visto morir seres queridos? ¿Quién no los ha sentido, después de su muerte renacer en su recuerdo, idealizados, con la frente ceñida de una aureola de belleza? Este sentimiento no nos induce en error, al contrario eleva y rectifica nuestro juicio. La proximidad nos impide verlos bien, los detalles nos ofuscan y el conjunto se nos escapa. Alejaos; percibireis el tipo verdadero, en su belleza armónica, como si estuviese tallado, esculpido en un mármol de Paros. El consuelo y el privilegio de la muerte es embellecer á aquellos que hemos perdido, colocándolos en la misteriosa lontananza en la que cae sobre su frente idealizada un rayo de la luz eterna.

Pero, Señores, la tendencia á embellecer, á glorificar á aquellos que hemos amado, cuando han desaparecido, no llega á pesar de todo, hasta la idolatría formal, hasta la deificación absoluta. Ahora, á esta tendencia hecha excesiva, llevada al último grado, es á la que la crítica invoca

para explicar la génesis del dogma de la divinidad de Jesucristo y para quitarle, con su carácter divino, todo valor objetivo.

Escuchad sus afirmaciones despojadas de todo artificio:

Jesucristo era un hombre como nosotros. Su alto valor moral inspiró á aquellos que le conocieron un amor tal, un entusiasmo tan vivo, un culto tan ardiente, que, durante tres siglos, sus fieles, arrobados, se entregaron á engrandecerlo sin tregua, hasta hacerlo Dios.

Este Nazarita, en rebelión contra las leyes religiosas de su nación, ha sido considerado por los suyos como un martir. De martir no tardó en pasar á ser el Mesías prometido á los Judíos, y para exaltarlo le aplicaron todo lo que los antiguos libros contenían relativo al Mesías nacional.

Después, la admiración, enardecándose á pesar de los siglos, ha visto en él al Salvador de la humanidad: le ha dado la santidad, todas las virtudes, todas las aureolas; y no bastando ya las aureolas ha coronado su frente con el nimbo, le ha dado la divinidad, no la divinidad de los Gnósticos que era una semi-divinidad y que hubiese dejado subsistir una desigualdad entre Dios y él, sino la Divinidad total y completa, es decir, la sabiduría sin límites, el amor sin limitación, la omnipotencia y la belleza sin declinación. La fe insaciable de los discípulos ha puesto en él todo, el *pleroma*. Lo ha hecho el igual del Padre, el igual de aquel á quien los Judíos consideraban como el Dios terrible, el igual de Jehová; le ha reconocido el poder de absolver todos los pecados; ha saludado en él al Verbo creador del mundo, al Juez supremo de toda criatura, á la Alfa y á la Omega.

Así es como se ha elaborado el dogma durante tres si-

glos; el entusiasmo no decaía; el culto apoteótico se mantenía en continuo trabajo en favor de Jesucristo.

Tal es en resumen, la doctrina evolucionista bajo el punto de vista de la crítica del dogma de la divinidad de Jesucristo.

Lo que me admira es que no pueda mostrar otro ejemplo de un hecho semejante. No se ha divinizado á Zakia Mouni: ha llegado á ser simplemente bohada. No se ha divinizado á Mahoma: ha permanecido siendo simple profeta. No se ha divinizado al Judío Moisés; aún se ha tenido el temor de verlo muy exaltado por su pueblo y se ha ocultado su tumba.

Y sin embargo, todos ellos eran muy poderosos: el bou-dha arrastrando á millones de hombres tras de sí, creando razas, pueblos, civilizaciones nuevas; Mahoma, disciplinando á una raza indomable, dándole una religión y una ley, inspirándole un fanatismo al que doce siglos no han podido agotar; por último, Moisés, creador de un pueblo raro é indestructible. Y no hablo de los grandes hombres modernos; se tiene, sin embargo, cuidado de decirnos con muchas prudentes precauciones que ya el tiempo pasó, que los hombres no saben ya hacer dioses.

Los paganos crearon millares, ellos que divinizaban á los emperadores. Este arte se agotó en Jesucristo.

Perdón, Señores. Notad que no hay nada común entre la apoteosis pagana y la deificación propiamente dicha. La una colocaba á los emperadores en la morada de los dioses, en tanto que la otra ha identificado á Jesucristo con el mismo Dios.

¿Por qué esta diferencia?

¿De dónde proviene que con respecto á esos grandes hombres la humanidad se haya detenido en la apoteosis, y por qué con respeto á Jesucristo, ha sobrepasado todo lí-

mite y no se ha detenido sino hasta la deificación absoluta? Me asiste el derecho para preguntarlo. ¿Qué había pues, en este sér único, de tan singular para que sus discípulos lo elavaran á una altura á la que ningún sér humano ha alcanzado y con tal persistencia que los siglos no cansan ni mitigan en la humanidad el ardor de glorificarlo? Pues los que aquí os encontrais—la gran mayoría al menos—le adorais aún. ¿Y vosotros, los que habeis cesado de adorarlo, valeis más por ello? ¿Sois más inteligentes? ¿Os creis más libres; teneis más virtud? ¿Acaso servís mejor á vuestro país, legisladores incrédulos que anhelaís el favor popular? ¿Estais más dispuestos, después de haber desechado á Jesucristo, para el triunfo del bien?

Siempre que veo, á los que rechazan á Jesucristo, curar las heridas de los miserables, me admiro; debían mejor curar sus propias heridas. Tengo instintiva desconfianza de aquellos que, habiendo conocido al Cristo, al ideal de los que sufren, del cuerpo ó del espíritu, destruyen en los desgraciados la fe en Jesús y fingen no creer el amor de los fieles que han conservado el culto de lo que es santo.

Aún hay más, Señores. No ha sido progresivamente como los fieles han adorado á Jesus como Dios; desde la primera hora los discípulos han saludado en él al Cristo, al Hijo del Dios vivo: las epístolas de San Pablo, escritas algunos años después de la muerte del Maestro, las epístolas, á falta de cualquier otro documento lo prueban hasta la evidencia. La idea de una deificación progresiva es un puro romance creado para las necesidades de la crítica.

Admito por un momento que hayamos divinizado á Jesucristo y que esta proposición: Dios se ha hecho hombre,

deba ser invertida y reemplazada por ésta: De Jesucristo han hecho un Dios los hombres.

Mirad el resultado:

La humanidad en su estado de civilización más elevado, que es el nuestro, y podemos decirlo sin hecerles una injusticia á nuestros abuelos y sin ofender á la verdad, no es otra cosa que una vasta idolatría y una inmensa servidumbre que debe reprobador toda conciencia religiosa y libre. ¿Que digo? el cristianismo, que ha hecho caer en ruinas al paganismo, no habría pensado sino en reemplazar la antigua idolatría y la vieja servidumbre por otra idolatría y por otra servidumbre! Así, vosotras mujeres, abnegadas hasta el sacrificio heróico, si habeis quebrantado vuestras cadenas para convertiros en las legiones victoriosas de la caridad, no por ello dejais de ser idólatras. Y si vosotros, apóstoles que estais animados de un celo impetuoso, vais á enseñar el nombre de Aquel á quien llamaís vuestro Dios, más allá de las fronteras y hasta el fondo del continente negro, abierto á vuestros esfuerzos como un campo sin límites, ¡es la idolatría la que os empuja! En una palabra: si valemós algo—lo que no es dudoso—si la caridad ha llegado á ser en nuestro mundo una virtud maestra, si la justicia es en él una pasión, si todas las grandes virtudes han ennoblecido á la humanidad, ¡ha sido gracias al reinado de la idolatría y de la servidumbre!

Consecuencias semejantes juzgan de las doctrinas y eximen de su refutación. Siento en lo más profundo de mi conciencia cóleras que hierven y me vuelvo, para dominarlas, contra esas doctrinas que, con el fin de atacar á Dios, se han visto reducidas á infligir á la humanidad, á su tiempo, á lo que hay más honesto, más bello en la humanidad y en su tiempo, el nombre de idólatra, el último de los nombres, el más bajo de todos porque expresa el más cul-

pable de los errores y la más vergozosa de las servidumbres.

Reasumo y termino.

La doctrina evolucionista quería suprimir á Dios valiéndose, para hacer esta supresión, del procedimiento de la crítica; pero la crítica ha servido, al contrario para arruinarse á sí misma. Sea que se la juzgue en sí misma, sea que se la juzgue en sus aplicaciones á los documentos, á los hechos de la historia y al *Credo* de la Iglesia, esta doctrina es insostenible. Debe ser repudiada por una razón sana y libre.

Por lo demás, lo sé, es una arma que comienza á estar pasada de moda. ¡Gracias á Dios! veo á la juventud que viene, escucho los latidos de su corazón, vigilo las convicciones de su espíritu: ¡y á votros es á quienes abandona y á nosotros es á quien acude! ¡Va! Señores, las armas de la "Crítica" pronto serán armas envejecidas que se pondrán en los museos en donde se va á ver cómo se batían los antiguos. Hoy, son necesarias otras espadas, otras corazas y otras tácticas.

¡Jóvenes, libertaos! Franquead á vuestro pensamiento. Teneis hambre y sed de libertad. Ahora bien, la razón es libre cuando ha repudiado el panteísmo, el ateísmo, el criticismo; es libre, cuando conserva el vigor de sus principios para aceptar lo que es bueno y para rechazar lo que es malo.

Tomad en la mano la espada de la caridad. Los que nos atacan son audaces y en las condiciones en que lo hacen audaces hasta el escándalo. Si acontece que un espíritu honrado y que entregado á la templanza y á la caridad, quiere ponerlas al servicio de sus convicciones, de sus creencias, se procura espantarlo. A vuestro turno, jóvenes, sembrad el terror en ese mundo envejecido porque

no conoce sino una cosa, la osadía del error y porque no ha sabido conocer el santo, el sublime esfuerzo de los que llevan como símbolo un Cristo en las manos. Volveremos á conducir hacia Jesús á las multitudes que mueren por no poseerlo y á los desesperados que, sin él, buscan en vano la última palabra de la vida por haber olvidado el sentido de la eternidad.





CUARTA CONFERENCIA

EL GRAN MOTIVO DE LA CREDIBILIDAD EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

Después de haber patentizado la vitalidad de la creencia en la divinidad de Jesucristo, hemos vuelto nuestras miradas hacia los adversarios de esta creencia y les hemos dicho: "¿Negais la divinidad de Jesucristo, y por qué?" Y nos han respondido: "Negamos la divinidad de Jesucristo porque negamos á Dios." La razón es radical. Pero una objeción se ofrece por sí misma; si bastase negar para destruir, un simple argumento se impondría al mundo. Los idealistas que dicen: "No existe el mundo," habrían de un solo golpe, con un solo argumento, aunque sutil, pero



CUARTA CONFERENCIA

EL GRAN MOTIVO DE LA CREDIBILIDAD EN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

Después de haber patentizado la vitalidad de la creencia en la divinidad de Jesucristo, hemos vuelto nuestras miradas hacia los adversarios de esta creencia y les hemos dicho: "¿Negais la divinidad de Jesucristo, y por qué?" Y nos han respondido: "Negamos la divinidad de Jesucristo porque negamos á Dios." La razón es radical. Pero una objeción se ofrece por sí misma; si bastase negar para destruir, un simple argumento se impondría al mundo. Los idealistas que dicen: "No existe el mundo," habrían de un solo golpe, con un solo argumento, aunque sutil, pero

con un argumento, suprimido al mundo. Sin embargo, el mundo gira en sus espléndidas esferas á pesar de los idealistas. Igualmente, á pesar de la negación de la divinidad de Jesucristo, persiste esta divinidad:

Hemos dicho, en seguida, á los denegadores: La divinidad de Jesús está documentada, testificada por documentos públicos. ¿Qué respondeis vosotros á estos documentos?—Los interpretamos según las reglas de nuestra exégesis, de modo que suprimamos la divinidad que contienen.—Pero está en los hechos de la historia.—¡Oh! ¡los hechos de la historia! es preciso tamizarlos en la criba de la crítica y la crítica elimina todos los hechos pretendidos divinos.—¿Pero los dogmas, esos dogmas que son el *Credo* de la gran Iglesia católica?—Esos dogmas son una creación del pensamiento humano y si las creaciones del pensamiento humano tuviesen siempre una realidad objetiva, nos encontraríamos en pleno reinado de la fantasía y del absurdo.

Tales son, Señores, en resumen, las respuestas de aquellos que hoy suprimen la divinidad de Jesucristo. Nosotros á nuestra vez les hemos contestado: El ateísmo sobre el cual os fundáis es una doctrina que no puede sostener el exámen de la razón; vuestra exégesis de los documentos está en contradicción con la fe fundamental de la exégesis; vuestra crítica histórica en oposición formal con la ley del testimonio; vuestra explicación de la génesis de los dogmas de la Iglesia católica, fundada sobre una falsa psicología, termina haciendo de la humanidad una idólatra incorregible, de la que Jesús sería el ídolo supremo.

Después de haber estudiado la doctrina de los denegadores es justo que examinemos la fe de los creyentes.

¿Creéis en la divinidad de Jesucristo? creo en él, yo creo en él hasta las últimas fibras de mi sér; toda mi vida está

en esta creencia. Esto nada prueba, yo solo soy un átomo. Pero la Iglesia católica cree en él y la Iglesia es el tercio de la humanidad. Ahora bien, Señores, ¿hay algún fundamento de nuestra creencia? Vosotros, los fieles, vosotras, las mujeres, ¿por qué creéis? ¿Por qué besais los pies de ese Cristo que llamais vuestro Dios? Sacerdote, que me escuchas, ¿por qué subes al altar á ofrecer un sacrificio del cual Jesucristo es la víctima de precio infinito y el pontífice eterno, pues tú no eres sino el mandatario de este mediador supremo? Pueblo que crees aún, paisano, obrero, niño, ¿por qué dices: Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios? Entre los creyentes hay algunos que no saben por qué creen, y otros que pueden decir: Creo por este motivo.

Señores, no desdeñeis á los primeros; yo los respeto como se respeta á los niños, pues estos inocentes—si me es permitido emplear este término—mujeres sin cultura, obreros iletrados, aunque hoy sepan ya leer; sabios iniciados en los secretos de la naturaleza y que aceptan los misterios de Dios con la fe del carbonero; religiosas, cuyas blancas tocas distingo y que, viviendo del Cristo, se encontrarían tal vez dudosas para definir su fe en él; todos estos creyentes inconscientes responderían: “Yo no sé por qué creo, así como tampoco sé, por qué ni cómo respiro; pero lo que veo y lo que siento es que, si hay en mí un átomo de bien, alguna consagración y alguna virtud, si soy fuerte contra mis pasiones y dueño de mí mismo, si tengo alguna resignación en el dolor y si me alientan firmes esperanzas, es á la fe en Jesucristo á quien lo debo.”

Esta simple respuesta de ignorantes es de grandes alcances; sería bastante, Señores, para confundir á la incredulidad soberbia. Una doctrina, en efecto, no solamente

se prueba por las bases racionales sobre las cuales se nos enseña que está apoyada; sino que tiene su justificación no menos rigurosa en los resultados sublimes que se derivan de ella y en las virtudes que engendra.

Sin embargo, Señores, dejando á un lado á los creyentes que no pueden dar la razón de su fe, voy á interrogar con sinceridad, con lealtad, á aquellos que están en la fuerza de una creencia reflexiva. Me dirigiré á la Iglesia, á la gran maestra de la doctrina; la Iglesia tiene sus razones para creer, le preguntaré los motivos de su fe indefectible en la divinidad de Jesucristo.

Los argumentos, los motivos de credibilidad son tan numerosos que, para desarrollarlos y exponerlos, serían necesarias, no digo una, veinte conferencias; no digo uno, sino tres, cuatro volúmenes. Estos motivos, en su conjunto, pueden clasificarse en tres categorías.

Puede apelarse á todos los siglos que precedieron á Jesucristo y verlos desenvolverse, sobre todo en el pueblo encargado por Dios de profetizar y de preparar al Mesías; mirad el argumento: el Mesías profetizado desde el origen de los tiempos implicaba la divinidad. Los profetas le llamaban *Dios con el hombre*. Emmanuel: Jesucristo era este Mesías. Era Dios.

Puédese mirar á los tiempos que siguieron á Jesucristo y que llena la Iglesia católica con la potencia de su afirmación, con el esplendor de su doctrina y de sus virtudes, con la magnificencia de su acción; y se puede decir: La Iglesia, fundada por Jesucristo, es una obra que el hombre no ha podido construir y ni aún conservar. La divinidad de la obra revela la divinidad del obrero; luego el hombre que es su fundador era Dios.

Por último, puede uno colocarse en el centro mismo de la historia de Jesucristo y decir: Jesucristo se ha declara-

do el Hijo de Dios, igual al Padre; luego era el Hijo de Dios, el igual del Padre y era Dios como él. Dejaré, si me lo permitís, el primero y el segundo argumento para detenerme en el tercero, pues reasume, domina y confirma á los otros.

El motivo de la credibilidad fundado sobre el testimonio de Jesucristo, encierra dos cuestiones: ¿Jesucristo, el hombre á quien conoce la historia con este nombre, se declaró verdaderamente Hijo de Dios é igual á su Padre? Y, en la afirmativa ¿cuál es el valor testimonial de aquél que ha vertido estas palabras, las más extraordinarias, las más prodigiosas que haya pronunciado nunca una boca humana?

Me limitaré por hoy á examinar la primera cuestión, y á establecer simplemente el hecho; innegable, positivo, absolutamente cierto bajo el punto de vista histórico, de que Jesucristo se ha declarado Dios. Este hecho ha sido negado; yo lo afirmo. Este hecho ha sido disputado en nombre de la exégesis histórica, en nombre de no sé qué ciencia crítica; yo lo sostengo á nombre de la exegética, á nombre de la historia, á nombre de la ciencia.

Y si puedo hacer penetrar en vuestros espíritus esta convicción, que es el alma misma de mi apostolado, habré ganado una gran victoria. Que el espíritu de Jesucristo sea conmigo y me sostenga en esta conmovedora lucha en la que la fé en su divinidad es la dote.

¿Es cierto que Jesús de Nazareth, el carpintero [pues ejercía esta profesión] no dejó su villa de Nazareth sino hácia la edad de veintinueve ó treinta años? ¿Que no se ha revelado sino hasta esa edad, después de una vida obscura, que se asemeja á todas las nuestras? ¿Es cierto que este hombre, este hijo de José y María, como se le llamaba, y del que sus compatriotas y conciudadanos nombra-

ban á sus hermanos y á sus hermanas, es cierto que este hombre se haya declarado el Hijo de Dios, el Hijo único del Padre? ¿Y que haya proclamado su igualdad con el Padre? ¿Es esto positivo?

Fuera de este testimonio, no creo que pueda darse á la divinidad de Jesucristo una base inmóvil. Pero establecido este testimonio no creo tampoco—lo veremos en una plática próxima—que una razón sana, imparcial, independiente, una razón que no es ni de hoy ni de ayer sino de todos los tiempos, pueda recusarlo. Es preciso que se subleve ó que se someta—no digo que haga dimisión—sino que se rebele ó que se someta. Y entonces juzgareis de la importancia que tiene, en la rendición de cuentas de nuestra fe, establecer de un modo positivo, cierto, invariable, inmutable que Jesucristo, el hombre, Jesucristo, el hijo del hombre como él se decía, se ha declarado verdaderamente, sin discusión posible y con la historia en la mano, el Hijo de Dios.

Antiguamente, esta declaración era establecida rápidamente. Abriendo los Evangelios en los cuales está consignada la historia de Jesucristo, recogiendo algunos textos precisos que bastaban para esclarecer todo espíritu que no estuviese prevenido, se reconocía, ya en la intimidad, ya delante de los letrados, ya ante la opinión, que Jesucristo se había verdaderamente declarado Hijo de Dios.

Hoy, es urgente rodear esta declaración de más firmes garantías que la levanten por encima de todo ataque.

El Evangelio no es conocido; no hay aquí un creyente que no pueda dar la prueba superficial de esta afirmación, que Jesucristo se ha declarado Hijo de Dios. ¿Quién no recuerda la escena en el camino de Cesaréa de Filipo? Veo el lugar, veo el país; Jesucristo marchándose, no diré desalentado, pero sí entristecido por la infidelidad de esa po-

blación galilea que no había querido entender nada en su mesianismo espiritual y que no le había escuchado por convertirse á la política de un partido dado.

Sí, vuelvo á ver esos sitios: Jesús se vuelve hácia sus discípulos y les dice: “¿Quién dice que soy yo?”—Dícese que sois Jeremías ó Juan Bautista; otros dicen que sois algún profeta:

Creíase en ese tiempo que el espíritu de los profetas revivía después de su muerte; algunos lo consideraban, por esto, debido á la tristeza de Jesucristo, un Jeremías. Otros veían en él á Juan Bautista. Entonces Jesús dijo á Pedro y á sus discípulos: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Y Pedro, que era la voz de los que le acompañaban, respondió: “¡Oh, nosotros reconocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.”

Evidentemente, al hablar así, Pedro no hacía más que expresar la enseñanza que había recibido de Jesucristo. Era esta la acción constante del Maestro sobre sus discípulos para persuadirlos de quién era él.

En exégesis se dice, que Pedro profesando que Jesús era Hijo de Dios, quería simplemente marcar que Jesucristo era un hombre algo superior á cualquier otro. Pero para esta interpretación hay una dificultad.

Y es que Jesucristo, tomando un tono solemne, dijo á Pedro: “Eres dichoso Pedro, por haber hablado así. No es ni la carne ni la sangre—es decir, ninguna de las aspiraciones que provienen de la carne y de la sangre de la miserable humanidad, reducida á la carne y á la sangre—no, no es ni la carne ni la sangre las que te han revelado quién yo soy, sino mi Padre que está en los cielos.” Y agregó: “Y por esto haré de tí el fundamento sobre el cual levantaré mi Iglesia, la Piedra contra la que no prevalecerán las potencias del mal.”

¿Y acaso en buena exégesis puede interpretarse la palabra de Pedro, de otra manera que como lo hace la Iglesia? ¿de otro modo que reconociendo la filiación divina de Jesucristo? Pedro es quien habla, pero Jesucristo es quien aprueba y confirma, y de una manera tan extraordinaria, tan brillante, que es imposible no dar á sus expresiones el sentido tan grande, tan solemne que les ha reconocido siempre la Iglesia.

Pero, ¿para qué entretenerse en citar textos que prueben que Jesucristo afirmó de sí mismo que era el Hijo de Dios? Encuentro á cada instante á la exégesis que me dice: Hijo de Dios; ¿es necesario entender esta palabra en el sentido metafórico ó en el natural?—Sin duda en este.—Ahora bien, no podemos entenderla como lo decís.—Pero los Evangelios están allí y así nos los dicen.—¡Los Evangelios! han llegado muy tarde.

Estas objeciones no podrían alterarme y no las multiplico por la sencilla razón que he desarrollado en mi conferencia precedente, y es á saber: que cuando se trata de determinar el verdadero sentido de un libro que no es un libro que se arrastra en la calle, en el puesto del librero de viejo ó del librero en boga, cuando se trata de dar un sentido á un libro que pertenece á alguno, que es la propiedad de un autor, que es el patrimonio de la Iglesia, es fuerza interrogar á este alguno, á este autor, á esta Iglesia. Aunque los protestantes me consideren severo, sostengo que el Evangelio no pertenece sino á la Iglesia, de cuyo seno ha salido al sople mismo del espíritu que en ella vive.

No, semejante libro no puede ser entregado á la interpretación del primer advenedizo. Y si me preguntais si Jesucristo se ha declarado realmente Hijo de Dios, volveré á tomar en los libros del Nuevo Testamento los textos en que está contenida esta declaración y diré que el

único sentido auténtico de estos textos nos lo da la Iglesia que no cesa de proclamarlo á la faz del mundo.

Por último, allí está la Iglesia de que somos los miembros. Vosotros, todos los que me escuchais, no perteneceis tal vez á su organización, á su vida, pero la gran mayoría de vosotros le pertenece. Los sacerdotes que se encuentran allí son sus representantes y están unidos al cuerpo esparcido por el mundo entero, á todos los miembros que cubren la tierra.

¡Pues bien! esta Iglesia no cesa de deciros que Jesucristo, en todas sus palabras, ha afirmado su filiación divina; lo dice con energía que jamás se ha atenuado y, lo querais ó no, es imposible desdeñar estas aclamaciones universales que comienzan en el primer siglo y que se continúan hasta nuestros días.

Me diréis: ¿Por qué nó?—Por una razón de la que nadie aquí puede valerse, razón que no puede invocar doctrina alguna, ni el budismo, ni el mahometismo, como se complacen en decirlo, ni la crítica, ni los revolucionarios modernos, aquellos que parece profesan una doctrina de revolución, ninguno, nadie puede invocar este argumento: os lo entrego.

Desde que Jesucristo apareció, fundó su Iglesia, es decir que ha dado orden á hombres escogidos de repetir su palabra en todos los siglos, adaptándolo á todos ellos. Desde hace mil ochocientos años el mandato de Jesucristo se ha cumplido, partiendo de Pedro, atravesando por todos los Papas, hasta León XIII. Y todo lo que los Papas dicen no es otra cosa que lo que ha dicho Jesucristo mismo. Por consiguiente, cuando testifican que Jesucristo es Hijo de Dios, repiten la palabra que Pedro recogió, el primero, de la boca de Jesús, palabra venerable y santa más allá de toda expresión.

Y esto se ha continuado sin interrupción. Y si acaso habido alguna interrupción, que la crítica, histórica y exegetica me diga en qué siglo y en qué país ha sido. En tanto que no la señale, tengo por valedera la declaración y continuo y sostengo que la mayor luz para la interpretación del Evangelio, es la Iglesia.

Y esta testificación se continúa hasta hoy; pues aquí, en esta Iglesia de la Magdalena, ¿que otra cosa hago hoy? ¿Creis, una vez más, que os presento un pensamiento individual? Si quisiese expresar mi pensamiento individual iría al salón del *boulevard* de los Capuchinos, no vendría yo á esta Iglesia. Y si vengo aquí es para traducir el pensamiento de la Iglesia, según me lo ha ordenado. Imposible le es á quien quiera que sea, sostener que la Iglesia haya mentido en una hora cualquiera, que haya traicionado la palabra de Jesucristo, la palabra caída de sus labios y transmitida de Papa en Papa, de apóstol en apóstol, de doctor en doctor hasta esta bendita edad del siglo diez y nueve en la que aún oímos la misma poderosa voz de la Iglesia, testificando la divinidad de su fundador, la voz de la Iglesia eficaz y triunfante porque tiene fe en esta divinidad.

Pero, Señores, quiero dar á la afirmación de que Jesucristo testificaba su propia divinidad, una fuerza y una solidez, que seguramente os gustará encontrar en la verdad fundamental que sostiene nuestra fe. Quiero mostraros, á la claridad de la historia, que la afirmación de su divinidad no es una palabra aislada, ni aún es una palabra solemne dada ante el tribunal que debía condenarlo, ante la muerte; y que no es tampoco una palabra que pueda quitarse de su vida, de su historia sin que esta historia ó esta vida queden disminuidas, truncadas ó falsificadas.

Tomad la vida de un grande hombre, la vida de Sócrates,

tes, por ejemplo; encontrareis en ella palabras que se pueden eliminar por sublimes que sean, sin detrimento para la vida de Sócrates; lo mismo sucede con otro cualquiera de los grandes hombres. Pero lo que aquí hay de particular, de único, y es sobre esto sobre lo que llamo vuestra atención, es que si quitais la declaración en la que Jesucristo afirma su divinidad, falseais y arruináis la historia de Jesucristo; hace cuerpo con ella, le está de tal modo identificada, es de tal manera esencial, que la desaparición ó la alteración de la una trae consigo la alteración y la desaparición de la otra.

El que haya estudiado la vida de Jesucristo—bajo cualquier punto de vista que haya considerado esta vida—se encuentra forzado á reconocer que Jesucristo quiso cumplir una obra propia, que él concibió el plan, que lo fundó y lo realizó á través de mil obstáculos y á pesar de la conjuración de todas las fuerzas en su contra. Todos los documentos están unánimes para demostrar que Jesús le daba á esta obra un nombre que, en su pensamiento, la distinguía de toda obra humana, nombre sencillo y profundo, lleno de misterio y de claridad; la llamaba el reino de Dios. De preferencia he escogido esta palabra y pronto vereis el por qué. El reino de Dios expresa toda la obra de Jesucristo. ¿Y quereis permitir á mi fe, el decir cómo debe ser entendido este reino? No es posible explicarlo mal cuando se ha vivido con el Evangelio que contiene su sublime é incomparable revelación.

El reinado de Dios es el grado supremo de la evolución universal de las cosas. Aquellos que se complacen con los grandes pensamientos deberían procurar el entrar en este orden de consideraciones.

No percibiremos hoy la realidad sino bajo la forma de un conjunto de reinos—es esta palabra científica:—el rei-

no de la materia, de ello estareis bien persuadidos, el reino de la vida, el reino de la animalidad, el reino de la humanidad. Y aquí se detiene la ciencia atea. ¡Y bien! Señores, Jesucristo continúa la pirámide grandiosa y la eleva hasta el Infinito. Llegado el momento en el que el reinado de la humanidad arruinaba su apogeo con el imperio de Roma, y en el que la civilización humana, después de haber dado sus más admirables frutos, parecía agotada y aspiraba á descender bajo el peso de su corrupción, Jesucristo dijo: Ahora comienza el reino de Dios.

Ya oigo vuestra objeción: os lisonjeais, Señores, de haber sobrepasado por solas vuestras fuerzas á las viejas civilizaciones. Este es un error, permitidme deciroslo, y nosotros los hijos del Crucificado que hemos fundado la civilización cristiana no os dejaremos afirmar que el presente reino de la humanidad es el progreso natural, la evolución fatal de este mono, de este antropoide del que haceis el punto de partida de la humanidad moderna. No, nó somos tan cándidos. Estais impregnados del espíritu de Jesucristo; llega hasta vuestro corazón, hasta ese músculo del que es la llave; tiene vuestro cerebro, ha marcado su nombre en sus circunvoluciones. No existis sino por el Cristo. Podeis sublevaros en su contra, pero no podeis sustraeros á él. Os lo recordaremos sin tregua.

Ahora bien, mirad el pensamiento que domina toda la obra de Jesucristo. Si quereis seguirlo, vereis que, lejos de cerrar y de circunscribir los horizontes, la fe los abre y los extiende sin limitación.

Arriba y adentro de la materia se agita la vida; ahora, la vida no es otra cosa que la participación de la materia en una fuerza superior que denomino la fuerza vital, puesto que es necesario darle un nombre; esta participación constituye un reino nuevo, superior al de la materia bru-

ta, inorgánica. El reino de la animalidad no es sino la participación del reino de la vida en una fuerza superior que se llama la sensibilidad y que está caracterizada por las pasiones y por la facultad de conocer el *singular*. Este nuevo reino abarca toda la fauna. ¿Y el hombre? Escuchad, Señores, y oireis una definición del reino humano que aceptarán de toda voluntad los incrédulos. El reino humano no es más que la fuerza animal participando del pensamiento, de la voluntad, del bien universal y de la libertad.

Sí, Señores, el hombre es un animal pero un animal que emerge de la animalidad para dominarla y vencerla. No sufre por completo la ley de la fauna: desborda del cuadro que limita á ésta y al desbordar forma su vida propia, caracterizada por la percepción de lo verdadero, por el amor del bien y de lo bello, y por el magisterio libre de sus actos.

Sin embargo, Señores, la inmersión en la animalidad no es la misma para todos los seres humanos. Leía yo ayer en una revista científica un artículo sobre la criminalidad femenina. El autor, un autor italiano, sostenía en ella que la criminalidad femenina es mucho menor que la criminalidad masculina; y mirad la razón fundamental que daba á su afirmación: "La mujer es ménos animal que el hombre" y se declaraba satisfecho.—Confieso, por honor de mi sexo, que yo no lo estaba.

Tal es el reino humano, Señores; no es término de nada, puesto que Jesucristo ha venido á la tierra para constituir uno nuevo que ha denominado el reino de Dios. Ahora, del mismo modo que la vida—retened bien esta concepción—no es sino la participación que toma la materia en la fuerza vital, de igual manera que el reino animal, no es sino el participio de los seres vivos en la fuerza ani-

mal, y así como el reino de la humanidad no es sino el participio del animal al pensamiento y á la libertad, el reino de Dios no es sino el participio de la humanidad que piensa, de la humanidad libre en la vida misma de Dios y del Infinito. Este reino que consume la evolución universal de las cosas es la obra de Jesucristo.

Pero, Señores, esta participación en la vida de Dios no pudiendo ser realizada sino por aquél que tiene en sí á Dios y á Dios como á su bien propio, resulta que Jesucristo este sér admirable, el más grande de la tierra, el más incomparable de todos los hombres—pues ningún otro si no ha sido él, ha tenido ni aún la idea de esta obra sobrehumana—viniendo á fundar el reino de Dios en la humanidad debía tener á Dios en sí mismo. Por esto afirmaba de sí mismo, solemnemente, que era el Hijo de Dios, igual á su Padre, en plena posesión del Espíritu que debía comunicar á los creyentes. De donde se sigue que recusar la afirmación de Jesucristo dándose como Hijo de Dios, es destruir de un sólo golpe su obra y su historia.

Jesucristo no ha sido solamente el fundador de la obra divina que acabo de examinar, sino el legislador moral de la humanidad, promulgador de la ley suprema y definitiva para los seres inteligentes y libres que quisiesen entrar en su reino.

Una de mis grandes satisfacciones intelectuales y religiosas es, precisamente, ver en ese mundo moderno, que con frecuencia se engríe con un soplo de incredulidad, la multitud encaminada por la gran ruta que Jesucristo ha trazado. La mayor parte de los historiadores, principalmente los que se dicen críticos, tratan con imperdonable y chocante ligereza esta función esencial del Cristo. Mencionan con mucha complacencia *el sermón de la montaña*; y cuando han hablado de las avecillas que revoloteaban por

el aire mientras hablaba Jesús; cuando han descrito aquella verde y florida llanura de Galilea en donde él difundía su palabra; cuando han hecho notar la admirable poesía de que el Maestro rodeaba sus preceptos divinos, se dan ya por satisfechos. Apenas si señalan la superioridad de Jesús sobre todos los demás legisladores, y sin embargo, basta consultar los documentos para convencerse de que si aquellos han hablado como sabios, Jesús es el único que ha hablado como Dios.

Algunos críticos se atreven hasta á negar toda originalidad á la moral del Evangelio, y llegan á asentar, contra la evidencia misma, que los grandes preceptos cristianos no son otra cosa que una nueva edición de las sabidurías pagana y judía.

Nada más falso, señores; y vais á reconocerlo.

Desde luego, una diferencia esencial distingue á la ley de Cristo, de todas las demás. ¿Podrá negarse, en efecto, que no sea la expresión rigurosa de la perfección absoluta, hasta el punto de que Jesús ha podido decir de ella: "El cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras?"

Véase lo que han hecho los otros legisladores. Moisés, legislador inspirado, toleraba el divorcio. En cuanto á Mahoma, ya conocéis su moral que concedía mucho á la fragilidad humana. No puede, ciertamente, negarse la habilidad de tales concesiones, porque él no era más que un hombre y no podía, por ende, imponer á los hombres la perfección absoluta: se contentaba con reglamentar y encauzar el mal. En su impotencia para domar la bestia humana, trataba de halagarla: de ahí, entre otras graves lagunas del Corán, la tolerancia de la poligamia que la conciencia cristiana ha repudiado y abominado siempre como una vergüenza.

Jesucristo ha sido el sabio completo. Ha dado la ley absoluta sin ninguna restricción. Ha prescrito la monogamia estricta: un solo hombre; una sola mujer.

Mientras él dice á sus discípulos: "amarás á tus enemigos," Mahoma dice: "¡muerte á los infieles!" Quizá Mahoma se creía muy hábil; mas Jesucristo no era hábil: era la verdad absoluta.

Pero, me direis, él no es obedecido.—Pues sí es obedecido por sus verdaderos fieles. ¿Por qué? Porque ha dado, no solamente el precepto, sino la fuerza del espíritu; entiéndase; la fuerza del espíritu divino. ¿Y cómo la habría dado si no la hubiese tenido en sí mismo?

En tanto que Moisés ha grabado su ley sobre piedra, Jesús ha grabado la suya en la conciencia; y para escribir en tal libro se necesita ser más que un hombre. Esto solo es una prueba más de que la afirmación de su divinidad es una condición necesaria para comprender á Jesucristo, aún como legislador.

Pero él ha ido más allá, señores, y á medida que se penetra más en esta función inherente á su vida misma, se reconoce que supera á todo sér humano y que quede inexplicable sin su propia divinidad. Todas las leyes del Evangelio se reducen á una frase que las contiene todas. Es esta: Es preciso creer absolutamente en Jesucristo. El no ha dejado otra alguna á sus discípulos, al pueblo á quien evangelizaba, ni á todos aquellos á quienes ha transmitido su ley en la sucesión de los tiempos. Sí, señores, creer en Jesús como en Dios: he ahí el principio de todas las leyes evangélicas y el gran precepto de Jesús.

Si creéis en Dios, decía el Maestro, creéis en mí. No puede dudarse que todo el esfuerzo de su apostolado tendía á obtener la fe en él, y la fe sin reserva. Toda su acción estaba subordinada á esta virtud primera que él reclamaba

imperiosamente de todos los que le rodeaban y querían seguirlo.

¡Y bien! yo me dirijo á la conciencia más elemental que podamos encontrar entre todos nosotros. ¿es permitido á un hombre la fe absoluta? Yo creeré en mi amigo, en mi padre; ¿pero creeré con fe absoluta? No; creeré con fe relativa, con fe humana. Creer en alguno con fe absoluta es abdicar en sus manos; es no tener ya pensamiento propio; es no tener otro sino el de aquel en quien se cree; es no tener voluntad propia: es entregársela sin reserva. Si vuestra fe es total, total será la abdicación de vuestro pensamiento. Si vuestro amor es total, no os perteneceis ya; estais suprimidos. ¡Os admirais! Yo también. ¡Os escandalizais! Pues también yo. ¡Cómo! ¿Abdicar absoluta, totalmente, en manos del Cristo?

Yo conozco nuestro tiempo, Señores, y las pasiones que lo dominan: la individualidad es el último principio que consentimos en sacrificar. Queremos ser nosotros mismos, y celosos de nuestros derechos, no queremos pertenecer á nadie. Aun el amor, que habla tan voluntariamente de confianza absoluta, sin límites, se engaña. No se renuncia á sí.

Y en efecto, Señores, no hay más que un sér al cual se pueda hacer ese sacrificio total; no hay más que un sér que pueda pedirlo, y ya os lo he dicho, ese sér único es Dios, porque él es la verdad absoluta, la fuerza absoluta, y la absoluta perfección.

Así, cuando un sér libre, sintiendo que no tiene más que una verdad relativa, una voluntad frágil, una actividad limitada, se encuentra en presencia de alguien que le pide una abdicación total de su inteligencia ante su palabra, de su voluntad ante su ley moral, de su actividad ante su ejemplo, no le quedan sino dos actitudes que tomar: ó rebelar-

se ó prosternarse, rebelarse contra el que le pida esa abdicación total, y si es este un hombre tendrá razón aquel; ó prosternarse porque es Dios el que se la pide; Dios, es decir, la verdad y la perfección absolutas, y entonces la abdicación se trueca en el primero y el más santo de los deberes.

He aquí precisamente lo que Jesucristo ha pedido; y obrando así ante el hombre, se ha declarado ante él como Dios. ¡Oh Maestro! Yo te rindo homenaje ante esta asamblea que me escucha; homenaje salido de lo más profundo de mi sér. El día en que he visto que tú me pedías la abdicación de mi pensamiento ante el tuyo; de mi voluntad ante tu ley, de mi actividad ante tu ejemplo y tu fuerza, he renunciado á mí mismo delante de tí, acordándome de las palabras de tu discípulo: "Yo vivo; nó, yo no vivo ya; pero el Cristo vive en mí.

¡Ah, Señores! No lloreis por estos sacrificados. Al renunciar á su vida propia, encuentran la vida infinita, la vida eterna; no en la realidad inmediata, sino en esperanzas que ensanchan el pecho de los creyentes y les infunden en el corazón energías que ninguno conocerá mientras no descienda á él lo divino.

Y si yo tengo algún voto que formular, es el de que todos vosotros escuchéis la voz de Cristo, y reconociendo su divinidad, no vacileis en hacerlos sus discípulos. Aquellos que todo lo han dado, han recibido ya el céntuplo desde este mundo en moneda de verdad y de paz; pero los que lo han desconocido, se han extraviado por una religión de tristeza y de muerte, de donde ninguna fuerza humana podría sacarlos.

Id, pues, Señores; acudid á ese llamamiento que Dios hace á la humanidad, y que hoy mismo os renueva.

Señores: la afirmación de Jesús testificando su propia

divinidad está de tal manera identificada, incorporada con su vida, que esta vida es inexplicable sin ella.

Vosotros no ignorais la historia evangélica hasta el punto de desconocer su carácter dramático. Llamo drama á toda vida que ha estado llena en su evolución, de dificultades terribles, á la que punzantes dolores han martirizado, y que ha tenido por desenlace una tragedia sangrienta. La vida de Jesucristo resulta, pues, el drama más heroico, cuando se penetra en las profundidades psicológicas del sér humano bajo el cual la divinidad se encontraba oculta. Se ha desarrollado con rapidez, con precipitación. Después de treinta años de la más tranquila existencia. Jesucristo se revela, entra en la vida pública, y en menos de tres años el drama se desenlaza de manera brusca, heroica, formidable. Jesucristo ha concitado en contra suya el furor religioso y nacional más violento, el más vehementemente que hombre alguno había jamás provocado.

Ved lo que pasa en nuestro mundo actual. Cuando se amotinan y rujen las pasiones políticas, se dice: ¡qué cosa tan atroz la pasión política!—¡Ah!, Señores, eso es muy superficial! Yo no creo en la pasión política. ¿Os admirais? Pues no, no creo. Más que una tragedia, es frecuentemente una comedia. Todo lo que no toca á la conciencia, no es nada. Los odios políticos pueden producir por encima ciertas agitaciones, y los que á ellas no están habituados podrán decir: ¡qué tempestad! Pero los que conocen el fondo de la humanidad no se inquietan por ellas y las dejan que pasen.

Terrible, el odio religioso, porque es el único que viene del fondo del alma y que hasta su fondo se dirige.

Pues bien, Jesucristo fué el gran perseguido del odio por excelencia, del odio religioso; y para darse cuenta de ese drama que consumió su vida, es preciso inquirir la

causa de tal odio; el motivo por el cual el maestro fué tan violentamente rechazado por el pueblo á quien se dirigía.

Si examináis la historia de Jesucristo según la crítica incrédula, vereis allí que él quería fundar un culto nuevo. Ese es un error, porque jamás ha hablado de esto. La verdad es que Jesús ha herido en lo más hondo el amor propio de sus compatriotas; ha desenmascarado la hipocresía de los fariseos y de aquellos doctores de la ley que violaban los mandamientos esenciales. ¡Y con qué santa cólera no se armaba del látigo para flagelarlos y confundirlos cuando los veía transformar en cueva de ladrones la casa de su Padre! Así es como ha levantado en contra suya los intereses y las pasiones acostumbradas á cubrirse hipócritamente con la máscara de la religión.

Pero si quereis ir hasta el fondo del drama de la vida de Jesucristo, os convencereis de que el furor religioso ha sido provocado en su contra, porque él afirmaba, con verdad siempre creciente y siempre más deslumbradora, ser el Hijo de Dios, igual á su Padre.

Me preguntareis acaso en qué podía semejante afirmación repugnar, sublevar, escandalizar á los judíos. Ignorais, entonces, que su dogma principal, el dogma de la unidad de Dios, era para ellos, sobre todo en esa época, objeto de un culto supersticioso. Su monoteísmo llegaba hasta la negación de la Trinidad divina, á la cual, sin embargo, sus profetas habían hecho más de una transparente alusión.

Nosotros podemos malamente formarnos una idea de la intolerancia y del fanatismo de ese pueblo respecto de su Jehovah, el Dios único, la piedra, el fundamento, como él le llamaba; de suerte que el furor de los escribas, de los

doctores y de la multitud llegaba á su paroxismo cuando oía á Jesús proclamar su mesianismo y su filiación divina; testificar que todo lo había recibido de Dios, su Padre, y que era igual á El.

Tal doctrina exasperaba á los judíos, no podían contener su indignación contra el que les parecía el más grande de los blasfemos; acumulaban piedras y querían apedrear á Jesucristo.

¡Ah, Señores! ¡qué ejemplo para todos los que trayendo al mundo la verdad han padecido por ella! ¡Y cuántas veces, estudiando la vida del Maestro, he caído de rodillas arrebatado por el indomable valor con que se dirigía hacia la muerte! Bien sabía él, en verdad, que al darse como Mesías, Hijo de Dios, igual á su Padre, produciría el furor de la autoridad religiosa y del pueblo á los cuales exponía su doctrina. Bien sabía que los judíos, doctores, sabios, fariseos, escandalizados, no se detendrían, en su cólera y rabia, hasta que el gran sacerdote le juzgara como blasfemo y le enviara á la muerte. Lo sabía, y marchaba recto, sin flaquear, á su Calvario. El odio, el odio religioso llevado al paroxismo, no ha retrocedido ante el homicidio jurídico para castigar al que se igualaba con Dios.

Tal es, Señores, la verdadera razón por qué Jesucristo ha sido condenado á muerte; es fuerza declararlo en puridad ante los que niegan la divinidad del mártir. Como se ven constreñidos por esa negación á mutilar su enseñanza, se hallan también reducidos á desconocer la verdad del drama que ha terminado su gran vida. Pero los testimonios son indestructibles é invencibles. No solamente se ha declarado Jesús en términos propios Hijo de Dios vivo; también se ha dado con solemnidad profética, los atributos incommunicables de Dios.

“Y algún día, ha dicho el gran sacerdote, vereis al Hi-

jo del hombre, sentado á la derecha de Dios y viniendo sobre las nubes."

¿Qué crítica prevalecerá jamás contra la evidencia, la solemnidad y la audacia de tales declaraciones? No las puede negar sin desmentir á la historia; y si las acepta, no puede comprenderlas. Ellas, en efecto, no tienen sentido más que para los creyentes que reconocen en Jesucristo, no solamente un hombre, sino el Hijo único de Dios, Aquel que era en el origen de las cosas, y que aparecerá al fin de los siglos y de las cosas para ordenarlo y juzgarlo todo.

¡Ah! no sonriais, incrédulos. Os conozco bien, como me conozco, porque todos llevamos en nosotros mismos un fermento de incredulidad. Os preguntais cuál es el fin de las cosas y cuándo ha de venir. Vosotros que creéis haberlo sondeado todo, no mirais muy lejos y os rehusais á comprender. El fin de las cosas no tiene necesidad de vuestro conocimiento: él se impondrá á vosotros, él estallará sobre vosotros con la rapidez del rayo. Nuestro sol se extinguirá, como ya otros se han extinguido. Vendrá un momento en que todo acabará para nosotros, y ese momento, dejadme que os lo diga, será aquel en que el dueño de cielo y tierra, en que el Maestro, el Juez de los hombres, Jesús de Nazareth aparecerá glorioso y triunfante. ¡Ojalá podais afrontar su presencia!

¡Oh Cristo! que te has afirmado de modo tan manifiesto Hijo de Dios; ¡oh! tú que has penetrado tan adelante en esta humanidad á quien conduces por la virtud de tu palabra, ¡quédate con nosotros! Yo sé que se te desfigura; pero los documentos que guardan tu imagen, la Iglesia que conserva tu culto, los creyentes que te llevan vivo en sí mismos, cuidan de mantenerte en medio de este mundo preocupado con todos los temores, enloquecido con todas

las aberraciones y que no sabe á dónde va. Pero tú sabes bien á dónde vamos nosotros. Gracias á tí, nuestra vida está llena de divinas esperanzas; nosotros queremos vivir de tí, es decir, de Dios mismo, después de haber hecho el bien á ejemplo tuyo; después de haberte amado; después de haberte adorado en tu bondad, tu sabiduría, tu fuerza y tu divinidad.



QUINTA CONFERENCIA

VALOR DEL TESTIMONIO DE JESUS

EN

APOYO DE SU DIVINIDAD.

SEÑORES:

Hemos establecido como un hecho histórico innegable, indestructible, el testimonio de Jesús declarando su divinidad ó su filiación divina en igualdad absoluta con el Padre, según sus expresiones. Hemos manifestado que esta declaración no era una simple frase desprendida de su enseñanza ó de su vida, sino que formaba cuerpo con su obra, con su enseñanza, y que era el nudo de todo el drama de esa existencia heroica y divina.

Debemos, Señores, como os lo he prometido, examinar esta afirmación, hacer de ella una crítica racional.

Vosotros, los creyentes, no os admireis de esta expresión: crítica racional de una palabra de Jesús. La fe no es una marcha ciega y pasiva de la razón; todo hombre reflexiona, examina antes de creer, los motivos de creer, en la plenitud de sus derechos, y no debe ceder sino después de haber reconocido la justicia de esos motivos. Así, cuando Jesús ha afirmado públicamente su divinidad, no os imaginéis que la humanidad se haya inclinado como un esclavo dócil: la humanidad tiene en su seno individuos que piensan, que saben, y esos han examinado y criticado el testimonio de Jesús. Ese exámen y esa crítica se renuevan sin cesar y nosotros vamos hoy á practicarlos y á inquirir, á nuestra vez, cuál es el valor testimonial de la declaración de Jesús en apoyo de su divinidad ó de su filiación divina.

Jesús es un testigo. Habla y afirma que él es el Hijo de Dios, igual al Padre. ¿Qué vale esta declaración ante la razón esclarecida, imparcial y libre? Si tiene valor, la razón debe reconocerla; si no la tiene, debe rechazarla.

Advertid que esta palabra inaudita, prodigiosa, por la cual Jesús afirmaba su divinidad, ha dominado la atención de la humanidad y de la conciencia, á pesar de todas las objeciones; á pesar de la razón religiosa de los judíos; á pesar de la razón cultivada de los paganos; á pesar de la razón sutil, que se escapa siempre, de los llamados heréticos, que no pueden aceptar francamente el yugo de la fe. Si, Señores, á pesar de todo esto, á despecho de la hostilidad de los unos y de la indiferencia de los otros, ella se ha impuesto á la conciencia de la humanidad. Hecho sorprendente, si se piensa en tantas palabras sublimes salidas de la boca de genios humanos, las cuales no han dejado huella ó que no han permanecido sino como patrimonio de unos cuantos escogidos, mientras las de Jesús, triun-

fante del orgullo humano, se ha implantado como una saeta en lo más profundo de la conciencia de los hombres.

Yo, que os hablo, he recibido esa saeta en el corazón; yo estoy entre vosotros para interpretar esa palabra, para defenderla en medio de un mundo que la desdeña, no solamente por la boca del vulgo, sino por la de los maestros de la opinión. Después de medio siglo de vida, no habiendo sido educado ciertamente en medio de las soledades y de los rebaños, sino al pié de las cátedras de los doctores de esta época, vengo á hablar de la afirmación de Jesús y á demostraros que es válida.

Cosa extraña—yo mismo me admiro de ella—¿cómo después de diez y ocho siglos no ha perdido nada de su fuerza persuasiva? Ciertamente es que si se reflexiona, está más próxima á nosotros de lo que parece á primera vista. En efecto, Señores, ¿sabeis lo que nos separa del momento en que Jesús, por el camino de Cesaréa, ó delante de la autoridad judía, declaraba su filiación divina y anunciaba su vuelta sobre las nubes para juzgar á los vivos y á los muertos?

Nos separan de esa época doscientos sesenta y tres Papas, sucediéndose sin interrupción en el gobierno de la Iglesia, con un reinado de siete á ocho años por término medio; lo cual da veinte generaciones: ahora bien, dos hombres por generación durante diez y nueve siglos, dan cuarenta hombres colocados uno al lado de otro.

¿No podemos decir en verdad que tocamos, que oímos á Jesús? Cuarenta hombres: poco es eso para ahogar la voz poderosa que ha proclamado esa verdad, más poderosa todavía y de la que los Papas han tenido por misión repercutir el eco inmortal.

Yo repito esa palabra, porque ella ha entrado hasta lo más profundo de mi conciencia y vengo á justificarla an-

te vosotros después de dejar sentada su rigurosa autenticidad.

Señores, el exámen crítico de un testimonio suscita dos cuestiones: una relativa al tenor y otra al valor de ese testimonio.

Si establecemos el tenor del testimonio bajo el punto de vista de la razón, y si bajo el mismo punto establecemos el valor testimonial de El que afirma, el deber de todo espíritu imparcial, libre y exento de todo perjuicio, es aceptar el testimonio é inclinarse ante la autoridad del testigo. La afirmación de Jesucristo declarando su divinidad, ¿es válida ante la razón? ¿Es Jesús un testigo cuya autoridad se impone á la conciencia? Esto es lo que espero demostraros.

El tenor de un testimonio es lo que primero debe de examinarse porque lo que un testigo nos dice puede ser absurdo, contradictorio, inconcebible, y desde luego tenemos derecho para negarle asenso, oponiéndole la cuestión previa.

Cuando Jesús declaraba, pues, su filiación divina, ¿cuál era, cuál es todavía, el tenor de semejante afirmación?

Evidentemente, cuando se va hasta el fondo de tal dicho, se encuentra allí esta idea esencial de unión de la naturaleza divina con la humana en una misma persona que nosotros llamamos divina, que es divina—no tengo que examinar este punto —y que es Jesús. De manera que la afirmación de Jesús implica la unión de la naturaleza divina y de la humana en su persona; dos naturalezas en una persona: hé allí el tenor.

No confundais, Señores, y no trateis de sondear lo insondable, lo que supera á vuestra comprensión; porque siempre que el hombre toca á lo divino, choca con el Sér que está sobre sus alcances y sobre su comprensión. Podrá,

sí, comprobar su realidad, percibirlo superficialmente, pero nunca penetrar hasta el fondo. Al oír la afirmación de Jesús en el sentido que ella implica, contentaos con examinar si presenta á la razón humana algo de contradictorio ó absurdo.

Ya sé que hay doctrinas ateas que sin debate os dirán: Desde el momento en que hablais de Dios como Sér personal, no nos queda ya que oír; Dios no existe. Pero, perdonad: esas doctrinas ateas no son la razón humana; eso es una razón particular, circunscrita á un sistema que no solamente es discutible, sino falso y que la razón destruye cuando quiere hacer libre uso de sus cualidades esenciales. Y cuando yo hablo de examinar la afirmación de Cristo, no es, por cierto, para hacerla comparecer ante el tribunal de una razón reducida á un sistema, sino de la razón esencial, eterna, popular.

Y bien, ¿qué puede encerrar de absurdo la unión de la naturaleza humana con la divina? Si hubiese, como ciertos herejes han pretendido, confusión de naturalezas, tendríais derecho para rebelaros; pero aquí no hay confusión; se trata de unión sin confusión, sin mezcla; se trata de la unión de dos naturalezas en una persona que sería así á la vez Dios y hombre, tal como Jesús es adorado por los cristianos.

No sólo no hay en ello nada de contradictorio ni absurdo, sino que, yendo más adelante, si consideramos la naturaleza del hombre, la de Dios y las leyes generales del universo en que esa unión se ha realizado, veremos aparecer, entre la afirmación de Jesús y nuestra razón, conveniencias y armonías admirables.

Desde luego, Señores, yo observo al hombre, sondeo su naturaleza é interrogo sus aspiraciones. ¿Qué es lo que quiere el hombre? Se halla, si lo examinamos á fondo, en

movimiento incoercible hacia el infinito, como ya lo he dicho desde esta cátedra. No se detiene jamás. La verdad que contempla es limitada; limitado el amor que lo inflama, y la perfección á que llega, limitada también. Pero él está siempre en demanda de mayor perfección, de más amor y de mayor verdad. Él va apartando sin cesar los límites que se le ofrecen. Tal es su carácter y su privilegio; avanza siempre insaciable, jadeante, nunca satisfecho. Esa es su gloria; por eso es el rey que engrandece la creación. Pero ¿á dónde va?

Avanzando siempre, no puede tender sino al infinito. Esta aspiración domina y envuelve todas las demás; está oculta en ellas, y por eso nada de lo creado puede llenar los deseos del hombre, mientras todo aquello que aproxima á Dios nuestra naturaleza, la conmueve en sus profundidades y la eleva sobre sí misma.

No os admireis, pues, del eco que ha encontrado en la conciencia del hombre la afirmación de Jesús revelando en su persona la más alta unión de la naturaleza divina y de la humana. Aquel día el hombre ha sentido que podía ver, oír y tocar á Dios, y que su aspiración más esencial estaba satisfecha.

La unión de la naturaleza humana y de la divina no está en armonía menos profunda con Dios que con el hombre. En efecto, Señores, ¿qué cosa es Dios? Tal, por lo menos, como lo conocemos nosotros,—y en verdad lo conocemos muy poco,—no sabemos de su vida íntima sino lo que él ha querido decirnos. Pues bien, Él se ha dado un nombre que revelaba su naturaleza mejor que todos los sistemas de filosofía, cuyas luces encuentro muy pálidas junto á la claridad que ese solo nombre hace brotar.

Los paganos habían llamado á Dios el mejor el perfecto, *optimus*; los cristianos, más bien instruidos por Jesús, le

han dado un nombre más vivo, más sublime, más profundo, pero que tiene el mismo sentido. Le llaman el Padre, *Pater*. No creo haya otros nombres dados á Dios que merezcan la pena de ser mencionados. Y cuando se busca la idea oculta bajo esas dos expresiones, lo que se encuentra es la bondad.

En efecto, ¿qué hay mejor que el Padre?—La madre, direis vosotras, señoras. La madre es una parte del padre, y para que sea perfecta, es preciso que sea una misma cosa con el padre, que representa siempre, si de ello no se hace indigno, la majestad suprema del hogar. Y bien: el padre fuente primera del sér, es la bondad, y todo lo que es bueno trata de comunicarse. De donde se sigue que la ley suprema de Dios,—si de ley puede hablarse cuando se habla de él—es ley de efusión, de comunicación. Y se sigue, también, que toda idea que implique comunicación de Dios con su criatura es conforme á la naturaleza de Dios mismo, el mejor de los seres, el Padre, el Padre por excelencia.

Así, pues, la divinidad de Jesucristo supone el don más perfecto de Dios á un sér humano, y por él á la humanidad entera. ¿Cómo tal revelación no había de encontrar acceso en la conciencia humana á quien toda bondad conmueve y hace estremecer?

Considerad ahora, Señores, el universo que la ciencia estudia, interroga, escruta y trata de dominar; el universo en que se verifica la unión de las naturalezas humana y divina, se desarrolla conforme á un plan admirable, en la unidad de una síntesis sublime, patente, irresistible.

¿Cuál es la ley que rige sus grandiosas evoluciones? Si lo examináis con el ojo de la ciencia, comprobareis que los grandes fenómenos que se producen en el seno de esta in-

mensa realidad en donde nosotros somos arrojados cual átomos imperceptibles, vienen á ser siempre y por todas partes la unión sublime. Todas las fuerzas inferiores tienden á elevarse hacia las superiores y á unirse á ellas, obedeciendo á una atracción misteriosa é ineludible. Observad la materia. Aspira á crecer, pero para crecer es fuerza que se una á otra potencia que la domina y que se llama la vida. Cuando los seres son vivientes, para que progresen en la vida necesitan unirse á un principio superior, transcendente á la materia y que se llama la sensibilidad animal, el que, por el instinto, constituye la fauna. Para que el animal progrese en su vida propia, es preciso que á su vez se una á un principio superior que no está en él y que se llama inteligencia y libertad. Entonces viene á ser el hombre, que reúne en sí, en la unidad de su persona, naturalezas múltiples: en primer lugar, la materia, puesto que de ella está forjado; la vida, puesto que tiene todo cuanto caracteriza al vegetal; la sensibilidad también, puesto que tiene, á no dudarlo, toda la animalidad. Pero esta animalidad, esta sensibilidad, esta vida y esta materia, son gobernadas por un principio superior que se llama la inteligencia y la libertad, y por eso el hombre es la síntesis de las cosas, el rey del universo y de la creación, de la cual contiene en resumen todos los elementos.

—Ahí os deteneis vosotros, Señores incrédulos, Señores ateos; vosotros, para quienes el hombre es la última palabra del cosmos; pero yo iré más lejos, y el hombre va más lejos que vosotros. Yo le seguiré. Yo tengo la pretensión de estar con él, de no hacer traición á esa naturaleza cuyas aspiraciones no se detienen jamás aquí abajo, y que, proyectada sin cesar fuera de sí misma, parece atraída hacia una realidad transcendente é inasequible, es decir, hacia el infinito, hacia Dios. Solamente que,—y aquí ven-

dré á estar de acuerdo con vosotros,—el hombre puede avanzar siempre, sin llegar nunca, porque el hombre es finito. Pero entonces, Señores, ¿por qué lo finito no le satisface? Lo finito, á la larga, le cansa y le hastía. Cuando el hombre ha resuelto un problema, anhela resolver otro; busca una nueva solución más profunda y más amplia. Cuando ha encontrado una fuerza, no queda satisfecho y no se detiene ya tranquilo; quiere otra fuerza, vuelve á empezar, se pone en marcha de nuevo, va de conquista en conquista.

¡Id, hijos de la ciencia á quienes asusta la inmovilidad! —¡Miradlos! ¡Qué soberbio ejército! Vedlos en sus laboratorios, siempre inquietos, queriendo avasallar nuevas fuerzas. ¡Id, hijos de la luz! Buscad esas potencias desconocidas, avanzad hacia ese infinito que jamás obtendréis. A través de las realidades el mundo se extenderá en torno vuestro sin que lo agoteis nunca. Vereis estrellas, después de las estrellas nebulosas, después de las nebulosas, y cuando ya manejeis las fuerzas explosibles cual si fuesen una arena inofensiva, no sabréis en suma otra cosa que la primera palabra de esas fuerzas, porque otras nuevas y más incomprensibles aún, os quedarán por descubrir, no para sembrar el terror sino para remover los obstáculos que la materia oponga á vuestra marcha triunfal.

Buscareis y encontrareis los secretos de las enfermedades, descubriréis tales microbios, sabréis que éstos engendran otros, franqueareis las puertas de lo infinitamente pequeño que os admirarán por su pequeñez y os desafiarán por su poder. Estudiareis todos los sistemas, y cuando hayais encontrado el medio de ponerlos en equilibrio, la humanidad os presentará sendas desconocidas para vosotros, algo imprevisto que os derribará como un rayo que estallase sobre vuestra ciencia social.

Y seguireis siempre tratando de poner el dedo en lo vivo, en el punto central, en el único que domina todo. Y ese punto quedará fuera de tu alcance, hombre sabio y filósofo. Es como el número que gobierna la potencia de las cosas: tú no puedes alcanzarlo, no lo alcanzarás nunca, á menos que él no se revele á tí. Esa es la solución única del humano problema.

El hombre, tal como lo conocemos, con su potencia incomprendible, insaciable bajo el punto de vista de la inteligencia, de la actividad, de la voluntad; el hombre tal como lo vemos, insaciable en la verdad, en el bien, en la voluntad, en el poder, es una cosa horrible, desconsoladora y capaz de engendrar todas desesperaciones. San Pablo, en su enérgica elocuencia lo ha dicho: "¡Si nuestras esperanzas se limitan á este mundo, somos los más miserables de los seres!"

Nada más horrible que el viajero que marcha y que no llega nunca. Nada más lamentable que la actividad corriendo jadeante hacia un fin siempre fugitivo. Nada más espantoso que ver á un hombre con hambre y sed, y que creyendo refrescar sus labios en fuentes vivas, choca siempre con una nueva disolución.

Así, yo comprendo á los desesperados, á los que se sublevar, á los que no pueden más, á los que blasfeman; porque no tienen la revelación de Dios. ¡Oh! yo compadezco á esos hombres y quisiera reunirlos y curar sus profundas heridas. ¡Desesperado! yo sé que tienes razón, porque no encuentras lo que aliviaría tu pecho y sonreiría tu pensamiento. Sí, te compadezco con la mayor piedad que pueda haber en mi interior. Me horrorizan los satisfechos, los hartos. Esos son los falsos dioses. Se han constituido en ídolos miserables, y nada les hace falta: vanidades, bienes, alegrías mundanas, fausto y voluptuosidad, lujo y po-

der; todo lo tienen; están repletos, son felices, insolentemente felices!

El Cristo decía en lenguaje dulce y divino: ¡Bienaventurados los pobres! ¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia! ¡Bienaventurados los que lloran, porque no tienen lo que quisieran tener en este mundo! ¡Oh Dios! yo digo lo mismo que tú, desde que has transformado mi cólera humana en tu dulzura infinita. ¡Bienaventurados todos ellos, porque lo que el hombre no puede, Dios lo ha hecho: la encarnación es el advenimiento de Dios entre los hombres, es decir; la unión de la naturaleza divina y de la humana.

He ahí la resolución del problema. En lo sucesivo el hombre no correrá sin esperanza de llegar: no aspirará sin que sus aspiraciones sean satisfechas, no estará inquieto y ansioso, porque ya tiene lo que anhelaba: Dios está con él y en él. Está en medio de nosotros, y estando ahí no hace otra cosa que completar el gran movimiento de este universo en el cual hemos sido lanzados. Había ya el hombre reunido, en la unidad de su naturaleza y de su persona, todos los elementos; ¿qué le faltaba, pues, para completar el drama del universo? Le faltaba Dios; le faltaba que todas las fuerzas creadas vinieran á referirse á él, y que una persona divina reuniese en indivisible é indestructible unidad todo lo que existe: la materia, el alma y el espíritu.

¡Oh, carne! ¡hete ahí realizada! Animalidad bestial con tus groseros instintos, hete ahí exaltada á un orden divino. Y tú, pobre libertad, razón vacilante, frágil poder de un día, heos ahí elevados hasta la voluntad, hasta la sabiduría, hasta el poder infinito. Y vosotros, filósofos que buscáis la síntesis universal, decid, ¿hay alguna más grande? ¡Hallad pues, un ideal más bello, más adorable! Y vo-

sotros, jóvenes que soñais con doctrinas sublimes, ¿podeis formular una semejante á la que está contenida en la afirmación de Dios hecho hombre? ¡Oh! hijos de la tierra y del cielo; todo lo que habeis querido en la audacia de vuestras aspiraciones más grandes, lo teneis de hoy en adelante en la fe y el infinito de vuestras esperanzas!

Examinado el tenor de la afirmación por la cual Jesús testifica su divinidad, debemos examinar el valor testimonial del mismo Jesús.

Cuando quereis apreciar cualquier testigo, sobre todo el que depone acerca de puntos de importancia capital, examináis primero su honradez, después su valor ó competencia intelectual, y por último, su vida para saber si los actos del testigo corresponden á su dicho.

No os admiren estas exigencias; son simplemente justas. El testigo se encuentra en una de las más elevadas situaciones de la humanidad: pide una de las cosas más difíciles de obtener: por el solo hecho de que él afirma, exige la fe; y tenemos el derecho de exigir que sea digno de ella.

El hombre es desconfiado, y tiene razón para serlo, porque no se le oculta la perversidad y el espíritu de mentira que reinan entre sus semejantes.

En tales condiciones, luego que un testigo se presenta, tenemos derecho para preguntarle: ¿quién eres? y examinar su honradez, como garantía primera de la veracidad de su testimonio.

El sentido popular, siempre muy fino [y el cual tomo yo más en consideración que á ciertas filosofías] el sentido popular, no se engaña nunca. Es él quien ha inspirado á la justicia humana exigir del testigo el juramento. Naturalmente el ateísmo se subleva; pero yo perseguiré al ateísmo hasta en su último refugio.

¿Por qué el pueblo pide el juramento? Por la razón muy sencilla de que significando este la presencia de Dios evocado, el hombre que jura se eleva, en el instante, si no es perjuro, á la más alta moralidad. Se confunde, se identifica con el Dios á quien invoca; y como Dios es el bien, como es el ojo abierto sobre todas las cosas; como es el juez sin apelación; como es lo perfecto, el hombre que presta juramento se comunica por lo mismo con El bueno, con El perfecto, con El que todo lo sabe y todo lo ve; y es en tal momento un sér sagrado, así fuese en la vida ordinaria el último de los hombres.

El ateo me dirá: vuestro Dios es un ídolo, yo tengo mi conciencia, ella me basta.—¿Tu conciencia? Yo tendría gusto en conocerla. Si tú no crees en nada, ¿qué cosa es tu conciencia?—La voz que me manda hacer el bien.—Pero ¿quién te juzgará? ¿quién fallará en última instancia sobre que has hecho el bien? ¿Y si tu conciencia te dice que es preciso matar, que es preciso incendiar, porque hay conciencias que lo dicen,—nosotros las hemos oído—entonces tú dirás: En nombre de mi conciencia, he matado y he incendiado porque ese era mi deber.

Eso es una aberración, responderás, una locura que el orden social reprueba.—Pero ¿qué es el orden social sin la eterna justicia de Dios? El reinado de los más fuertes. El que sea menos fuerte se inclinará bajo la fuerza. El que sea más fuerte siempre tendrá razón.

Así, Señores, ó la conciencia queda reducida á sí misma, como pretende el ateísmo, y entonces se desploma como edificio sin base, y puede legitimar hasta el crimen; ó bien es el reflejo de la justicia absoluta, eterna, inmutable, vengadora y remuneradora, y entonces la conciencia es la fuerza suprema, es fuerza venerarla, protegerla y desarrollarla.

¡Oh madre! resguarda la conciencia de tus hijos, hazles chupar con tu leche la leche de la justicia. ¡Oh maestro! cuando se ponen los niños entre tus manos, haz penetrar la conciencia hasta el fondo de su sér. ¡Oh sacerdote! hazla penetrar más lejos, hasta las profundidades á donde el Cristo ha llegado. ¡Oh legisladores! acordaos de la conciencia, no la olvideis jamás! Cuando expedís una ley, vuestra pretensión es sostener el orden social; pero sabed que la conciencia sola es el sostén de la ley, y que solo Dios es el sostén de la conciencia. Pensad en las generaciones venideras, que pueden ser víctimas de ese ateísmo ciego, cuyo único miserable genio es el de un interés egoísta

Todo testigo debe, pues, tener por garantía de su palabra la honradez de su conciencia. Es necesario, y es bello, que preste juramento para atraer por cima de él, la intervención de la eterna justicia. Y desde luego tenemos fe en él, porque estando cerca de Dios, toca la eterna moral, la eterna justicia y la eterna perfección.

¿Cuál es el valor de Jesús bajo el punto de vista de la santidad moral? ¡Ah, Señores! Yo quisiera poder relataros aquí, por toda demostración, la historia de esa vida del Maestro, de esa vida del hombre que se decía hijo del hombre, declarándose á la vez Hijo de Dios.

Nunca belleza semejante ha brillado sobre la tierra; nunca semejante elevación; nunca—digamos la palabra—tal santidad ha honrado y deslumbrado la especie humana. Y no exceptúo nada, ningún nombre de la historia; podeis examinar todas sus páginas y no hallareis un sólo ejemplo de hombre que haya tocado tal altura.

Vosotros que conoceis á la humanidad, sabeis que el ideal de la virtud está siempre por cima y lejos de nosotros; que nunca la alcanzaremos; todos tenemos nuestras

flaquezas y nuestras miserias y para reconocerlas nos basta con un poco de sinceridad. Nadie hay que se atreva á llamarse perfecto y sin tacha. Puede haber uno ú otro que se vanaglorie de poseer tal ó cual virtud; temperamentos equilibrados que moderen sus instintos; corazones generosos que se abran espontáneamente á la benevolencia y á la misericordia; naturalezas pacíficas que busquen la conciliación y la calma. Pero, Señores, hay mucha distancia de estas virtudes parciales á la perfección y á la santidad totales que resplandecen en Jesús.

El hombre es atraído en tres direcciones: por la conciencia, por los intereses, por los instintos. La conciencia tiende á llevarlo al bien y á la honradez; el interés lo solicita hacia lo útil; los instintos lo inducen al placer. Ahora bien, por ley casi universal de la humanidad la conciencia es frágil; titubea con frecuencia para encontrar su ruta y es impotente para mandar siempre y realizar el bien perfecto; el interés perseguido ávidamente nos aprisiona en el egoísmo, y el placer enciende nuestras codicias y nos arrastra á mil excesos.

En Jesús nada semejante á esto; él escapa á esta fatal corrupción. Su conciencia era la manifestación de la voluntad del Padre celestial. Oía siempre en sí esta voluntad; la expresaba, la repetía, había hecho de ella la ley de todos sus actos; su vida entera estuvo al servicio de esa voluntad divina y jamás dejó de acatarla. Hasta decía que su alimento era cumplir la voluntad de su Padre celestial. Notad que en el Evangelio nunca se habla de la conciencia de Jesús, y sí á cada paso, de la voluntad de su Padre. Siendo pues la voluntad de Dios la perfección misma, Jesús, al acatarla dócil, ha realizado la perfección absoluta en su existencia humana.

En cuanto á sus intereses, no tenía más que dos: el in-

terés de su Padre,—doce años ha vemos, por una palabra marcada por un evangelista, que los intereses de su Padre eran su constante preocupación—la gloria de Dios, como diremos hoy; después, el interés superior de los hombres; porque la gloria de Dios, para Jesús, era, en realidad, que Dios reinara entre los hombres. Quería que, en vez del instinto que arrebatara y de la ambición personal patriótica humanitaria que engaña, la voluntad de Dios estuviese en ellos como estaba en él, elevando así sus intereses domésticos, patrióticos y humanitarios á la altura del infinito.

Hé ahí el interés humano que Jesús perseguía. Toda su vida, desde el momento en que entra en escena, hasta su última hora, ha sido consagrado al triunfo de su Padre y al bien de los hombres.

Sus días eran admirables. Si contempláis y estudiáis los vuestros, vereis de qué miserias están llenos. Contemplad y estudiad los de Jesús, durante los dos años y algunos meses que comprende su vida pública, y vereis que todos se dividen entre el bien de su Padre y el bien de los hombres.

Se levantaba antes que los demás, antes que el sol, y empezaba por hacer oración. Se retiraba lejos de poblado, á las campiñas solitarias, porque no se puede orar tan bien como en ellas, entre el tumulto de las cosas humanas. Después de orar, le rodeaban sus discípulos, que ya le andaban buscando. El les decía entonces: "Vamos á evangelizar á las multitudes, á llevarles la buena nueva." Y repetía con frecuencia á sus apóstoles: Vamos, vamos á evangelizar.

Y volviendo á las poblaciones, se le presentaban, por ciento, por millares, enfermos, estropeados, ciegos, paráliticos, febricitantes, epilépticos, enajenados. La multitud

era tal, que no le dejaba tiempo para comer; era preciso ir abriendo camino por entre ella para dejarle pasar; todos venían á pedirle su curación y él los curaba; y era aquello un concierto de bendiciones por parte de todos los curados.

Era su vida una lluvia de beneficios. Perdonaba á los que le exigían una vida superior, ó bien discutía para hacer entrar su doctrina en las inteligencias rebeldes, no buscando más que el bien y la gloria de su Padre.

En cuanto á sus placeres ¡oh! de ellos nada se dice en la vida de Jesús. Su única alegría era hacer el bien. Cuando había podido curar, devolver la fe y transformar naturalezas, experimentaba inefable gozo que lo hacía estremecer.

Un hecho me ha llamado siempre la atención en su vida; en medio de las fatigas de su apostolado olvidaba comer:—Maestro, come, pues, le decían sus discípulos; y él les respondía: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre.

Hé ahí, Señores, un rápido bosquejo de la honradez moral de Jesús; mejor diría, de su santidad heróica, porque si se mide la santidad del hombre por la perfección de la regla á que obedece, ¿qué santidad puede ser comparable á la de Jesús, que no tiene otra voluntad que la de Dios, y cuya vida no contiene la menor infracción de esa ley sublime; de Jesús que no ha conocido más que el interés eterno del hombre, idéntico á la gloria de su Padre, y que no ha querido saborear sino las alegrías inmateriales del espíritu?

¿Cuál es, para nosotros, la prueba de nuestra honradez, fuera del acto solemne de un juramento verídico? ¿Hay un signo cierto, evidente, infalible, que nos permita reconocer al hombre honrado? El hombre honrado no es el que

se golpea el pecho, es el humilde de corazón, el penitente sincero que se arrepiente y llora. Cuando veáis un hombre que no conoce el arrepentimiento, no habrá más que dos hipótesis posibles: ó Dios lo ha elevado, asumido en su perfección divina, ó ese hombre no es sincero.

Jesús no se ha arrepentido nunca. Cuando murió en la cruz, pidió perdón para sus verdugos. La historia no conoce de él una palabra que denuncie sus propias miserias morales, y es que no las tuvo.

Los testigos óculares que han contado su vida, han dado testimonio de una santidad que no tiene igual en el mundo y que ninguna debilidad ha empañado.

Que se yergan los que no hayan pecado, pero los que hayan pecado se inclinen ante Aquel que ha sido el hijo bien amado del Padre, ante Aquel contra el cual sus mismos enemigos no han podido señalar en nombre de la justicia, la menor mancha, la más pequeña imperfección.

Allí está, radiante en su gloria, su caridad y su santidad, y nunca, sean cuales fueren las injurias que le hayan herido, nunca una palabra ha empañado la hermosura moral de su vida. Jamás ha conocido la flaqueza humana.

Que permanezca en pié, en medio de los seres prostrados y arrepentidos, como el ideal de la justicia, de la belleza moral, y por consiguiente de la sinceridad. Cuando él hable, cuando testifique un hecho, una verdad,—por más transcendental que el hecho sea, y por más misteriosa que sea la verdad,—que se le escuche: él es el primero de los testigos, el testigo por excelencia, el testigo á quien no puede rehusarse la fe.

Necesita asimismo el testigo, Señores, la competencia en lo que afirma. ¿Y está establecida la competencia de Jesús afirmando su divinidad? Yo no me extenderé, porque es inútil, sobre un valor intelectual, en el sentido pre-

ciso de la palabra. No diré nada acerca de la sublimidad de su razón y de su espíritu, bajo el punto de vista de las verdades eternas que anunciaba; de la moral absolutamente superior que promulgaba, ó de las palabras doctrinales salidas de su boca divina.

Quiero limitarme á mostraros su competencia, respecto de la declaración de su divinidad.

Observad que la divinidad de Jesús, afirmada por él, es un hecho de conciencia, un hecho interior, y del cual no sólo tenía el sentimiento, sino la visión; un hecho que no podemos penetrar, como no podemos penetrar, por ejemplo, el respeto ó la afección de que vosotros me ofrecéis seguridades.

Vosotros me decís: "Yo os estimo," yo no lo veo, pero vuestra conducta me lo demuestra, y creo en ese hecho interior, invisible.

Jesús dice: Yo soy el Hijo de Dios.—"Sí, le dice al sumo sacerdote que le interroga solemnemente, si yo lo soy, tú lo has dicho. Y un día vereis al Hijo del hombre sobre las nubes, sentado á la derecha de su Padre." Observadlo bien, Señores, no hay ahí una teoría. Nunca Jesús ha hecho teorías ni sistemas, como los moralistas ó filósofos humanos. Se trata de un hecho divino, transcendental, que se nos escapa, pero del cual él da testimonio. Su palabra es una testificación para la cual pide fe. Pues bien, cuando se trata de atestiguar un hecho de conciencia, no hay sino dos hipótesis admirables: ó el testigo se engaña sobre sí mismo y sobre el hecho que testifica, ó no se engaña. Si se engaña, es un alucinado; si no se engaña, es un sabio.

El dilema es riguroso. Jesús testifica que es el Hijo de Dios. Al afirmarlo ¿es un alucinado ó es un sabio? Plantear la cuestión es resolverla. Los que conozcan la vida de

Jesús, nunca admitirán la hipótesis de alucinación. Y á los que no hayan leído su vida, les diré: Cuando un iluminado, un alucinado habla, podrá, cuando mucho, conmover un instante el limitado medio doméstico en que se agite. Los alucinados pueden alguna vez obtener que se hable de ellos en una población, en un lugar donde se ame lo nuevo [en todas las edades hay lugares de estos]; pueden, cuando más, atraer sobre ellos la atención de un pueblo ligero y frívolo, y hasta la de algunos sabios; pero el mundo pasa, y aquellos son pequeños guijarros que la locomotora pulveriza al pasar.

Mas cuando la afirmación de un hombre, como la de Jesús, ha puesto en movimiento un pueblo; cuando ha puesto en agitación, hasta lo dramático, á todas las autoridades religiosas; aquellos Saduceos, aquellas grandes familias de Israel que participaban de la dirección de su país; cuando ha podido causar la revolución de una Nación entera; cuando ha hallado medio de penetrar en el mundo romano, como un cartucho de dinamita, y hacerlo volar en pedazos, no para aterrorizarlo, sino para renovar aquel pueblo carcomido, aquellos viejos romanos, aquellos filósofos escépticos, aquellos senadores soberbios, aquellos vividores, aquellos gozadores, aquellos epicúreos, toda aquella muchedumbre minada por el vicio, la lujuria y la indiferencia; cuando esa afirmación ha entrado allí, conmoviendo toda aquella humanidad podrida; cuando no sólo ha entrado en ese mundo, sino hasta entre los Bárbaros que lanzaban sus caballos contra los ruinosos muros de la Roma imperial; cuando ha sabido dominar sus conciencias y domarlos; y cuando hoy mismo en este mundo cansado de doctrinas, de filosofías, de escritores, de política, y que busca algo que le mueva; cuando hoy en este mundo esa afirmación sigue manteniéndolo todo en con-

moción y en expectativa, yo os pregunto: ¿es esa la palabra de un iluminado? ¿es la afirmación de un alucinado?

Ya lo veis tan claro como yo cuando semejante palabra penetra así por todas partes, abriéndose camino en el espíritu y en la conciencia, conmoviendo los pueblos y las civilizaciones; es preciso ser sinceros é inclinarse ante su poder; no es entonces el hombre, Señores, es Dios quien pasa.

La palabra de Jesús testificando su divinidad se nos presenta revestida de un carácter que debo señalar, porque añade á su fuerza una garantía suprema. Admirad, Señores, con qué arte divino ha querido el Hijo de Dios tratar á la humanidad. No ha querido decir esa palabra como un filósofo, como un gran pensador, ó como un político hubieran podido hacerlo; ha querido que esa palabra, que no soporta la vacilación ni la duda, fuera sellada con su pasión, su sangre y su muerte.

Porque es un hecho histórico; Jesús ha sufrido,—os lo he dicho ya hace ocho días,—Jesús ha muerto por haber afirmado que era el Hijo de Dios. Y obrando así, ha revestido su afirmación de toda la potencia persuasiva que una palabra humana puede reclamar.

En efecto, yo no conozco sino dos clases de palabras; las que nos procuran aplausos, nos conducen á la gloria y nos hacen vivir, y las que nos comprometen, sublevan la opinión contra nosotros y nos acarrearán la persecución y la muerte.

Cuando yo veo á mis contemporáneos vivir de sus palabras, recoger por ellas la gloria, la gloria de la opinión, de sus émulos y de su siglo; si esas palabras son bellas, las acepto gustoso, pero la fortuna triunfante de esos hombres me inquieta, y si se tratara de un testimonio, yo dudaría antes de creer. Me diría: ¡Son tan felices estas gen-

tes que. . . . ¡quién sabe! quizá es el interés personal y no la verdad quien les inspira. . . .

Que un hombre, por el contrario, pronuncie una palabra, formule una doctrina, por las cuales deba afrontar lo oposición y el odio de los suyos, las amenazas, las persecuciones y la muerte: ¿cómo no estimar á ese hombre? Sufrir y morir por la verdad; ser tratado á causa de ella como un malhechor público, he ahí la más bella suerte y el privilegio de los profetas. Y bien: ¡vivan los padecimientos y la muerte! Que nos formen cortejo á nosotros que llevamos á la humanidad la palabra y la verdad de Dios.

Envueltos por el sufrimiento, la muerte ante nosotros, pasaremos entre los hombres, y obligaremos á la multitud indiferente ú hostil, á inclinarse, cuando ya no existamos, y á reconocer la verdad de lo que hemos testificado.

Jesús marchaba el primero en esa heróica vía, magnífico, desconocido por su pueblo, por casi todos sus contemporáneos, judíos, romanos y griegos, escuchado solamente por algunos ignorantes. Va á la muerte como quien sabe de antemano que está señalado para víctima, diciendo: "Cuando yo haya sido elevado de sobre la tierra, creerán en mí." Y en efecto, el crucificado de los judíos, después de haber rendido á la verdad que afirmaba este testimonio sangriento, irrefragable, ha atraído hacia sí á los hombres con un movimiento que los siglos no disminuirán.

Sólo hay en este mundo una grandeza que resiste á todo: la del testimonio verídico. Por el testigo las familias viven. Por un testimonio tú, mujer, crees en la fidelidad de tu esposo, y tú esposo, en la de tu mujer. Por el testigo hay justicia. Por el testigo duran los reinados. Por el testigo vive la Iglesia. Por el testigo la divinidad de Jesús se ha implantado en la conciencia humana.

Y entre todos los testigos, el que por su competencia es

el más indiscutible; el que puede reclamar en justicia, mediante su muerte, la más absoluta confianza, en la más divina palabra que se haya jamás registrado en los anales de los mártires, es Jesús.

¡Oh testigo Jesús, de quien soy yo discípulo humilde; tú estás verdaderamente asentado sobre la divinidad de tu testimonio! Puede el mundo pasar, llenarte de injurias á ejemplo de tu pueblo, que no vaciló en llamarte poseído del diablo y samaritano,—última palabra, en su boca, del ultraje y de la blasfemia.—Sí, puede el mundo pasar, pero tú quedarás radioso, en tu martirio y tu santidad, y nosotros vendremos á arrodillarnos ante tí y á proclamar como el Centurión: "¡Este hombre decía verdad. Era ciertamente el Hijo de Dios!"





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEXTA CONFERENCIA

DIFICULTADES DEL ACTO DE FE

EN LA
DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

SEÑORES:

Después de haber establecido como un hecho histórico innegable la afirmación por la cual Jesús ha enseñado, probado, testificado hasta por la muerte su filiación divina; después de haber examinado y reconocido el valor irrecusable de su testimonio, hemos por lo mismo adquirido ante la razón el derecho de creer en la divinidad de Jesús. Atended, Señores, á esta expresión: el derecho de creer. Se deja de creer, no importa cómo; más para creer, es preciso tener no sólo el deber, sino el derecho. Este precede aquí al deber: ninguno puede creer, si para ello no tiene derecho, y la razón es quien se lo confiere.

Esta frase puede parecer extraña; pero es absolutamente cierta; de lo contrario se seguiría, para vergüenza de toda creencia, que la fe es arbitraria y que se puede, al antojo, tenerla ó no; en tanto que se convierte en derecho y en deber para quien quiera que examine y reconozca los títulos que la fe presenta.

Parece, desde luego, que todos los que se han dado cuenta de una manera seria, de la creencia en la divinidad de Jesús, deberían aceptar este hecho, esta verdad transcendental. Pues nada de eso: porque el hombre tiene el poder de rehusar su adhesión aun á cosas afirmadas por testigos fidedignos; poder temible de que usa, ó mejor dicho, de que abusa.

En la actualidad ¡cuántos hombres que han prestado atención á esa gran verdad de que Jesús ha testificado su filiación divina; que han reconocido, por un exámen sincero y racional, que el testimonio de Jesús era aceptable, se rehusan á dar asenso á esa verdad probada! Violan un deber, se sustraen á un derecho, no haciendo uso de él y siendo culpables de no hacerlo.

Muchas veces me he admirado, lo diré con la ingenuidad de mi fe y la sencillez de mi naturaleza, á pesar de la experiencia que he adquirido de las contradicciones y rebeldías de la conciencia humana, me he admirado muchas veces de que esos hombres hayan podido substraerse tan fácilmente á la fe en la divinidad de Jesús. Y á mi admiración se añade una amarga tristeza, porque nada aflige más al corazón del hombre recto, que ver desdeñada, desconocida, rechazada, una verdad que resplandece ante todos los ojos.

Sin embargo, cualquiera que reflexione sobre lo que implica la divinidad de Jesús; sobre el acto de fe que ella exige; sobre la naturaleza misma de la razón, ya se admi-

rará menos de la facilidad con que el hombre se rehúsa á creer.

Hay dos clases de verdades: las que podemos demostrar hasta la evidencia intrínseca; y las que sólo podemos demostrar por motivos extrínsecos. Las primeras están en plena claridad; las segundas permanecen, no obstante su credibilidad manifiesta, en la sombra del misterio.

Para las primeras, la evidencia es tal, que la inteligencia queda ligada, subyugada, vencida, y se inclina forzosamente.

Vosotros me mostrais en las ciencias un hecho que mis ojos pueden ver; yo lo acepto sin discusión. Me probais un aserto por un silogismo que me permite apreciar distintamente la conclusión envuelta en las premisas, y vuestro silogismo tiene toda la claridad de la evidencia: en estas condiciones la razón por sí sola asiente de modo deliberado y sin resistencia.

Pero las cosas pasan de otra manera cuando se trata de una verdad en donde no hay evidencia intrínseca, como en la filiación divina de Jesús. Un testigo la asegura verdad,—es Jesús mismo,—la afirma y la confirma por signos exteriores evidentes; pero si ese testimonio y esos signos le dan la credibilidad, no le dan la evidencia. Pues bien, la inteligencia humana, como no puede ser obligada y vencida sino por la evidencia, preciso es en tal caso,—retened esto, Señores, que os explicará una de las causas generales y precisas de la incredulidad de muchos,—es preciso que la voluntad intervenga, mande al espíritu y diga á la razón: "Inclínate; hé ahí un testigo que habla, dice la verdad, porque tiene todas las garantías del testimonio; inclínate, á pesar del misterio que envuelve la realidad de lo que él testifica."

Ya veis que en ciertas cosas la evidencia es soberana, y

en otras lo es el testimonio. En este caso la voluntad debe mandar á la inteligencia, porque el testigo es aceptable; pero si la voluntad no manda, no habrá fe. Ahora bien, hay multitud de voluntades que no ordenan á la razón asentir; de ahí la incredulidad respecto de la divinidad de Jesús. Es este, Señores, un fenómeno interesante que conviene estudiar. Si la voluntad queda inerte, debe estar paralizada, inmovilizada por algún obstáculo. Todas las dificultades que paralizan y atacan la voluntad y la inteligencia del hombre cuando se trata de creer, se deben á tres causas: una intrínseca, es el mismo acto de fe; otra, que yo llamaría subjetiva, corresponde al sujeto, á su estado psicológico intelectual y moral; la tercera, en fin, que llamaré general, extrínseca, es el medio en que vive el sujeto y cuyas influencias le oprimen por todas partes.

Persuadido de que una vez conocidas las dificultades, están casi vencidas, voy con vosotros á examinar uno á uno los obstáculos que nos impiden adherirnos á la creencia en la divinidad de Jesús, Hijo de Dios, é hijo del hombre.

La primera fuente de dificultades que se oponen á la fe es el acto de fe mismo.

Si no se tratase, cuando se cree, más que de formular con los labios ese dogma de que Jesús es el Hijo del hombre y el Hijo de Dios, ello sería muy sencillo. Si no se tratase, todavía, más que de formularlo superficialmente con el espíritu, también sería sencillo. Pero el acto de fe va más lejos; arrebatá á todo el sér humano, lo aplica todo entero á la verdad de que el acto mismo es objeto.

En efecto, al mandar á la inteligencia que asienta al hecho de que la divinidad está en Jesús, la voluntad entra en acción. Y como no puede obrar sino bajo el imperio de la razón que le ha demostrado la credibilidad de los testi-

monios, la inteligencia tiene también una parte esencial en el acto de creer.

Hé ahí, pues, las dos grandes facultades del sér humano puestas en movimiento. Y hay más: cuando la inteligencia, movida por la voluntad, acepta esa verdad de que Jesús es el Hijo de Dios, tal aceptación trae consigo graves, temibles consecuencias.

En efecto, si Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios y si lo reconocemos como tal, por ese mismo hecho abdicamos ante El. Nos imponemos un amo en el orden intelectual, en el del pensamiento, porque es evidente que si el Hijo de Dios nos habla, preciso será escucharlo. Nos lo imponemos en el orden de la voluntad, porque si el Hijo de Dios nos da preceptos, fuerza será seguirlos. Nos lo imponemos en el orden de la afección, porque si el Hijo de Dios está ahí, preciso será amarlo, y amarlo como lo merece, con amor soberano. Nos lo imponemos en el orden de la actividad, porque si El manda en nuestras voluntades, en nuestras aficiones y sentimientos ¿qué nos quedará? La inteligencia, la voluntad, la afección, el sentimiento, ¿no encierran toda la actividad humana?

¡Imponerse un amo! ¿Comprendeis, Señores, todo lo que se contiene en estas solas palabras? Imponerse un amo es no pertenecerse, y nada hay más duro que eso y más contrario para el hombre que se define, se quiere y se siente dueño de sus actos, de su pensamiento, de su voluntad, de su sentir, de su actividad, de todo su sér, en una palabra.

Así cuando la voluntad rehusa imponer á la inteligencia el acto de fe en la divinidad de Jesús, la primera causa de esa repulsa, estad seguros de ello, es el temor secreto, no confesado, de imponerse un amo. Instintivamente el hombre quiere pertenecerse, se inclina con dificultad

ante una soberanía extraña; pretende pensar y querer de por sí, amar y obrar á su gusto. Pero pensar, querer, amar y obrar bajo la influencia y el imperio de otro, ¡eso no!

Y ciertamente, muy á propósito vengo en estos tiempos en que es tan vivo el sentimiento de la individualidad,—no digo excesivo, aunque la expresión en nada sobrepasa á la realidad—muy á propósito vengo en estos tiempos á hablar sobre las dificultades de creer; pero ¿cómo pasarlas desapercibidas?

¿No las hemos experimentado todos? ¿No estamos todos amasados de la misma materia? ¿No respiramos todos el mismo aire? ¿No tenemos todos las mismas pasiones, las mismas tendencias? Y puesto que la fiebre de independencia reina hoy, ¿quién puede lisonjearse de no haber sentido algunos accesos de ella? Entre los propios fieles, ¿quién es el que, creyendo con fe razonada y convencida, no ha comprendido que el acto de creer implica una renuncia dolorosa?

Vosotros conocéis, Señores, la esclavitud antigua; el alma moderna no puede contener su indignación, su rebelión y su cólera, contra aquellos tiempos en que tan pesadamente reinaba esa esclavitud sobre las dos terceras partes de la humanidad, con aprobación de los mismos filósofos, que la consideraban como una necesidad de la naturaleza. Y no obstante, á pesar de sus cadenas y á despecho de la servidumbre material que pesaba sobre su cuerpo, el esclavo, el manumiso, podía conservar un alma libre. Mientras vosotros, que creéis en Jesús, conserváis la libertad de vuestros miembros, podeis ir y venir por aquí ó por allá; pero hay algo que el maestro divino os quita, y es la autonomía de la conciencia.

Sí, cristiano, tú podrás ir y venir, podrás hacer exteriormente lo que te dicte tu voluntad y aun tu capricho, cuan-

do la moral no te lo impida, pero no podrás lo que cuadre á tu capricho intelectual, ni querer lo que tu deseo te sugiera, ni amar en la independencia de tu corazón inconstante; no podrás variar en el orden de la actividad en que los intereses se hallan en juego, sin que el Cristo se levante ante ti, sin que el Hijo de Dios no te diga en su absoluta soberanía, lo que se debe pensar, lo que se debe amar, lo que se debe querer, lo que se debe hacer. Por el contrario del esclavo antiguo, tu cuerpo está libre y tu alma encadenada.

Hé ahí el acto de fe en su temible tenor, en su austeridad, en la grandeza de su sacrificio.

Cuando el cristianismo lo hace, no con los labios, como los que aparentan creer y en realidad creen tanto como el último de los paganos; sino en la plenitud de su conciencia y de su voluntad, puede repetir la frase de San Pablo: "Yo no vivo ya: es el Cristo quien vive en mí" No hay, Señores, un verdadero creyente que no sea un sacrificado, un esclavo de Jesús, Hijo de Dios; esclavo sublime, sin duda, pero esclavo.

Y nosotros tenemos á mucho honor, nosotros que poseemos un alma libre ante los hombres, ensalzaros esa esclavitud con un entusiasmo que jamás ha conocido el liberto más independiente y más ebrio de libertad.

¿Qué me importa, después de todo, ser dueño de mí mismo, si soy también mi propio tirano? Lo que pido es ser esclavo de la verdad y del bien universal. ¡Oh, Cristo! cuando tú nos has pedido fe, has entrado en nosotros con la verdad que domina al espíritu, y yo te adoro; con el bien universal que es ley de la voluntad, y yo te adoro también, con el amor, el amor eterno que sólo Dios conoce, y yo te adoro siempre! ¿Qué me importa que yo no sea yo; qué me importa que nuestro miserable individuo sea

inmolado en holocausto? ¡Viva ese sacrificio en que el individuo renuncia á sí, sale de sus límites y de su nada y se sacrifica para no pertenecer en adelante más que á la verdad, al bien y al amor eternos!

Esa es la primera dificultad de creer, y estad seguros de que la siento más que nadie; estoy lleno de compasión para esos pobres incrédulos que se sustraen á la luz. Yo los conozco bien; retroceden ante la pira del sacrificio; esto es humano. Los creyentes van á arrojarse en sus llamas sagradas: esto es bello y es heroico. En todo el que cree en el Hijo de Dios hay la estofa de un héroe. Y no digo en todos los creyentes. De todos los maestros religiosos, Jesús es el único que tiene derecho de pedir ese heroísmo, porque, siendo el Hijo de Dios, es la verdad, el amor y el bien total.

En cuanto á los otros, tomo mi revancha contra ellos. De nosotros creyentes, no hay servidumbre alguna que merezca un aplauso; no hay cadena, que para ser forjada encuentre el más pequeño martillo entre nosotros. Nosotros dejamos las cadenas para los traficantes de esclavos.

Y bien, esclavo por esclavo, prefiero, mejor que á los que lo son de sí mismos ó de la turba humana, los gloriosos y dulces esclavos de Dios.

Vistas las dificultades inherentes al acto mismo de fe, debo señalaros otras no menos graves ni temibles, que resultan de nuestro estado psicológico intelectual y moral.

Si consideramos el estado actual de los hombres, de los espíritus, los vemos divididos en cuatro categorías: La primera comprende á los que viven ó creen vivir por el espíritu, los que piensan ó creen pensar y en quienes prepondera la cabeza; y la segunda, á aquellos en quienes domina el corazón y que viven por él,—las mujeres me comprenden;—la tercera, aquellos á quienes la actividad mate-

rial domina y absorbe; trabajadores de toda clase y de toda talla, desde el ingeniero politécnico, hasta el humilde y obscuro obrero de la mina; la cuarta, en fin, á los que son gobernados por las pasiones y se entregan á instintos más ó menos desordenados. En estas cuatro categorías se resume toda la masa humana.

Pues bien, Señores, en cualquiera de ellas que yo considere, encuentro siempre dificultades especiales y temibles para el acto de fe en la divinidad de Jesús.

Véanse primero los que piensan ó creen pensar. Dejo á un lado los grandes espíritus. No me permitiré aquí citarlos ni conversar con ellos: no sería competente para eso. Y luego, sobrepasan tanto el nivel humano, que apenas hay quien ose, aún en nuestro tiempo democrático y nivelador, dirigirse á tales majestades. Tomo el término medio, es decir, aquellos que tienen, no cierta cultura, sino la cultura de su época; aquellos cuyo cerebro se halla á la altura de la civilización presente.

Y bien, estos tienen una gran dificultad para el acto de fe; y he aquí el motivo oculto. Todos ellos tienen un pequeño sistema racional,—así lo creen, al menos,—sistema muy variado, según los individuos: se llama, en unos, el escepticismo más ó menos transcendental y más ó menos apoyado en la lógica, el análisis ó la experiencia; en otros, el idealismo; en otros, el panteísmo; en éstos el positivismo; en aquellos, un materialismo intratable, en otros, ... ¿qué? ¡Nada, nada! Desde el momento en que se afirma, se alejan; tienen horror á la afirmación; se abstienen de resolver; es eso el sistema que aplicado al orden de las cosas transcendentales, se llamaría el agnosticismo.

Notad que este sistema de que esos espíritus están armados,—no digo cubiertos, aunque cubierto se dice de un casco, y es un verdadero casco el que llevan—este siste-

ma, no es el resultado de estudio profundo. Han ido á buscarlo en casa del proveedor, les ha quedado bien: he aquí un sombrero que me viene: lo tomo. Cuando vais á tratar con espíritus que así están armados de uno de los sistemas que acabo de indicar, no os es posible conducirlos á ningún acto de fe.

Esas teorías, en efecto, son precisamente la negación de toda fe: chocais contra un muro; disparais contra una coraza impenetrable para el proyectil. Toda lucha es imposible, y no hay fe que pueda triunfar de tal estado de espíritu.

No creo exagerar hablando así; la experiencia me ha ayudado á comprobar que ese estado achacoso no aguarda los treinta años para declararse; se le ve despuntar desde los veinte, aún antes de la edad en que, según la fisiología, las apófisis quedan completamente soldadas, y en que el hombre físico está ya completo.

Hay más: fuera de los espíritus que no llegan hasta armarse de un sistema, veis á los que caen bajo el yugo de los prejuicios intelectuales de su tiempo. El prejuicio irreligioso se traduce por aforismos como estos. La ciencia ha demostrado que el milagro es imposible; la ciencia establece que descendemos de los monos; la ciencia prueba que todo se realiza por una evolución irresistible y fatal de la materia.—Por lo que hace á prejuicios políticos, se oye hablar así: el sacerdote es un sér inútil; preciso es que se retire á su sacristía, que no se le vea, que se oculte en sus templos y que no nos estorbe en el orden material cuyo cuidado nos incumbe; y en donde, por otra parte nada tiene que ver, porque su reino no es de este mundo.

¿Puede negarse que tales prejuicios ciegan y comprimen los espíritus de los que pretenden vivir por el pensamiento; y que alzan entre ellos y la fe, una muralla de la Chi-

na, impenetrable, infranqueable? Aún cuando se ponga ante los ojos de esos ciegos un testimonio irrecusable, y se les prueba que Jesús ha testificado su divinidad, y que el testimonio de Jesús es aceptable, ellos quedan sordos y ciegos; escuchan, pero no oyen; miran y no ven; permanecen fijos en su prejuicios y sus teorías; es como si hubieseis hablado en chino á un europeo.

Creed, sin embargo, Señores, que á pesar de la severidad de mi lenguaje, guardo en mi conciencia de apóstol conmisericordia profunda para los que gimen, lejos de la fe, bajo la triste esclavitud de sus vanos sistemas y de sus prejuicios.

Que la juventud, sobre todo, aprenda á defenderse de ellos. En nombre de la libertad por la cual tiene culto; de la franqueza que es su honra; de esta gran razón universal y sencilla que la alumbra con su potente claridad; que esquive todos los yugos y que los rompa. Sólo un maestro es digno de ella: el Cristo. ¡A sus piés pueda encontrar su mejor inspiración y su divina salvaguardia!

Los que viven por el corazón, se hallan en otro estado y entre otras dificultades que debo señalaros.

El sentimiento del hombre tiene cierta tendencia á divinizar su objeto y hacer de él un ídolo oculto; el que vive por el corazón, sin dejarse gobernar por una sabiduría superior, es forzosamente llevado por ese movimiento de idolatría afectiva, que es uno de los grandes hechos de la naturaleza humana. Las mujeres que me escuchan pueden dar testimonio de la verdad de mis palabras.

Cuando el hombre es arrastrado por el sentimiento, se absorbe en su objeto y nada ve fuera, ni abajo, ni encima de él. Es eso una especie de hechizo que no deja ni la libertad de pensar, ni la de querer, ni la de obrar, y los así

impelidos, hechizados, son verdaderos esclavos, los más infelices y los más cruelmente tratados.

¡Si al menos el ídolo que os habeis fabricado os devolviera todo lo que le dais! Pero el ídolo es de mármol, de bronce, de hierro, de acero; metedle oro ó carne viva, si quereis, siempre será el ídolo, y el ídolo siempre ha esclavizado, degradado, devorado á los que lo adoran.

Esta es, Señores, en su dolorosa crudeza, la historia de los que domina el amor. Son conducidos como el más pasivo de los rebaños. Imposible que escapen al látigo temible que los lleva enloquecidos, encadenados, á donde la fantasía del amo los impele. ¿Por qué el hombre ha de ser un volcán, y su corazón mal contenido ha de arder y desbordarse? ¿Por qué nuestros sentimientos no han de tener una regla natural, como el instinto de la bestia? El sentimiento tiene algo de infinito, y cuando se vuelve hacia la creatura, la reviste de ese infinito que está en él, pero no en ella, y la diviniza; y ya lo veis, toda creatura divinizada no es más que un ídolo, y todos los ídolos son homicidas, fratricidas, crueles, tanto como perversos. Una multitud de seres humanos están entregados, más ó menos, á las violencias del sentimiento desenfrenado. Más de dos millones de habitantes hay en París. Si pudieseis penetrar las conciencias, veríais qué multitud de ellos el amor insensato embarga y flagela. Y son felices en su inconciencia de que son flagelados; felices en el torbellino en que se hunden. ¡Esto es horroroso! Mas cuando la observación se fija ante la realidad de los hechos, se retrocede con espanto. El espíritu se escandaliza. ¿A dónde van? No lo saben ellos mismos; van á lo desconocido, siempre atraídos y siempre engañados; siempre embriagados y siempre insaciables. Están dementes.

Tratad de hablarles de Dios, de la divinidad de Jesús;

tratad de llevarlos á la fe. Tanto valdria hablar á sonámbulas ó á hipnotizados!

Están diseminados, pero nosotros los hemos encontrado. ¿Cuál es el carácter que los distingue y los señala siempre? La locura. ¡Les hablais de Dios! No hay más que uno para ellos, y es lo que aman. Les hablais de conciencia. No tienen más que una, y es la voz que les dicta lo que deben hacer por lo que aman. Y hé aquí que se recrudece la locura de los desesperados.

Consultad á vuestra experiencia personal. Cuando no han sido fulminados por el fuego que los devora; cuando escapan del horno ardiente en que fueran arrojados; cuando se debaten, calcinados á medias, llega para ellos la desesperación sin nombre. Si Dios no está allí para renovar esas naturalezas quebrantadas fibra por fibra, oireis el eco dolorido de dramas terribles que os harán estremecer.

Nuestra civilización moderna, desarrollan lo en exceso la potencia sentimental y afectiva, ha multiplicado el número de esas víctimas sin remedio, que la llama no ha podido reducir á cenizas. Nosotros las contemplamos palpar y agonizar, impotentes, ¡ay! para salvarlos: y yo os señalo allí uno de los más terribles obstáculos á la entrada de la fe en el alma humana.

Los corazones cautivos por la creatura, envueltos, poseídos por el amor creado, se cierran á Dios.

Jesús pasa lejos de ellos; los deja en la desesperación que la destrucción habia empezado; los entrega á su demencia, el último crimen de la humanidad que se prostituye, en lugar de ir hacia el eterno amor!

Hay también, en nuestro mundo actual, lo que se llama los hombres de acción, en toda la escala social; y los hombres de acción son llevados por el torbellino de la actividad terrestre.

Conoceis bastante á la sociedad moderna para daros cuenta de todo lo que encierra en agitaciones, preocupaciones é impaciencias febriles.

El hombre sueña hoy con empresas colosales; y sus sueños lo devoran. Se trata nada menos que de trastornar la superficie del planeta, de cambiar sus condiciones, de traer un nuevo orden de cosas, de dominar la naturaleza, de dominar sus fuerzas, de suprimir el tiempo y el espacio: para tal obra se necesitan operarios. No se puede obtener la supresión de las distancias sin el esfuerzo combinado y perseverante de millares de trabajadores. Y ved la extraña ironía de las cosas: los más humildes son tan necesarios como los más grandes; y los que parecen más inmóviles,—los mineros en sus excavaciones,—procuran la fuerza que da impulso á la colosal máquina: suprimidlos, y todo se paraliza.

De las entrañas de la tierra extraen rayos de sol fijos y petrificados, como nosotros podríamos, de los panales extraer la miel. Pero qué absorción y que agotamiento en la tarea cuotidiana! ¿Cómo aquellos á quienes devora esa actividad incesante, depresiva, pueden pensar en otra cosa? Siempre encorvados hacia la tierra, y hundidos en sus entrañas, ¿cómo podrán mirar hacia Dios?

Apenas, sí, al fin de su larga y penosa jornada, pueden gozar del reposo de la familia, entre sus hijos. Se caen de laxitud en la noche, después de un exceso de trabajo. Y se busca lo que sería capaz, en ese momento, de reanimar su valor y de levantar su alma.

Que vean la llama radiosa del hogar, cuando el hogar la tiene, siempre la hay en casa de los que tienen fortuna; pero en la de los otros...? Ella revive muchas veces cuando parecía morir. Que levanten más al alto los ojos, y contemplen sobre la chimenea, sobre una llama otra llama,

la que viene del crucifijo, protector de los hogares cristianos.

¡Ay! preciso sería para eso que tuvieran la fe tradicional que se guarda como sagrado patrimonio; y generalmente la han perdido y son incapaces de volver á hallarla; tanto se multiplican en torno suyo obstáculos y dificultades para impedirles creer. Los letrados mismo no lo consiguen sino raras veces, y siendo así, ¿cómo los que no tienen cultura, los que para instruirse sólo disponen de la entrega ó el diario de un sueldo, han de hallar el medio de creer y el secreto de reanimar su conciencia abatida, más abatida aún que sus cansados brazos?

Sé bien que se trata de distraerlos; pero cuando se ha conseguido apartarlos un cuarto de hora del torbellino que se los lleva, los desdichados vuelven á caer de súbito bajo el yugo de su miseria y de su trabajo. ¿Ese yugo depresivo les dará valor para ser obreros sin tacha, padres vigilantes y previsores, que sepan multiplicar por el ahorro su salario, á fin de poder en hora crítica atender á sus hijos y á sí mismos?

¡Dios mío! he allí la verdad sobre la situación social: el trabajador necesitaría la fe y su dura vida lo aleja de ella.

Al hablaros así, Señores, no pienso solamente en los proletarios, en los hermanos debilitados, en los que más visible llevan la miseria del cuerpo; pienso también en los grandes, los inteligentes, los más fuertes; y que me perdonen si al tener piedad de ellos, como de los otros, los envuelvo en la propia conmiseración. Su miseria es tan negra como la otra; aunque se disimule bajo el brillo de una actividad triunfante y ofrezca menos ocasión todavía, al apóstol piadoso que quisiera llevarles la palabra, de Cristo, fuera de la cual en vano buscarían al Dios de toda fuerza y de toda esperanza, de todo consuelo y de toda paz.

Seguro estoy de que sereis de mi parecer, y abrazando á todos estos ocupados de la vida en una compasión común, anhelareis para el último de los operarios como para el primero de los ingenieros, el conocimiento del secreto de dar vida al alma en medio de ese torbellino terrestre, donde una actividad devoradora los arrastra lejos de Dios y los condena á morir.

Hay todavía en nuestro mundo actual—como en todos los estados de civilización que le han precedido,—la categoría de los que son embargados por sus instintos; de los que no son gobernados ni por el espíritu, ni por el sentimiento; de los que no se hallan envueltos en el tumulto de los negocios, sino á quienes una especie de desencadenamiento pasional, arrastra y cautiva.

Es la bestia humana,—permitidme la expresión;—la bestia que no se ha elevado, ó que no lo ha sido hasta las alturas de la razón, de la voluntad y del interés bien entendido.

En nuestra civilización, esta categoría se desarrolla, particularmente, en las grandes ciudades. Como el oceano, la humanidad tiene sus espumas y sus despojos. Y yo añado que esos seres, entregados á la brutalidad de los instintos, cuando están un poco pulimentados y se mezclan á la sociedad, se deslizan ahí hábilmente y toman una actitud que impide reconocerlos.

Y bien, la bestia humana es refractaria á la fe en la divinidad de Jesús y á todo lo que es superior. El hombre animal, dice San Pablo, no puede comprender las cosas de Dios.

Allí también se agitan miserias sin fondo. A esos abismos negros y abiertos hay que asomarse cuando se quiere sondear todo lo que hay de inferior y grosero, de perverso y violento en la pobre humanidad. Las muestras son ¡ay!

bastante numerosas para facilitar el examen de este fenómeno.

¿Cómo germinará la fe en el Cristo, en esas almas consumidas por el fuego terrenal? ¿Y cómo la luz de Dios brillará en esas tinieblas impenetrables? Se consigue á veces, es cierto, librar estos seres, reducidos al último grado de la corrupción moral, que la infinita misericordia se complace en sondear.

Se dirá, acaso, que no deben ser tomados en cuenta; pero los apóstoles de Jesús, conocedores del valor divino de las almas, no sabrían tratar á la más ínfima de ellas como cantidad despreciable. Y yo no soy aquí el único; todos cuantos poseen corazón de apóstol, se considerarían felices con intentar, aun con peligro de su vida, domar esas naturalezas, tanto más miserables, cuanto que no tienen muchas veces la conciencia de su inferioridad y de su miseria.

En todo caso, tenemos ahí un signo de la corrupción inherente á la humanidad. Se dirá: esos seres no pertenecen á ella y que no han salido aún de la animalidad; mas por mi parte, creo que sí, pero que vuelven á entrar.

Pues bien, eso es precisamente lo que convendría impedir. Convendría que el legislador no siempre estuviera ocupado en hallar medios de castigar, sino que intentara prevenir. Convendría que no imitase á los hombres que se despiertan de pronto sobresaltados ante la brusca amenaza de un fenómeno terrible para ir al socorro de los que gritan: ¡defendednos!

Los verdaderos militares tienen otra táctica. Defenderse es bueno; pero impedir el ataque es mejor.

Ese es el deber urgente en un gran país como el nuestro. No es este un reproche que dirijo á los que tienen el grande honor de dirigirlo, sino un simple consejo que me

permiso darles en mi independencia de apóstol. Yo les diré: Matad, pues, en embrión al animal humano que podrá ser un peligro para la sociedad, cuya guarda os está encomendada. Prevenid, prevenid las catástrofes.

Y añadiré: ¡Moralizad! Es esta una vieja palabra que no se estima.—Vieja palabra, sí, cierto, porque es eterna.

Cuando se tiene el poder político, no se trata de obrar siempre con rigor contra el mal, sino de desarrollar las influencias sanas y secretas en virtud de las cuales la razón que se ha impuesto en una civilización, la moralidad que forma ley, penetren poco á poco en la conciencia de los menores y en el alma de los más pequeños.

¿Se hace? No me atrevo á decirlo, y dejo á vuestra razón y saber imparciales al cuidado de responder.

Señores: no puedo abandonar el asunto que he querido tratar ante vosotros sin llamar aun vuestra atención sobre el medio en que todos vivimos, y que opone á la fe en Dios, á la creencia en la divinidad de Jesús,—que todo es uno,—obstáculo temible.

No seré sospechoso de querer ennegrecer el cuadro de mi época. Pronto estoy á declarar que la amo más que á los otros siglos, por la sencilla razón de que pertenezco á ella; lo mismo que se ama á la propia familia más que á las otras, por la única razón de que se forma parte de ella y de que esta razón de corazón es siempre aceptada y no admite réplica.

Entre todas las miserias de nuestro tiempo, hay una muy característica, que yo llamaré con un nombre no muy aceptado acaso todavía, pero que la caracteriza bien, y es: la atrofia del sentido religioso.

La humanidad pertenece á tres influencias: la de la tierra, á la cual no podemos nunca sustraernos; la humana de nuestro medio, de la cual no podemos escapar, y en fin,

la influencia superior y divina, que constituye la mejor parte del hombre.

Si los piés del hombre lo mantienen en equilibrio sobre la tierra; si su pecho se dilata llenándose del aire en que vive, su cabeza abarca el mundo, y él siente bien por su sola actitud que la tierra no es todo, que los que le rodean no son sino parte de la realidad, y que el mundo tiene su centro más allá de la mirada, más arriba que la tierra, más alto que la humanidad.

Ahora bien, lo que caracteriza á nuestra edad es, por una parte, el desarrollo enérgico de las fuerzas con que renovamos la materia; de la actividad con que ponemos á la sociedad en movimiento para perfeccionarla, y por otra parte, la languidez y atrofia de las fuerzas en el movimiento con que tendemos hacia Dios.

Yo me aflijo de ello y vosotros conmigo. No conviene, sin embargo, desesperar. El hombre no es un sér completo. Entre los hijos del Padre Celestial, cada uno tiene su fisonomía: unos son bien nacidos, otros menos bien; unos tienen robustez muscular, otros el genio poético del bardo que canta á la natura; éstos llevan la cabeza inclinada, como para ver mejor su camino terrestre; aquellos ven hacia la altura y saben adorar.

Los siglos deben de sucederse sin tener semejanza unos con otros; tomadlos como son, sin formarles causa siempre. Yo se la formo al mío solo en parte: compruebo la tendencia predominante de quienes dirigen el movimiento: se vuelven hacia los problemas de la materia ó hacia las cuestiones sociales, y yo hallo que ese movimiento presenta una dificultad á las creencias en la divinidad de Jesús y en Dios. ¿Por qué? Por la razón muy sencilla de que si estuviéramos menos absortos, menos dominados, sentiríamos mejor la atracción de lo divino. Esta atracción se revela

en Jesús, y como no sentís la sed de lo divino, pasais ante El distraídos, indiferentes.

Yo vengo á recordároslo.—Eso no me corresponde, decid.—Pero yo que estoy devorado por esa sed, me precipito hacia El como quien corre á una fuente de agua viva. Reconoced, pues, que estando en minoría los hombres como el que teneis delante, la mayoría se consagrará á los negocios políticos, á las cuestiones sociales, económicas, coloniales, internacionales; á todas las que tocan al humano interés. Se ocupará de abrir túneles, de preparar, arreglar y de construir tales ó cuales obras que vosotros considerais como muy bellas, por ejemplo, el túnel submarino ó el puente gigantesco á cielo descubierto, entre Francia é Inglaterra. Pero cuando digais á los hombres que hacen todo esto: Mirad, pues, hacia Dios, ellos os responderán: No tenemos tiempo ni voluntad para eso.

Y bien, nosotros que hemos conservado en medio de ese torrente que todo lo arrastra hacia la materia, el hambre y la sed de Dios, á Dios nos dirigimos, y cuando resplandecen sus testimonios, nosotros lo testificamos, nos inclinamos en acto de fe, y decimos: ¡Oh Cristo, yo te adoro, puesto que me das el Dios que yo buscaba!

Pero comprendemos, no obstante, que haya hombres que pasen inertes al lado de lo que nos apasiona, y que se precipiten, locos, sin sospechar la fuente viva á la cual pedimos valor para sufrirlo todo y emprenderlo todo.

Tal es nuestra edad. La fe no corre por ella en abundancia, como la democracia y la ciencia. No os sorprendais. Es tiempo de transición. Hay lugar bajo el sol de Dios para todos los actos del gran drama que se desarrolla en la humanidad.

Hoy los hombres no siguen la dirección que nosotros quisiéramos; conviene atraer el mayor número posible, sin

lanzar, empero, el anatema sobre los otros, sobre los que se escapan, y conviene, con la paciencia de Dios, cuyos representantes somos, y de Jesús á quien ha enviado á dar testimonio de El, aguardar tiempos mejores.

Nada temais, y sabed reconocer aún en esta edad, en que puede decirse vivimos bajo un cielo gris, y á veces negro, sin sol en el día, sin estrellas por la noche, el poder de Aquel que os anuncio.

En esta noche del fin del siglo diez y nueve, en esta noche de Dios, sobre el fondo de un cielo nebuloso, obscurecido por todo el opaco polvo que levanta el trabajo humano, ¿no veis elevarse y destacarse la gran Iglesia de Dios? Saludadla. Es la columna de fuego que os advierte que la luz no se ha extinguido. Aún cuando los hombres, muy ocupados de la tierra y de sí mismos, han hecho la obscuridad sobre este mundo, queda siempre para enseñarles el camino; para hacerlos entrever lo que es bueno y lo que es mejor, la eterna claridad de Dios, brillando á través de las tinieblas humanas, como los astros á través de las nubes de nuestro cielo.





SEPTIMA CONFERENCIA

LAS SIETE PALABRAS DE JESUS

SEÑORES:

Os ruego me permitais interrumpir hoy la serie de nuestras conferencias, porque estamos reunidos para celebrar el aniversario de la muerte de Jesucristo.

Esta muerte es el hecho más notable en los anales de la humanidad, el más doloroso y el más conmovedor, el más consolador y el más grande. Ninguno puede compararsele.

En efecto, la muerte de Jesucristo y la cruz que de ella fué instrumento, dividen á la humanidad distintamente en dos fracciones: la primera que precede al suceso y la segunda que le sigue. Estas dos humanidades en nada se

parecen; están en contradicción absoluta y la cruz de Jesucristo es la que ha producido esa contradicción.

La muerte de Jesús y su dolor sin nombre, son el coronamiento divino de su vida. Todo lo que él nos ha enseñado y manifestado, todos los ejemplos de virtud que dió, todas las fatigas que ha sufrido, todos los tesoros de sabiduría, de amor, de fortaleza y de bondad, que ha desplegado, todo se concentra en esa última hora en que va á concluir.

Esa no es la muerte de un hombre, es la de un Dios. Que la contemplen los que deseen creer, y así como arrancó al Centurión romano aquel grito inmortal de una conciencia recta:—"Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios,"—arrancará también, después de transcurridos tantos siglos, á las almas sinceras, el mismo grito y la misma fe.

No puedo reprimir la emoción que experimento; os hablo como un discípulo habla de su maestro. Mil ochocientos noventa y dos años y siete días hace que en momento como este,—á la hora sesta como se decía en el lenguaje de la época,—sobre aquella pequeña colina desnuda, llamada el Calvario, Jesús estaba crucificado. Me parece estar viendo el lugar: veo los viejos muros de la Jerusalem de ese tiempo; veo el ángulo formado por la muralla que descendía de un torreón de defensa, llamado la torre Hipicos, y que iba en derechura á la puerta Djennat; veo la otra muralla que partía en ángulo recto de esta puerta y continuaba hacia el norte. Allí, á veinte pasos del muro—porque era costumbre ajusticiar á los sentenciados en las puertas de la ciudad,—allí, á veinte pasos, cerca del camino que conducía á Efraim, en Samaria; allí, en medio de los huertos de olivos donde los ricos israelitas contruían sus sepulcros; allí en plena muchedumbre, es donde Jesús

entre dos ladrones, bandidos ó malhechores, sí, allí, es donde Jesús ha sido crucificado.

Pues bien, Jesús crucificado ha dejado caer de su divina boca algunas palabras que fueron recogidas por testigos auriculares. Nosotros estamos aquí para meditarlas, y yo quisiera daros de ellas explicación, que será miserable al lado de la profundidad infinita que esas palabras contienen.

¡Oh hermanos míos,—y os llamo así, porque ante la cruz no hay sino hermanos,—Jesús, al morir, nos ha dado la gran ciencia de la vida en esas cuantas palabras; y la ciencia de la vida es la ciencia del dolor, la ciencia del consuelo, la del afecto, la del perdón, la de la perfección; en una palabra, es la ciencia de morir.

* * *

Hay una primera palabra, que comienza á deletrear esa ciencia divina, la más necesaria al hombre, porque podemos ignorarlo todo, hermanos míos, en este mundo, excepto una cosa: la ciencia de morir. Pues bien, la primera palabra que cae de los labios de Jesús, es una palabra de perdón. "Padre, ha dicho cuando fué elevado en la cruz, hablando de sus verdugos,—perdónalos; no saben lo que hacen."

Todos padecemos, más ó menos, por causa de los hombres, de su malevolencia, de su antipatía, de su violencia ó de su astucia, de su hostilidad oculta ó de sus descubiertas persecuciones. Aunque nacidos para amarse como hermanos, los hombres se destrozan mutuamente. Todo viviente tiene de ello la cruel experiencia. El dolor cansado por la

naturaleza inconsciente, el dolor inherente á nuestra constitución frágil, delicada en exceso, puede más fácilmente soportarse; nos resignamos forzosamente á la inexorable fatalidad; pero el dolor que viene de una causa inteligente y libre, de aquellos entre quienes vivimos, nuestros conciudadanos, nuestros amigos y nuestros hermanos, he ahí el dolor acerbo entre todos, el dolor terrible, sobre todo cuando recae sobre un inocente que tiene derecho de decir á sus enemigos: ¿Por qué me perseguís? Jesús no ha dirigido ni ese reproche á sus verdugos. Ha perdonado, sencilla y plenamente. Decid cómo él y con él: "¡Oh Padre, perdónalos; no saben lo que hacen!"

Esta palabra debía ser pronunciada por el Cristo. El había enseñado siempre el perdón; lo había recomendado como ley nueva; había dicho á sus discípulos: Se os perseguirá, bendecid; se os insultará, haced y decid el bien; amad á vuestros enemigos. Perdonad sin contar, no siete veces, sino setenta veces siete, es decir siempre.

Y bien, Maestro: he aquí la hora suprema: ¿qué vais á hacer sobre esa cruz en que habeis sido clavado por vuestros enemigos? Perdonareis. Yo no conozco nada más conmovedor. Después de este perdón una inmensa misericordia envuelve á la tierra: las víctimas han aprendido á no maldecir, á perdonar y á amar. ¡Perdonar! No solamente ha pedido Jesús el perdón; lo ha pedido al Padre para sus verdugos, y ha añadido: "Perdónalos, porque no saben lo que hacen," dando así el secreto de la misericordia infinita.

Notadlo; cuando el hombre hace el mal, siempre se halla en el fondo su ignorancia, el ser humano no sabe; sin duda su voluntad tiene debilidades, obstinaciones, extravíos; pero un exámen atento demuestra que se deben generalmente á la ignorancia del espíritu. El hombre es cor-

to de inteligencia, no ve, no comprende; por eso se extravía: los verdugos de Jesús no lo hubieran, ciertamente, crucificado si hubiesen sabido lo que era. Su ignorancia los escusa y abre una puerta secreta á la misericordia infinita.

Ved el efecto de esa divina palabra. La humanidad, considerada como relación á Dios, se rige por dos leyes: la de la justicia, que hiere y vengá; la de la misericordia, que absuelve y ama.

Jesús ha vivido bajo la ley de la justicia vengadora, bajo la ley del Jehovah terrible que no dejaba lugar en la conciencia humana para la bondad y el perdón. La humanidad inflexible se apoderaba del hierro, hería, cortaba, dividía, mataba, armada de esa falsa justicia, que se llama del talión. Tal es la ley formidable que castiga cruelmente en el mundo entero antes de Jesús. Después de él, esa ley ha cambiado: después de la palabra de perdón, por él pronunciada, un espíritu nuevo ha invadido el corazón del hombre. Somos buenos hasta la debilidad; no nos defendemos ya; bien podemos imitar á nuestro Dios, y tener para los malos un grito de piedad. En el reino de Jesús, nada de vengaza, nada de represalias, nada de muertes, nada de hierros alzados para intimidar á la bestia humana; fuerza es imitar á Jesús, y aun cuando las garras del hombre-animal penetren en nuestra carne, es preciso contener la cólera, abrirse á la piedad y no substraerse á ese efluvio del perdón de Dios.

¡Ah, Señor! bendito seais, por haber cambiado lo que era más difícil de cambiar en el hombre, habeis matado el instinto de la venganza y hecho reinar el deber de la misericordia y del perdón sin límites.

Si pronuncias la palabra del perdón hasta en el último suplicio en favor del verdugo pertenece al heroísmo

del hombre, crear en el corazón de la humanidad la ley divina de la universal misericordia no pertenece sino á Dios.

* * *

Jesús fué crucificado entre dos bandidos, ladrones ú homicidas. La segunda palabra que salió de sus labios es una palabra de conmovedor consuelo. Uno de los dos crucificados, uniéndose á la multitud, á los transeuntes, á los fariseos, á las autoridades judías, que todos á porfía insultaban al Crucificado: decía: "Si eres el Hijo de Dios, sálvanos pues, y sálvate á tí mismo;" él continuaba, hasta en la muerte, su mala vida. El otro, después de haber comprendido á su compañero de suplicio, decía, con toda la sinceridad de su alma: "Nosotros no tenemos sino lo que merecemos, nosotros; pero El!"

Y entonces mirando á Jesús le dijo: "Cuando estés en tu reino, acuérdate de mí." Jesús le respondió: "Hoy serás conmigo en el paraíso."

Hermanos míos, yo no conozco otra palabra que se dirija mejor á la humanidad entera. Todos somos, en diferentes grados, pecadores. No digo yo que hayamos ejercido el bandidaje, robado, asesinado, como el que es víctima de la vindicta pública, como los que, condenados por Pilatos, escoltaban á Jesús en el Calvario; pero tenemos nuestros vicios, y somos algunas veces más culpables que los malhechores declarados, más criminales que los homicidas. Algunos matan el cuerpo; pero otros corrompen el espíritu y matan el alma. De ambos crímenes ¿cuál es el más grande delante de Dios?

Malhechores intelectuales, vosotros habeis quizá destilado en toda una generación el matador veneno. Raza de

víboras, habeis matado moralmente no á uno sino á millares de hombres. Y los corruptores, los perversos, ¿cuántas conciencias no han marchitado? ¡En cuántas familias no han sembrado la vergüenza y el vicio incurable! Ellos se cubren con su decoro de civilizados, hablan de virtud para que se crea en la suya; y aun tienen la insolencia de admirarse bajo su hipócrita máscara.

No, Señores, nada de ilusiones, nada de engaño ni de fingimiento; la conciencia humana se pliega bajo el peso de innumerables crímenes, manifiestos ú ocultos. Y, cosa extraña, los más inocentes delante de Dios son los que reconocen y publican con la franqueza y la sinceridad más grandes sus pecados y sus miserias.

Ahora, hermanos, vosotros no escapareis á la muerte; ella está allí y nos acecha. No digo yo que vayamos á ser clavados en un cadalso, pero lo seremos sin duda sobre un lecho de muerte, para lanzar el último suspiro.

¡Y bien! hermanos que me escuchais, ¿de qué teneis necesidad en esa hora trágica? ¿De qué tendré necesidad ante todos, yo que os hablo? De esperanza. Porque, en el fondo, lo que invade al sér humano cuando, próximo á la muerte se aviva en él la conciencia de sus miserias, lo que le tortura, lo que le hace imposible la salud, es una levadura de desesperación que surge de repente, que se infla en nosotros, y nosotros decimos de buena gana cuando al fin de una larga vida hemos hecho, al resplandor fúnebre de la muerte, el exámen de nuestros actos: "Dejadme, estoy demasiado lejos de Dios; que yo muera y que todo acabe!"

Es el amargo grito de los desesperados; ahora yo querría que tuvieseis, una vez por todas, vosotros que ois la palabra de Jesús, el remedio contra esa suprema angustia. Mirad al miserable sin nombre que agonizaba al lado de

Jesús; era uno de esos criminales semejantes á los de ahora, porque el tiempo, como los crímenes, no cambian nunca; las civilizaciones se modifican, pero la esencia del mal es siempre idéntica y sus frutos, de muerte, siempre parecidos.

Yo quisiera dirigirme, en nombre de Jesús, en nombre del Crucificado, que es el grande, el único consolador, á todos aquellos que son desgraciados porque son culpables —y nosotros no somos nunca absolutamente desgraciados, sino porque somos culpables—yo querría dirigirme á los que han infringido las leyes del honor públicamente, ó las de la conciencia en el secreto, á los que han sido dominados por la pasión, faltado á la justicia, faltado á la sociedad; yo querría poder decir á todos los criminales, á todos, entendeis, porque todos están en la misma vía y en la misma atmósfera del mal satánico: Quien quiera que seais, cualquiera que sea el número y el horror de vuestros crímenes, no desesperéis! Jóvenes perdidas, ¡no desesperéis! Mujeres infelices, ¡no desesperéis! Maridos encorbados bajo el peso de todas las vergüenzas ocultas, no desesperéis! Perjuros á vuestros juramentos, opresores de los débiles, traidores de la justicia, enemigos de la religión y blasfemadores de Dios, no desesperéis, porque después que Jesús ha dicho al Crucificado que estaba cerca de él: ¡Hoy serás conmigo en el paraíso! la desesperación ha sido vencida.

¡El paraíso, es Dios! El paraíso es la verdad; el paraíso es el amor eterno; el paraíso, es la fuerza infinita; el paraíso, es la perfección; el paraíso, es el reino de Dios; el paraíso, es la eterna justicia y el eterno amor!

Tal es el sueño que acariciamos en la plenitud de nuestros instintos superiores y de nuestras aspiraciones más sublimes. Tú, culpable, el paraíso es tu esperanza: Jesús te lo promete.

¡Oh hermanos! no hay más que una cosa que hacer para estar en el paraíso y ella depende de vosotros: es ese golpe de pecho, es esa vuelta en la conciencia, es esa palabra pronunciada desde el fondo del corazón, á ejemplo y con la fe del buen ladrón: Yo he hecho mal y yo recibo el castigo que debo recibir, pero tú, ¡oh Jesús, eres el inocente! Acuérdate de mí en tu Reino.

Vosotros todos los que me escuchais, oíd esta lección. Cuando sintais vuestras faltas gravitar pesadamente sobre vosotros; cuando la desesperación parezca *estrangularos*, (?) mirad al Calvario eterno y decid á aquel que muere allí por vosotros, á Jesús: Cuando estés en tu reino.—y allí estás ahora—acuérdate de mí!

¡Oh hermanos, que pueda yo obtener de vosotros este solo grito! que yo pueda hacer oír á vuestra conciencia turbada,—yo no digo muerta, pero lo que es peor, á vuestra conciencia desesperada,—la única palabra que salva. Si, vosotros la oireis tan bien como el ladrón del Calvario, esta palabra de Cristo: Hoy serás conmigo en el paraíso y en Dios. Este es el secreto del eterno consuelo.

Pasó, al pié de la cruz, una escena especialmente conmovedora por lo humana: el alma de Jesús se revela en ella con su delicada é infinita ternura.

En derredor de los crucificados, una bulliciosa multitud, curiosa de verlos sufrir, malebolente y malvada, se agitaba. La mayoría se burlaba, les insultaba, les amenazaba, multiplicaba las ironías, los ultrajes y las blasfemias contra Jesús.

Un poco á lo lejos, las santas mujeres que habían acompañado á Jesús en su apostolado, desoladas, mudas de dolor, le miraban sufrir.

En un momento dado, la madre de Jesús, su cuñada María, mujer de Cleofas, Juan, el discípulo bien amado y

María Magdalena, desafiando todo, llevados de una atracción invencible, se aproximaron, como para mezclar de más cerca su angustia á la angustia del Crucificado.

Jesús vió á su madre, vió al discípulo amado; su mirada reposó sobre ellos con una ternura indescriptible, olvidó sus torturas y su suplicio para pensar tan solo en los que amaba. Porque si hay un hecho que pueda aparecer como más saliente en su vida y en particular en su pasión es el olvido de su propio dolor. Desde su salida del Pretorio y su encuentro con las mujeres de Jerusalem que traducían por medio de sollozos—según la costumbre oriental—la inmensa piedad del pueblo, hasta la última hora ya para entregar su espíritu en las manos de su Padre, Jesús se olvida, á diferencia del hombre que se concentra en su dolor y no vé más que á éste mientras le estrecha y le tortura.

¡Grande lección, austera enseñanza! Nunca egoísmo, sobre todo en el sufrimiento. Vosotros todos los que lo experimentais, olvidadlo y olvidaos á ejemplo de Jesús en su Calvario: Crucificado por sus cuatro miembros, reposando sus moribundos ojos sobre el grupo de los que amaba más en el mundo, su madre, Juan su amigo, María Cleofas la amiga de su madre, y María Magdalena su convertida predilecta, su afección sin límites se extendió sobre ellos, por última vez, ante la muerte. Tuvo algunas palabras inefables, admirablemente humanas. Hizo una especie de testamento. Vosotros os transportareis allá los que habeis visto morir un sér amado y recogido su voluntad suprema.

El miró á su madre y á Juan, después dijo á su madre: Mujer, ¡he allí á tu hijo! y dijo á Juan: ¡he allí á tu madre!

Jesús viendo que la muerte le arrebatava del lado de su

madre, ha querido conjurar la muerte; y no pudiendo ser ya visiblemente el hijo de María, la dá por hijo, en su lugar, á su apóstol más amado.

Juan velará sobre ella, y es la madre de Jesús quien velará por el discípulo que él prefería. No pudiendo ya reposar sobre el pecho de su Maestro, Juan vivirá al menos cerca de la que lo ha acompañado en su vida, desde su concepción hasta su muerte; y escuchando los latidos del corazón de la madre, él percibirá allí el eco de todos los misterios divinos que traducirá al mundo en su sublime evangelio; ese evangelio que aún es el escándalo de aquellos cuyo espíritu se rehusa á contemplar las grandezas de Dios y cuyo corazón se estrecha ante sus misericordias infinitas.

Hé aquí, en su sencillez el testamento de Jesús. Nosotros, los cristianos, hemos visto allí siempre un símbolo profundo y afectuoso. Este hecho tan humano—como yo gusto de caracterizarlo—cubre en realidad un misterio conmovedor y desde el principio, todos aquellos que han sido iniciados en la doctrina de Cristo, han visto allí una gran creación de Jesús moribundo, la creación de una maternidad espiritual, universal, de que María sería el órgano, y de una filiación espiritual, abrazando á todos los discípulos de Jesús representados por Juan.

Notad, mujeres, la admirable ley de la Providencia y medid la altura á la cual ha querido Jesús elevaros en la persona de aquella que está á la cabeza de vuestro sexo y aún, después de Cristo, de la humanidad.

Es un gran misterio de la Providencia el que yo os revelo aquí. Por respetuoso que sea el auditorio que me escucha, experimento un escrúpulo. Yo no querría ver que se profanasen cosas santas, que se hallase la verdad de Dios por los que la desdennan.

¿Entonces, es preciso irse al desierto para escapar á la ligereza ó á la ironía de los hombres? ¿Es necesario convocar allí á los iniciados para decirles, en la calma de la soledad y el respeto de la conciencia, las santas verdades de que se tiene el depósito?

¡Pero no, oh Jesucristo!

Habéis querido, aceptando la crucifixión, ser expuesto ante el mundo, recibir en mitad del pecho, en vuestra divina desnudez todas las sátiras y todas las injurias: nosotros las afrontaremos con vos.

En el orden sobrenatural y divino, tal como la Providencia lo ha establecido sobre la tierra, nosotros no tenemos solamente un Redentor que nos da, que nos comunica y vierte en nosotros el espíritu y la gracia de Dios; nosotros no tenemos solamente un maestro, un Padre, tenemos una madre: se llama María. Y si ella ha sido elevada á esta función divina estad seguros que ha merecido por la gracia de Dios este privilegio divino.

Cuando ella concibió á Cristo, decía en un canto profético que es hoy el canto de toda la cristiandad, como lo era ayer y como lo será mañana: Todas las mujeres y todas las generaciones me llamarán dichosa. Ella no sabía, la humilde virgen, hecha madre por el Espíritu de Dios, que todas las generaciones la llamarían con un nombre más hermoso. Mujeres que me escucháis, ¿conocéis un nombre más dulce, más profundo, más tierno que el nombre de madre? Este nombre debía ser dado con el transcurso del tiempo, por todos los discípulos de Jesús, á María, Madre de Jesús.

En efecto, ella se ha convertido en nuestra Madre, sobre el Calvario, por medio de la íntima unión con su hijo que realmente nos engendró á la vida divina por su sangre.

Resignada á la voluntad inexorable de Dios que condenaba á su hijo al sacrificio, ella se ha identificado á su suplicio, á sus dolores, á su muerte, y su angustia, heroicamente sufrida; ha sido la condición de esta maternidad que se perpetúa á través de los siglos y que las aclamaciones de la Iglesia universal han consagrado para siempre.

Todas las almas buenas y sencillas, todas aquellas en quienes la inteligencia no ha matado al sentimiento, todos los cristianos de fe viva, á partir de esta hora, se han sentido adoptados por esta criatura bendita en cuyo corazón Dios ha vertido á torrentes la misericordia. Por mediación suya nos llegan las gracias de predilección que Dios derrama sobre la humanidad por canales misteriosos.

Podré tal vez escandalizar á los espíritus que se hallan faltos de razón, de independenciam y que creen indigno del hombre el inclinarse ante esta mujer que ha sido tan grandemente exaltada por Dios mismo. Y bien, que se escandalicen.

En cuanto á los sencillos, en cuanto á los espíritus serios, en cuanto á los corazones francos y sinceros que vengán y que oigan esto. Un día, cuando no puedan más con la vida, cuando sientan agudos dolores que nada pueda curar, cuando deprimidos por la vista de sus miserias, no se atrevan á levantar sus miradas hacia Dios, ni á clamar desde el fondo del abismo; que recuerden que hay una madre divina, una mujer, que se llama la virgen María, consagrada sobre el Calvario como madre en el orden divino, y que la invoquen; serán salvados.

Yo conozco mujeres que siguiendo el carácter de esta Virgen Madre á quien se consagran, evocan su nombre. Pronunciándolo al oído de los moribundos han convertido hacia Dios á centenares de pecadores endurecidos y desesperados.

Pronunciad aun ese nombre, ¡oh mujeres predestinadas! Hermanas mías, vosotras sois los instrumentos elegidos para desempeñar visiblemente el papel invisible de María.

Vosotras sabeis vendar y curar y también sabeis que el mejor bálsamo, el que suaviza y calma siempre es el bálsamo del afecto y del corazón. Por consiguiente, cuando podais murmurar el nombre de la Madre de todos los cristianos á un oído que tenga necesidad de escuchar la verdad eterna, no vacileis, evocadlo. Y vosotros, los que os agitais en las tinieblas y en la angustia del mal, buscando en vano la luz, la fuerza y la paz, sabed que si teneis un padre que vele sobre vosotros y un mediador que os ha amado hasta la muerte, teneis también á su madre,—la vuestra—que os escuchará siempre y tenderá su bendita mano, para llevaros hacia Dios y hacia Cristo.

* * *

La cuarta palabra de Jesucristo en la cruz es una palabra de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?"

Es el principio de un salmo, salmo profético que traza con caracteres de fuego el dolor indescriptible de Jesús crucificado.

En efecto, hermanos míos, no es posible imaginar, soñar, concebir un dolor semejante al que ha invadido al alma de Jesús en las tres horas de su crucifixión; fué puesto en la cruz hacia el medio día y exhaló el último suspiro á las tres; estos son los términos precisos de los Evangelistas.

¿Cuál fué pues el dolor de Jesús? Yo sé que muchos cristianos, y yo lo he oído repetidas veces, dicen: "Puesto que Jesús era Dios, ¿qué podía ser para él el dolor?"

Cuando si es Dios, no se sufre; y puesto que él era Hijo de Dios, no debió sufrir; si ha sufrido, su dolor debe de haber sido inundado por la beatitud infinita de su divinidad.

Tal razonamiento reposa sobre la idea radicalmente falsa de que Jesús no tenía de humano más que la apariencia, que no era hombre de carne y hueso, dotado como nosotros y más que nosotros de una sensibilidad exquisita.

Jesús era Dios, sin duda, pero era igualmente hombre. La naturaleza humana y la divina estaban unidas en su persona, sin confusión, y ambas conservaban intactas sus propiedades esenciales. Dios es impassible, pero el hombre es pasible y la unión de la naturaleza divina á la humana de Jesús, no solamente no impedía el dolor de la naturaleza humana, sino que le daba alguna cosa de infinito.

En efecto, una naturaleza tiene capacidad de sufrir tanto más grande cuanto su sensibilidad es más delicada. Ahora, la unión de la naturaleza divina á la naturaleza humana no solamente no quitaba nada á la sensibilidad, á la sutileza de ese sér, sino que la aumentaba infinitamente; es decir, que se convertía por esto en un sentimiento más perfeccionado para comprender, para amar, para querer, para sentir y para sufrir.

El hombre no es divisible; sus facultades psíquicas son solidarias, la atenuación de la una es algunas veces con detrimento y otras con ventaja sobre las otras; así un hombre desprovisto de inteligencia sufre poco y vosotros habreis notado frecuentemente la impassibilidad de ciertas naturalezas hercúleas en las que el músculo lo es todo. ¿Habeis, por el contrario, observado la sensibilidad particularmente refinada y sutil de los seres inteligentes? Es suficiente una palabra para herirlos y para torturarlos. ¿Por qué? Porque siendo más inteligentes, comprenden

mejor y sienten más profundamente. Ahora, Jesús, teniendo una naturaleza humana la más delicada, la más fina, digamos la más inteligente, sin discusión, sin igual, y la más amante, Jesús ha debido sufrir, en su organización admirablemente adaptada á su inteligencia y á su delicadeza humana, sufrimientos sin nombre, y se puede decir que ha subido hasta el último peldaño todos los grados de la escala del dolor.

Nosotros vamos á seguirle solamente en la cruz. Estaba escrito en el libro sagrado de su pueblo que él debía ser crucificado, y él mismo lo había anunciado diciendo: "Yo seré bautizado con un bautismo de sangre, y tarde se me hace para que este bautismo se cumpla." El había dicho también: "Voy á encender un fuego sobre la tierra, y tarde se me hace que esté encendido." Y ese fuego debía consumirlo á él, el primero.

La crucifixión es el suplicio más espantoso que haya sido inventado por la crueldad humana. Cosa admirable, los judíos no crucificaban, y Jesús, que pertenecía á la nación judía, ha sido crucificado y lo fué por haberlo pedido así su pueblo. Los romanos, no crucificaban á sus propios conciudadanos, los mataban á cuchillo. Era más noble. Pero si los ciudadanos romanos morían á cuchillo, los habitantes de las provincias conquistadas eran crucificados como esclavos; muerte ignominiosa, reservada á la clase de hombres más altamente despreciados. Este suplicio era atroz, porque la muerte era lenta, porque dejaba en todas sus facultades á la víctima que se veía morir lentamente con ignominia, expuesto desnudo ante toda una multitud, ante todo un pueblo.

Este suplicio tenía lugar en pleno día y cualquiera que pasase por el camino, en el cual estaba levantada la cruz, podía mirar, insultar ó compadecer al crucificado. Lo que

contribuía también á la dureza de este martirio atroz era la sed devoradora, la fiebre horrible que consumía al crucificado. Jesús ha conocido este dolor. Ha conocido igualmente otro, el dolor que le venía de todo este pueblo que le rodeaba. En ese momento y en esa multitud delirante reinaba una especie de contagio de ultrajes: se trataba de quien blasfemara más. Recordaban las palabras que había pronunciado Jesús y hacía de ellas un arma en su contra; porque él había dicho: "Destruiré el templo y lo reedificaré en tres días," se lo recordaban como una blasfemia digno de muerte. También le reprochaban con ironía su filiación divina.

—¡Ah! tú te decías el Hijo de Dios!... Y bien, pruébalo, ¡desciende de esa cruz! En plena agonía del suplicio le dirigían esas provocaciones. Cuando él se llamaba Hijo de Dios, no se le escuchaba, su palabra no podía nada y ahora que estaba clavado en la cruz se le decía: Responde, pues, y que al menos Dios te salve, puesto que eres el Hijo de Dios."

¡Qué vileza!

Yo he oído á un hombre de talento que me dijo: "Si Jesús era Hijo de Dios, debió en ese momento hacer saltar los clavos de su cruz, caer entre las multitudes y exclamar: "El Hijo de Dios, ¡helo aquí!"

¡Qué desconocimiento de las cosas divinas!

No es por la brutalidad de la luz, sino por la suavidad de la persuasión como Dios quiere que se abran á él los corazones.

Hé aquí los ultrajes y las injurias que Jesús debió de sufrir cuando arrojó ese grito de angustia en un dialecto que no fué comprendido de ciertos romanos: "¡Elohim! Elohim!" lo que quiere decir: "¡Dios mío, Dios mío!" Los que no lo entendían, dijeron: llama á Elías. Y se chan-

ceaban con esa crueldad inconsciente que es uno de los rasgos más malvados de la humanidad y que invade á la multitud cuando asiste curiosa á una muerte sangrienta.

El ha conocido este suplicio. Toda su doctrina, todo el bien que ha hecho, todo su poder está allí. Su Padre no descendía para salvarle, había llegado la hora en que le entregaba á todos sin defensa. Tenía allí amigos; su Madre, Juan, las santas mujeres. ¿Qué quereis? La Madre tenía la angustia que la traspasaba como con siete hierros. Sus amigos no podían nada y su importancia era para ellos una nueva tortura. Había también allí sacerdotes, el gran sacerdote, y todo lo que había de respetable en el país; pero estos lo insultaban sin piedad, con la ironía propia de gentes distinguidas

No os he dicho aún lo que hubo de más terrible, de más cruel, de más atroz en el abismo de males en que Jesús había sido arrojado por la voluntad de su Padre.

Podemos ser torturados en nuestros miembros, como todos los mártires, abandonados á las bestias ó á la furia de los hombres, más dura que la furia de las bestias, ser devorados por la fiebre de la muerte, sentir nuestro corazón reducido al estado de piedra, calcinado por la llama del dolor; podemos estar expuestos á todos los insultos, á los del pueblo inconsciente y brutal, á los más refinados pero más amargos de las gentes instruídas; á los del poder político que se venga y á los del poder religioso que anatematiza, ¡qué digo! podemos ver á nuestros amigos, testigos impotentes de nuestro suplicio y centuplicando nuestro dolor por su propio dolor; pero hasta en este lamentable estado, un supremo refugio nos queda, inaccesible á la violencia y al odio de los hombres: la conciencia, y en la conciencia, Dios, Dios que ve la justicia y que la ama, Dios que quiere la abnegación y que la reconoce, Dios que quie-

re el sacrificio y que lo bendice, Dios que quiere nuestra angustia y que la dulcifica.

Jesús, en la hora misma en que exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?" Jesús, que tenía en él la divinidad, en su inteligencia y en su voluntad; Jesús, en un momento rechazado por su Padre, que le trataba como á la víctima cargada con todos los pecados del mundo, no ha tenido ya el sentimiento suave de esta divinidad viva en él, lo ha perdido—es espantoso—no es una herejía—es espantoso, lo repito, pero es la verdad—y de allí ese siniestro grito, lleno de angustia, salido de su pecho y caído de la cruz, como la última palabra del dolor humano: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habeis abandonado?"

Nosotros tenemos una idea de estos terrores de un sufrimiento infinito, cuando, en ciertas horas, nuestro espíritu ofuscando á nuestra voluntad, no sentimos á Dios en lo más íntimo de la conciencia. Sí, nosotros tenemos una idea de este minuto espantoso por el cual ha pasado Jesús y que sólo puede compararse á la condenación de las almas sumergidas para siempre en las tinieblas donde no brilla la voluntad de Dios, y ateridas por el hielo en que la caridad divina no penetra ya. No ciertamente porque su naturaleza humana y su naturaleza divina hayan estado desunidas;—no, ellos eran inseparables,—sino que la humanidad de Jesús no ha sentido ya, como nosotros podemos sentirlo, á Dios que estaba en ella.

Y ahora, en presencia del Crucificado, yo tengo el derecho de decir: No os quejeis, no os irriteis, vosotros los que llorais, vosotros los que agonizais, vosotros los que morís, miralde, arrojad hacia Dios el mismo grito que él ha lanzado; y ved si hay un dolor comparable al suyo! Lo que nosotras vemos de Dios, es un rayo; lo que sentimos

de Dios, es una gota de ambrosía, mientras que Jesús miraba al mismo sol y sentía un efluvio inmenso que rodeaba la tierra y el cielo. Comprended, pues, lo que experimentaríais cuando el sol se nubló y cuando ese efluvio, como un manantial interceptado, no lo embriagó ya con su dulzura infinita.

Ya os he dicho que uno de los grandes suplicios de los crucificados era el suplicio de la sed: Jesús lo ha experimentado. Un momento después de haber sentido el abandono de Dios, su Padre, lanzó un grito: "¡Tengo sed!" Uno de los Evangelistas, testigo de la escena, la refiere e interpreta la palabra de Jesús. A fin de marcar bien que lo que pasó en la vida y en la muerte del Salvador estaba escrito de antemano, hace este comentario:

Jesús habiendo cumplido todas las cosas y queriendo que una palabra de la Escritura se cumpliera, dijo: ¡sed tengo!

La palabra de la Escritura, palabra profética, era que á Jesús crucificado debería dársele á beber vinagre. Los romanos preparaban dos clases de brebajes para los condenados que se destinaban al suplicio de la cruz. El primero, mezcla de incienso, mirra y vino, era un licor narcótico, que adormeciendo la sensibilidad del paciente, calmaba sus últimos dolores de agonía.

Cuando leáis la reseña de la pasión, os ruego que os fijéis en que ese brebaje fué presentado á Jesús en el instante mismo en que fué levantado sobre la cruz. Pero Jesús lo rehusó. Le era grato el soportar su suplicio en el pleno goce de su espíritu humano y saborear hasta las heces el caliz de sus dolores, sin atenuar la amargura.

El segundo brebaje, destinado á la tropa y aún á los condenados, cuando estos iban á morir, y con el que se humedecían los secos y ardientes labios, era vinagre, una especie de vino ácido. Cuando Jesús dijo: ¡tengo sed! se presentó á sus labios una esponja húmeda y entonces quedó cumplida la última palabra que la Escritura había dicho de El, que se le daría á beber vinagre.

Esta sed de Jesús tiene un sentido profundo. Cuando él lanzó este grito: "Sitio," no tradujo solamente el horrible suplicio del crucificado, expresó más bien la sed interior del alma, el fuego de sus deseos y de su amor ardiente; y esta sed era más ardorosa y más devorante aún que la otra.

¿Qué es lo que Jesús quería pues y á qué aspiraba su amor tan ardiente sobre la cruz, antes de exhalar el último suspiro?

Lo que ha querido hermanos, míos, es á vosotros, es á nosotros, es á la humanidad entera, es comunicarnos, es comunicarnos á todos, la vida divina de que tenía la plenitud.

¿Podeis formaros una idea de la sed que devora á un espíritu convencido, del ardoroso deseo que arrastra á una alma en que la fe vive como un fuego terrible? Es difícil en estos tiempos de anemia en que para ser sabio parece preciso ahogar todo deseo; en esta época en que el escepticismo ha conservado tantas inteligencias; en que la vehemencia de los apetitos terrestres ha extinguido las aspiraciones superiores; en que se buscan vanamente esas nobles naturalezas incoercibles que no creen en lo imposible. La sed de los corazones buenos, honrados, virtuosos, abrasados del deseo de difundir sus conocimientos y de hacer que reinen la justicia y la verdad, no consume ya á nuestras desazonadas naturalezas. Ciertamente, puede hablarse de desazón ante Aquel que ha venido para darnos la

intensidad de la vida divina; y, si somos á tal grado materiales que no podamos comprender la santa locura de la verdad, la santa avidez de la justicia y del progreso, si nos llamamos "*Conservadores*," como si la palabra "Conservar" fuera una palabra evangélica, siendo por el contrario la negación del Evangelio, si nos llamamos "Conservadores" en vez de llamarnos "progresistas," insaciables de vida, es que en verdad, la Fe no nos devora.

Conservarse..... dejad eso á Dios, porque él es el Infinito; pero vos, vos cuya verdad es relativa, cuya justicia es limitada, vos que estais en movimiento, debeis avanzar siempre.

¿Teneis la revelación, decís? ¿Pero la revelación no se engrandece en sus efectos y aplicaciones con esta especie de fiebre que comunica á la humanidad? ¿Qué quereis, pues "conservar?" Vuestras imperfecciones, vuestros límites, vuestras miserias? Eso es hacer traición á Dios que os ha criado para engrandeceros sin cesar. Y si vosotros os sustraéis á su divino impulso, Dios suscitará sedientos, insaciables, para perpetuar en la humanidad que debe y quiere engrandecerse, esta sed de que el Crucificado experimentó el suplicio y de la cual ha arrojado á la faz del cielo y de la tierra el grito penetrante, inmortal.

En esto, como en todo, él es nuestro modelo. Aunque hubiésemos de destruir las formas en las cuales habeis logrado modelar vuestra vida egoista y tranquila; aunque hubiésemos de inspiraros la convicción de que lo que es hoy, no existirá tal vez mañana, que vuestra tienda es efimera y que es necesario rodarla y transportarla á otro lugar; discípulos de Aquel que ha estado sediento de todo bien, de toda justicia y de toda perfección, nosotros os arrojuremos con él y después de él este grito conmovedor y terrible: "*¡Sitio!*"

Lo que ha manado de la boca del Crucificado no muere jamás; el grito, partido del Calvario, ha entrado en las entrañas mismas de la humanidad, de manera de ponerla en movimiento y si fuere preciso de fundirla, porque es una llama devorante y un movimiento irresistible.

¡Oh Jesús, bendito seais! Vuestras palabras hacen su efecto, á pesar de todo, porque ellas son espíritu y vida y nadie puede oprimir á la vida ni al espíritu.

A la hora en que Jesús pronunciaba esta palabra, nada de lo que él deseaba existía, y todo lo que existía estaba en contra de él: la multitud irritada y engañada, sus discípulos dispersos y consternados, las autoridades judías triunfantes, convencidas de haber exterminado á este hombre peligroso, perturbador, seductor, blasfemador y revolucionario; ellas eran felices y estaban satisfechas, persuadidos de que el drama del Calvario no tendría día siguiente y de que este sediento que agonizaba allí, moriría de sed. Lejos de morir, él ha vencido y nosotros vivimos por ella, porque ella ha encendido en nosotros la fiebre santa de todos los progresos, que son los irresistibles efectos de Aquel que, muriendo sobre la Cruz, nos ha dado el poder de soñar, de desear, de ambicionar todo y nosotros soñamos, deseamos y ambicionamos todo.

¡Oh Cristo! ¡sí, vosotros habeis tenido sed á esa hora! Pero, después, nosotros somos los que mitigamos vuestra sed. Cada vez que una alma viene á vos, es como un vaso de fresca agua de la Samaritana para el viajero fatigado. Para el Crucificado cuya lengua se pegaba al paladar, cada hombre convertido, cada pueblo convertido y cada nación convertida son fuentes de agua viva.

¡Ah! si en esta ciudad hubiese una congregación en derredor del Crucificado, y si de la multitud se elevase este gran grito, "*Sitio*" decidme, ¿estaríaís inquietos y espan-

tados? No hay más que una cosa que espante, es el hombre cuando no está cerca de Dios, yo creo que teneis razón de estar temerosos, porque de todos los seres el más temible es él. ¿Quereis no tener ya miedo de los movimientos tumultuosos de las sociedades humanas? Venid cerca del Crucificado y mitigad su sed, entregándoos á él. El Calvario no ha sido jamás para ninguna alma ni para ningún pueblo una causa de espanto. Ha sido siempre el lugar de reconciliación; porque la Cruz es el árbol de paz á cuya sombra todos los humanos deben encontrarse tarde ó temprano, si quieren agruparse como hermanos.

* * *

La sexta palabra de Jesús es esta: *Consummatum est*: ¡está consumado! Esta palabra debe ser la ley de la vida. Cuando una vida se extingue, es necesario poder decir, nó en un sentido banal y vano, sino en la plenitud de la expresión: Todo está consumado.

Ahora, hermanos míos, ¿que es lo que Jesús ha venido á hacer á este mundo? El lo ha dicho con frecuencia: á cumplir la obra que el Padre celestial le había encomendado, obra de salud indicada suficientemente por su nombre de Salvador. El ha venido á enseñar á los hombres la verdad; á darles el ejemplo de la virtud; á comunicarles la vida eterna, el espíritu mismo de Dios.

Para dar cima á esta obra, era evidentemente necesario rendir testimonio á la verdad, presentar el modelo de una vida absolutamente santa y entrar por el medio que está solo á la disposición de Dios en la conciencia de los hombres, para inocularles el espíritu de Dios.

De esta manera, Jesús era el verdaderamente salvador

de la humanidad. Porque, ¿qué cosa es lo que mata á la humanidad? Es la ignorancia de la verdad, es el vicio y todos los males que él engendra; es la privación del espíritu divino ó de la fuerza por medio de la cual podemos luchar contra los males y los vicios que nos devoran y contra las tinieblas que invaden nuestro espíritu.

Hé aquí por qué Jesús era—y él lo decía frecuentemente—el testigo de la verdad, el ejemplo dado á todos los que querían seguir el bien. Hé aquí por qué él se ha llamado la fuente de agua viva que apaga la sed, el manantial del espíritu que debe inundar al mundo y traerle la vida eterna.

Por consiguiente, cuando en la cruz, Jesús dijo esta gran palabra: ¡Está consumado! *Consumatum est!* quiso decir: Yo he rendido testimonio á la verdad, os he mostrado la vía, os he abierto el manantial del espíritu de Dios del cual yo tenía la plenitud.

¿Y cómo ha hecho esto, hermanos míos? Por el dolor.

El dolor es la grande enseñanza. Nosotros los humanos—incluso Jesús—no podemos llevar nada á cabo sin el dolor, ¡nada! Sin él, falta á cualquiera obra el sello final. El poeta que no ha sufrido no sacará jamás de su lira el sonido más conmovedor, el más sublime; el sabio, el investigador que no ha sufrido, para conquistar la naturaleza y forzar las puertas de las cuales ella oculta sus secretos, encontrará rebelde á la naturaleza y selladas sus puertas. El filósofo que no ha sufrido, que no ha hecho más que sistemar sus pequeñas ideas, que ha hablado de pesimismo, después de haber llevado una vida alegre y tranquila—que ha hablado de idealismo, después de haber vivido como un simple mortal en contacto con la realidad brutal y sensible,—que ha hablado de positivismo, después de haber suprimido alegremente las fuerzas superiores, cuya acción

misteriosa está en todo,—los hombres de acción, conquistadores, gobernadores de pueblos, fundadores de raza y de religión—tales seres, cualesquiera que sean, si el dolor no los ha tocado ni señalado, son insuficientes: les falta persuasión y ascendiente, corona y majestad.

El que quiera testificar la verdad debe sufrir, y si es preciso morir por la verdad; el que quiera dar un ejemplo, debe darlo en la prueba y hasta la muerte. El que aspire á abrir á los hombres una nueva vía debe saber poner á la entrada del camino al cual les convida, no su estatua, sino su cadáver.

Las estatuas son buenas para los civilizados de la decadencia; que las quiten, estorban, obstruyen la vía: en su lugar, que un hombre deje su tumba. Ella hablará más elocuentemente que los vanos simulacros.

Yo admiro la alta sabiduría de los orientales. Pueden verse en Constantinopla los mausoleos de los grandes califas en el cruzamiento de las calles; estos monumentos fúnebres y gloriosos sin embargo, advierten al pueblo que el muerto que descansa sobre el mármol, el granito ó el pórfido no ha abandonado á su pueblo y sirve aún, invisiblemente, á la causa por la cual ha dado su vida.

Yo no sé si la costumbre es antihigiénica, me basta saber que ella es de una alta moralidad.

Un contemporáneo no es verdaderamente digno de honor sino á condición de llevar sobre su frente la aureola del sufrimiento y el martirio. El dolor y la sangre lo consagran todo.

Bajo este punto de vista, ninguno se ha elevado al nivel de Jesucristo, muerto en la cruz, pues él solo ha podido decir: ¡Todo está consumado! porque él ha sancionado por la muerte—y por la muerte la más terrible, la más inaudita, la más atroz,—el testimonio que ha rendido á la

verdad, los ejemplos de virtud que ha dado á los hombres en una vida de incomparable santidad.

Ha hecho más y mejor, ha consagrado por su muerte el pleno derecho para la humanidad de entrar en el espíritu de Dios.

El espíritu de Dios—conservo la palabra evangélica—nos ha estado vedado, en tanto que Jesús no nos ha abierto el manantial.

Hablaba yo hace poco del cadáver que gusto de ver en los caminos, para indicaros el punto superior á donde debemos llegar. Y bien, la cruz de Jesucristo, plantada en el camino de la humanidad, es la fuente viva donde debemos beber si queremos tener la vida eterna. Libres somos ahora de entrar en ese camino sangriento.

Me direis: ¿Por qué esa vía estaba cerrada? ¿Por qué? Hermanos míos, porque la justicia inexorable de Dios la cerraba ante nosotros.

La tierra, la razón humana, no lo es todo. Sobre las fuerzas de la tierra y de la razón, ¿os olvidáis de las fuerzas divinas? Yo os desafío á que me expliquéis por qué, antes de Jesús, la humanidad estaba encorvada bajo un cielo de bronce. Todos los dioses que la humanidad se ha fabricado manejaban el rayo y todas las sociedades que se modelaban á la imagen de los dioses eran sociedades en las que reinaban la violencia y la esclavitud.

¿Por qué? Porque no se tenían las fuerzas divinas que son las nuestras: porque se plegaban bajo las opresivas fuerzas de la justicia humana.

¿De dónde viene, después de Jesús, este cambio de frente?—De su sacrificio, de su cruz. Se ha operado en el cielo un fenómeno divino, el fenómeno de la paz, el restablecimiento del orden eterno y de la eterna justicia. Es por esto que cuando Jesús ha dicho esta palabra: *Consummatum*

est, es como si hubiese dicho: El reinado del terror divino y el reinado de la esclavitud humana, el reinado del Dios terrible y de su abrumadora é inflexible justicia, que no excusaba nada, todo lo que era la esencia misma del mundo abandonado al mal y á la cólera de Dios, ese reinado ha concluido ya: yo lo extingo. Y lo ha extinguido en efecto, por su dolor y su sacrificio.

El hombre tiene solo un medio de vencer el mal y de apaciguar la justicia, es el de aceptar el sufrimiento como el castigo y la expiación necesaria del mal moral, Jesús ha aceptado un sufrimiento infinito y por ese medio ha sido el Cordero de Dios que lava los pecados del mundo. Gracias á él, el cielo y el hombre se han reconciliado. El rostro de Dios, para hablar en lenguaje humano, se ha dulcificado; el Señor irritado se ha convertido en el Padre celestial.

El Padre, en efecto, es el que domina el mundo moderno y es por esto que yo saludo, en la víctima del Calvario, al Creador de la gran fraternidad humana, porque la fraternidad humana, retenedlo, no es sino la consecuencia social de la fraternidad divina. Vosotros, todos los que habláis de fraternidad humana, y que renegáis del Padre que está en el cielo, sereis desmentidos por los hechos más terribles y vereis á los hermanos luchar unos contra otros hasta la opresión, hasta la sangre, con un encarnizamiento implacable.

Pero cuando queráis hacer que reine aquí abajo la santa fraternidad que va hasta el caritativo abandono de los propios derechos, para beneficio de los que nada tienen,— la santa fraternidad que va hasta curar las llagas de los miserables que agonizan á nuestro lado, que se aproxima sin temor al hombre cuya boca está llena de blasfemias y cuyas manos están ennegrecidas por el trabajo,—la santa

fraternidad que llega hasta el olvido de sí misma, para comprender en un expresivo y universal abrazo, á todos los miembros de la familia humana, será preciso que os acordeis de que esta fraternidad no puede venir sino del Padre Celestial, el Dios del Evangelio.

Jamás ni vuestra ciencia, ni vuestra filosofía, ni vuestra economía social y política lograrán producirla. Volveréis á caer siempre, cuando olvideis al gran Crucificado, bajo el yugo de las leyes de la vieja humanidad antes de su redención. Vuestra boca solamente llamará á los hombres: "vuestrós hermanos," pero en realidad, solo encontrareis enemigos ante vosotros. El enemigo es el que tenga menos que vosotros. El que no piense como vosotros; el enemigo es aquel que quiera tomar vuestra plaza. Entanto que el amigo, el hermano, el verdadero hermano, es aquel que sigue el ejemplo de Jesús diciendo: Amad hasta á vuestros enemigos. El enemigo, es el que vive del Padre celestial y que os dirá: "Puesto que llamamos á Dios nuestro Padre, evidentemente hemos salido de él y volveremos á él." ¿Para qué, pues, disputar sobre este pedazo de tierra que dejaremos mañana? No vale la pena de entrar en lucha ni despedazarse; no debe ser para nosotros sino el punto de encuentro, de reunión efimera desde donde debemos lanzarnos más lejos y más alto hacia la eterna patria cuya ley suprema es la unión de todos en la verdad, el bien y el amor infinitos.

La última palabra de Jesucristo: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu" es la fórmula de la muerte. Después de haberla dicho, arrojó un gran grito, inclinó la cabeza y murió.

Hay varias maneras de morir, como hay varias maneras de vivir, y como no hay más que tres maneras de vivir no hay también más que tres maneras de morir. Unos viven en la animalidad, otros en la humanidad y otros en Dios. Los que viven en la animalidad adquieren más ó menos los instintos que la constituyen y caracterizan; acaban animalmente. Los que viven de una manera humana, de una manera más ó menos distinguida, á medida de su razón caprichosa, de su voluntad egoísta y variable, de sus pequeñas ambiciones, acaban también de un modo más ó menos distinguido, en la humanidad. Hay en fin aquellos que dueños de sus instintos, y de sí mismos, viven en Dios; estos acaban en Dios.

Jesús vivía enteramente en Dios, su Padre; lo que había en él de material, de vida instintiva estaba absolutamente subordinado á la razón y á la voluntad humanas; como su razón y su voluntad humanas estaban absolutamente subordinadas á la sabiduría y á la voluntad de su Padre.

De aquí podeis inferir el sentido sublime y divino de esta palabra que terminó la vida mortal de Jesús. "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Encomendando su alma en las manos de su Padre, le encomendaba todo, Jesús, notadlo, ha terminado libremente; no ha sido vencido por la muerte, ha dejado á la muerte consumir en él su obra. Según la relación de los Evangelistas, Jesucristo, en la cruz, tenía alta la cabeza; las palabras que yo os he miserablemente comentado, las dijo con los ojos puestos en el cielo y después de haber pronunciado las últimas, arrojó un gran grito, después inclinó la cabeza y entregó el espíritu. Este fué su fin.

Pero lo que importa considerar aquí es que nosotros que estamos destinados á la muerte, á la muerte inevitable, fa-

tal, necesaria, en virtud de las leyes mismas de nuestra constitución, nosotros tenemos que elegir entre tres géneros de muerte.

Por desgracia morir de un modo animal es lo que sucede con un gran número de los hombres. Franqueando apenas los límites de los instintos, sufre su ley hasta la última hora; devuelve á la tierra lo que le pertenece, ó más bien la tierra se los toma; salidos del polvo, se agitan un instante sobre el polvo, al cual vuelven como los animales, inconscientemente.

Morir como hombre, es poner hasta en la muerte alguna inteligencia, alguna voluntad, alguna conciencia. La mayor parte se dejan sorprender por la muerte que cae sobre ellos casi siempre de una manera inopinada, bruscamente, porque separan de ella los ojos. ¿Se evita acaso la muerte cuando no se piensa en ella? Debería creerse así al verlos tan distraídos. Los paganos eran más valientes; la miraban venir. La falta de energía, el enervamiento de la voluntad, el apego á la vida presente, la incredulidad de los civilizados han aumentado entre nosotros el espanto de morir. Así pues la última palabra de la ternura doméstica es disfrazar la inminencia de la muerte y la aproximación del espantoso abismo á los ojos del sér amado.

Algunos tienen, sin embargo, la conciencia de su fin, pero mueren frecuentemente sin arrepentirse, abandonando con sentimiento una vida cuyo mañana misterioso les atemoriza.

Los incrédulos se lisonjean de dejar tras ellos obras por medio de las cuales sobreviven en la humanidad. Alrededor del catafalco que contenga sus restos se congregarán sus amigos para hablarles; ellos tienen la pretensión de saber y de enseñar que no subsiste ya nada de ellos y de hablar no á un sordo sino á un sér que no existe. Habla-

rán sin embargo; lo evocarán: "Tu recuerdo quedará en esta humanidad á la que has servido; serás ejemplo para los que te sobrevivan, tu hijo, tu mujer, tus amigos, seguirán tus preceptos, etc., etc."

He allí el rito de los fines humanos. Yo quiero admitir que ciertas impresiones persistan en la humanidad para atestiguar el paso de los que hayan vivido en ella. En verdad que un sabio, un escritor, un poeta, un político, un conquistador no mueren del todo en la humanidad á la que han enseñado, encantado, dirigido, espantado quizás.

¿Pero, te contiene á ti la humanidad, oh vida del alma? ¿te contiene á ti la tierra, oh vida de eternidad? Yo no sé lo que acerca de esto pensarán algunos, á ellos le concierne; pero no pueden negar que entre los hombres, hay una multitud ávida de eternidad, que encontraría tan estrecha la tierra y aun el mismo universo como la fosa en donde se arroja su cadáver. ¿Cómo acabarán ellos? ¿Qué harán de su alma ante la muerte? ¿A quién encomendarán su espíritu?

Jesús nos ha enseñado la conveniente manera de morir. La muerte que vendrá para los que amamos y para nosotros, la verdadera muerte, la muerte que debemos mirar de frente, la muerte que es la condición de nuestra entrada en el mundo y hacia la cual marchamos siempre, esta muerte, hermanos míos, os la deseo tal como Jesucristo la ha enseñado.

Cuando os encontréis en esa hora, hablo no solamente á las víctimas, sino también á las que ayuden á las víctimas; os aconsejo que os ayudeis á morir como Jesús ha muerto. Tratad de despertar en la conciencia del que vá á desaparecer, la idea del Padre celestial que nos ha dado una tarea que desempeñar aquí abajo y que debe juzgarnos.

Despierta la conciencia comprenderá á la claridad de la muerte lo que haya hecho de bueno y lo que haya hecho de malo; dará gracias á Dios y le pedirá perdón; estos dos actos lo resumen todo; la vida que terminan es pura y la muerte que preparan es digna de Dios. Después, dormiremos en la paz. Lo que de bueno hayais hecho quedará, pero no os preocupeis por ello, el bien es como Dios, imperecedero, eterno. Vuestras virtudes domésticas serán la llama del hogar desolado por la muerte; esta llama contagiosa, encenderá otras. Tendreis hijos é hijas que perpetuarán vuestras virtudes. El bien que hayais hecho será quizás ignorado de los hombres. ¡Qué importa! Mirad al cielo, por el cual habeis buscado la verdad, la perfección, la fuente de todas las cosas y decid al Padre celestial: Oh vos, á quien Cristo me ha enseñado á conocer, yo pongo en vuestras manos mi vida, mi espíritu, todo mi sér.

He aquí la verdadera forma de morir.

Jesús nos ha dado de ese modo toda la ciencia y todos los ejemplos; la ciencia y la fuerza de vivir, la ciencia y la fuerza de morir en Dios. Se desdén la ciencia de morir. Nosotros la estimamos, porque yo pretendo que solo saben morir bien aquellos que han sido los más valientes para vivir. Cuando se ha tenido en la vida el valor del espíritu y la ayuda del Padre, de quien se siente uno hijo, se puede ir á la muerte como Jesús ha ido.

Nadie sabe cómo habrá de morir; quizá moriremos de una bala que venga á buscarnos en el campo de batalla defendiendo á nuestra patria; quizás á la cabecera de un enfermo, atacado por el contagio. No se sabe si acabaremos en la miseria, abandonados de los nuestros, colmados de ultrajes como Jesús—los más grandes acaban siempre así y débense prevenir todas las hipótesis,—si acabaremos bajo

una mano fraticida ó en una explosión; ¿quién puede saberlo?

Vivimos en una tierra en donde todo puede asaltarnos; estamos listos á entregar nuestra alma después de haber vivido valientemente.

Con un solo momento que tengais para mirar de frente á la muerte, acordaos del Calvario de Jesús expirante y tened solo una palabra para dejar este mundo, que salga de lo más profundo de vuestra conciencia:

¡Oh Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Acabando así, dejareis á los que os asisten, á los que abandonais, la alegría de los hijos que van hacia el Padre; el rastro de Dios, un efluvio de perfumes divinos.

Los que se van hacia Dios son un gran lazo de unión: vosotros dejareis más que un rastro de luz, dejareis tras de vos un rastro de virtudes, y tendreis la gloria de morir como Jesús ha muerto, no salvando al mundo—esto pertenece solo á Dios—sino á algunos de los seres que os son caros en el mundo—esta es la gloria suprema de los hijos de Dios.

OCTAVA CONFERENCIA

LOS MEDIOS PRACTICOS DE CREER EN LA DIVINIDAD DE JESUS.

Señores:

Al exponeros las dificultades de creer en la divinidad de Jesús,—dificultades inherentes, sea al acto mismo, sea á nuestra propia naturaleza, sea al medio en el cual vivimos,—temo el haberos tenido en suspenso y desalentados quizás.

La vista de los obstáculos entorpece siempre el vuelo y paraliza la acción, y solo es á los seres valientes y de esforzado temple á quienes la dificultad estimula y á quienes el peligro mismo enardece. Pero hablando como yo lo he hecho, he tenido un pensamiento oculto de miseri-

una mano fraticida ó en una explosión; ¿quién puede saberlo?

Vivimos en una tierra en donde todo puede asaltarnos; estamos listos á entregar nuestra alma después de haber vivido valientemente.

Con un solo momento que tengais para mirar de frente á la muerte, acordaos del Calvario de Jesús expirante y tened solo una palabra para dejar este mundo, que salga de lo más profundo de vuestra conciencia:

¡Oh Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Acabando así, dejareis á los que os asisten, á los que abandonais, la alegría de los hijos que van hacia el Padre; el rastro de Dios, un efluvio de perfumes divinos.

Los que se van hacia Dios son un gran lazo de unión: vosotros dejareis más que un rastro de luz, dejareis tras de vos un rastro de virtudes, y tendreis la gloria de morir como Jesús ha muerto, no salvando al mundo—esto pertenece solo á Dios—sino á algunos de los seres que os son caros en el mundo—esta es la gloria suprema de los hijos de Dios.

OCTAVA CONFERENCIA

LOS MEDIOS PRACTICOS DE CREER EN LA DIVINIDAD DE JESUS.

Señores:

Al exponeros las dificultades de creer en la divinidad de Jesús,—dificultades inherentes, sea al acto mismo, sea á nuestra propia naturaleza, sea al medio en el cual vivimos,—temo el haberos tenido en suspenso y desalentados quizás.

La vista de los obstáculos entorpece siempre el vuelo y paraliza la acción, y solo es á los seres valientes y de esforzado temple á quienes la dificultad estimula y á quienes el peligro mismo enardece. Pero hablando como yo lo he hecho, he tenido un pensamiento oculto de miseri-

cordia. Yo me decía: es necesario tener piedad de los que no creen y para probar que son dignos de ella, es preciso declarar,—lo que es la realidad—que es difícil el creer. Después contando también con el fondo generoso de la naturaleza humana, yo he pensado: Aquellos que sepan dónde reside la dificultad de creer, sabrán vencerla mejor.

Hoy, Señores, surge una cuestión práctica y vosotros mismos la habeis presentado:

¿Cuál es el medio de creer?

¿Existe este medio? ¿Cuál es? ¿Depende de nuestra voluntad y de nuestra propia energía?

Yo no puedo, Señores, terminar esta serie de pláticas sobre la fe en la divinidad de Jesús, sin manifestaros que existen medios de creer en esta divinidad, medios prácticos que están en vuestras manos y que depende de vosotros el emplear.

Así como la ciencia y la filosofía, la moral y la educación, el arte y la política tienen sus procedimientos y sus métodos, de un modo semejante la fe tiene los suyos. Voy aún más lejos, los procedimientos de la ciencia y de la filosofía, de la moral y de la educación, los métodos del arte y de la política no están al alcance de todo el mundo; no todo el mundo puede aspirar á ser sabio, filósofo, moralista, educador, artista de renombre ó conductor del pueblo; mientras que los procedimientos y los medios de creer, pertenecen á todos, porque todo el mundo puede y debe aspirar á ser creyente.

Hay, sin embargo, entre el Evangelio y las cosas humanas esta diferencia en honor del Evangelio, que las cosas humanas solo son para algunos elegidos—el sufragio universal mismo, por universal que sea—mientras que las cosas del Evangelio son el patrimonio de todos. Voy á demostraros, en efecto, que está en la posibilidad de todos

el ser creyentes en la divinidad de Jesús, desde el momento en que tengan sinceridad de espíritu y rectitud de voluntad.

Cuando hablo de los medios de creer en la divinidad de Jesús, notad que no excluyo,—muy lejos de ello,—esta influencia divina, invisible, sagrada que rodea al hombre, á la humanidad entera, á todas las criaturas y á la que nosotros llamamos en el lenguaje teológico, cuando esa acción se aplica á la humanidad, un socorro divino, sobrenatural, la gracia. Nace esta acción divina, se difunde por todas partes, pero está sobre todo allí y hace sentir su poder aún sin conciencia de los que lo experimentan.

Notad también que yo no quiero dirigirme ni á esos creyentes tranquilos á quienes he comparado ya con los niños dormidos en el regazo de la madre, á esos creyentes para quienes la fe es una herencia piadosa y los cuales habiendo nacido de rodillas delante de Jesús Hijo de Dios, viven arrodillados ante él—el Señor siempre adorado—y morirán abrazando la cruz que nos ha salvado.

Excluyo por eso mismo, á todos los niños, á muchas mujeres, y á muchos cristianos y no dejo ante mí sino á los que se encuentran más ó menos perturbados hoy en su fe, á los vacilantes, á los indiferentes que tengan no obstante la pretensión de reflexionar, de razonar, y á aquellos que deseen conducirse libremente por sí mismos, disponiendo de sus fuerzas y de su vida como un Señor de su patrimonio.

Me dirijo á vosotros, Señores, á quienes conozco bien, porque no es posible haber vivido más de medio siglo, haberse medido, en lo privado de su vida con las dificultades que vienen hoy á combatir la fortaleza de la fé en todas las conciencias inteligentes y libres, no es posible haber así vivido, sin darse cuenta de lo que hay de terrible en

mantener una posición inexpugnable, cuando todo podría trastornarla ó arruinarla, si no reposara en fundamentos que el hombre no puede destruir.

Excluiré no solamente á los niños y á los que tienen la fe tranquila del carbonero, sino á las gentes de mala voluntad: aquellas que tienen opiniones hechas; á la incredulidad beata, al satisfecho adormecido en su incredulidad, espíritu soberbio y vano que nos mide, nos pesa, nos encuentra ligeros y nos ve con protección.

Le excluiré, si lo quiere, pero si quiere quedarse y escuchar, lo aceptaré aún, con el profundo respeto que tengo siempre hasta para los que atacan no se diga ya al apóstol, sino á su fe.

Y bien, determinado el campo, la cuestión queda tal como yo la he planteado. ¿Existe un medio de creer? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Está en nuestro poder?

El medio de creer existe, Señores, puesto que tenemos el deber de creer; es inadmisibile, en efecto, que nos podamos encontrar en presencia de una obligación que nos sea imposible cumplir.

Cualquiera que aspire á creer en Jesucristo con una fé razonada, motivada, tal como la exigen los espíritus que la cultura ha madurado para la independencia y la libertad, debe previamente constituirse en relación personal con Jesucristo como personaje real é histórico. Jesucristo, hijo del hombre, ha afirmado, declarado, enseñado su filiación divina; yo os pido á vosotros los que queréis creer, que lo deseáis, que sentís la necesidad y decís frecuentemente: Quisiera y no puedo; os pido que os pongais en relación personal, directa, con el que ha afirmado, enseñado, proclamado estas cosas prodigiosas, inauditas.

Nosotros lo estamos, decís. Ilusión, Señores. Nó, no lo estais; no conocéis á Jesús—no me refiero al Jesús del dog-

ma, al Jesús que el *Credo* enseña en sus fórmulas sublimes, reasumiendo para los fieles todo lo que él es en realidad,—vos no conocéis al Jesús de la historia, vivo en actividad, predicando, enseñando, sufriendo, perseguido, fundando su obra y su doctrina en su muerte y su sacrificio; vos no conocéis al Jesús de los Evangelios, tal como los discípulos lo han pintado con la sinceridad de su alma y la vivacidad de sus recuerdos á fin de que los siglos guarden para siempre su imborrable é incorruptible imagen.

No pretendo, al decir esto, hacer un reproche demasiado vivo á los letrados—sin embargo de que tendría el derecho;—cuántas veces en mi vida de apóstol me ha sucedido encontrar hombres cultivados, muy iniciados en la literatura de su tiempo, que conocen los libros religiosos ó irreligiosos recientemente publicados en Francia, Alemania y otras partes, pudiendo reasumirlos, analizarlos, pero que no conocen el Evangelio. No lo han leído jamás por completo. Habrán oído lecturas parciales, en su infancia; quizá un poco más tarde, algunos fragmentos cuando asistían á la misa, en las vacaciones, en la pequeña iglesia de su pueblo; esto era todo.

Ahora, Señores, ¿cómo podeis estar en relación directa y personal con un hombre que pertenece á la historia, si no conoció su vida, y cómo podeis conocer la vida de Jesús si no buscáis los elementos en el Evangelio?

He oído á multitud de hombres decir esto: Yo leo el Evangelio, pero no lo comprendo. Surgen dificultades á cada página y no puedo avanzar en su lectura.

Señores, permitid que os responda á esta objeción, diciéndoos que hay tres maneras de leer un libro: con el espíritu crítico, con la imaginación más ó menos sentimental y soñadora, y con la conciencia.

Cuando se lee con la propia inteligencia, es para juz-

gar; con la imaginación más ó menos soñadora, espera distraerse; con la conciencia, espera mejorarse.

Señores, leed el Evangelio, no con vuestro espíritu crítico, no con vuestra imaginación de poetas, sino con vuestra conciencia. Más tarde, razonadores, os dedicareis á la crítica; y vosotros, poetas, á la imaginación y á todo lo que ella puede concebir de bello.

Pero, en nombre de este libro que no tiene igual entre los libros que la humanidad ha producido; en nombre de la nobleza misma y de la sabiduría divina que transpira en cada una de sus palabras; en nombre de la reputación que tiene aún para los incrédulos, os pido que lo leáis primero con vuestra razón sencilla y con vuestra conciencia. Leído en esta forma, hará que vuestra conciencia se estremezca en todas sus páginas ante el bien, la verdad y la belleza moral que las transfiguran; os arrancará gritos de entusiasmo y cerrareis frecuentemente el libro, conmovido y encantado, diciendo como Rousseau: "Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son de un Dios!"

Observad, Señores, que al pedir os que leáis el Evangelio con la conciencia, no tengo otro objeto que provocar por medio de esta lectura la afinidad de vuestra conciencia con el héroe de este libro, Jesucristo.

No me atrevo á ponerme en escena, eso es siempre delicado, pero lo hago por vuestra instrucción. El estudio de la historia y la lectura profunda del Evangelio me han permitido entrar en contacto íntimo con Cristo; le he evocado como podría evocarse á un sér que ha desaparecido hace largo tiempo, pero que ha quedado gravado con rasgos invorrables en páginas en que todo espíritu franco puede encontrarlo.

¡Y bien! yo os lo declaro, yo os doy testimonio de ello,

he visto elevarse ante mí el sér humano al cual no se resiste; me ha inspirado una confianza absoluta, una confianza para caminar en pos de él á través del hierro y del fuego; su belleza moral es deslumbradora, una verdad superior envuelve toda su doctrina. Su santidad irradia en sus menores acciones, una virtud emana de él; ejerce una especie de magia á la cual ningún espíritu sincero, sencillo,—digamos sencillo—puede sustraerse.

Cualquiera que sea el resultado de esta lectura, yo os la pido; yo no doy aquí pruebas, soy un terapéutico, quería daros el bien de la fe, curándoos del mal de la incredulidad. Es mi deber, más aún, es mi derecho. Me interrogais sobre los medios de creer; os los indico como los sé, sencillamente, y como la experiencia me los ha hecho conocer.

Ante todo, Señores, tomad el eterno Evangelio como libro de cama, como libro de viaje.

Cuando esteis cansados de los negocios del día, ó de las fatigas de la vida, leedlo y volvedlo á leer, no como poetas, no como académicos, críticos al por menor; no como doctos profesores del Colegio de Francia, no como exégetas, no como historiadores, leedlo como hombres. Hay alguna cosa más grande que la imaginación, que la ciencia, que el talento y el genio—aunque se tenga el talento del mundo entero, y el genio de los más grandes—hay alguna cosa que yo pongo sobre todo, y vosotros no me desmentireis, esta cosa, con la cual hay que leer el Evangelio, es la conciencia.

El genio solo se eleva á los fenómenos y sus causas. La conciencia va hasta el bien, y el bien es la última palabra de la causa suprema, de Dios y de Jesucristo.

Cuando hayais leído, releído y vuelto á leer el Evangelio en estas condiciones, estareis en relación con Jesús.

Tened en cuenta que yo no sé lo que pasará después; pero estareis en relación con el sér humano que os he indicado, que os he manifestado como aquel que ha declarado solemnemente su divinidad. ¿Merece crédito, si ó nó? Esa es la gran cuestión, ella no puede ser resuelta sino por aquellos que se han unido profundamente y por largo tiempo con el Cristo.

El comercio íntimo de la conciencia con la persona de Jesucristo por la lectura asidua, atenta, del Evangelio no es sino el primer paso del que busca la fe; pero no es esto suficiente.

Muchos, en efecto, entre los contemporáneos de Jesús, se han encontrado en contacto con él, lo han oído evangelizar á la multitud, lo han visto curar á los enfermos y sin embargo, ¡qué diferencia! Los unos han creído en él y se han hecho sus discípulos, los otros se han quedado indiferentes, se han substraído á su acción y algunas veces aún se han convertido en sus adversarios.

¿A qué se debe está variedad de actitudes? ¿Por qué estos han visto la luz y los otros han cegado? ¿Qué pasa en lo último del alma en el momento en que Cristo es evocado ya sea por la lectura del Evangelio, ya por la palabra viva del apóstol? No lo sabemos.

Cuando la luz se esteriliza y no se cambia en fe y en virtud, no es la luz la que falta al hombre, es éste quien hace traición á la luz y quien falta á Dios.

¿En qué y cómo?—Jesús vá á enseñárnoslo y á confiar-nos así el verdadero secreto de creer.

“Si alguno quiere venir conmigo—ha dicho él con frecuencia á sus discípulos y á la multitud,—que se renuncie, tome su cruz y me siga.”

Ir tras de Jesús es creer; ir tras de él, es entrar en la fe de su divinidad.

No hay duda acerca de eso. El discípulo de Jesús, el que quiere seguirle, debe creer en lo que su Maestro afirma de sí mismo y por consiguiente en su filiación divina. Pero, para llegar á esta fe, Jesús enseña una condición necesaria, es la renuncia de vuestra personalidad, es el sacrificio simbolizado con el peso de la cruz.

El camino se estrecha, ¿no es verdad? Si creéis que es fácil ser cristiano, desengañaos. Sí, ciertamente, la puerta que conduce al reino es estrecha y nosotros nos glorificamos de ello. Jesús no quiere en su séquito seres vulgares. A los egoístas, á los satisfechos, á los incapaces de abnegación, de olvido de sí mismos y de sacrificio, los rechaza, y dice en términos que no disfrazan nada: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se renuncie.”

¿Qué significa, Señores, la abnegación personal, el sacrificio de sí y de su personalidad?

La personalidad humana puede manifestarse en la inteligencia, en la razón, en la voluntad, en las ambiciones, en los intereses, en las afecciones propias: pero sobre la razón privada y el espíritu sistemático, existe la razón á la cual he apelado constantemente entre vosotros, la impersonal, la eterna razón; sobre la voluntad gobernada por aspiraciones é intereses personales, hay la voluntad universal del bien y de Dios; sobre los amores ligeros, egoístas y que pasan, hay el amor desinteresado, eterno y que no pasa.

Cuando Jesús nos pide el sacrificio y el abandono de nosotros mismos, no nos pide, Señores, el sacrificio de la eterna razón, de la voluntad universal del bien y de los intereses superiores de la humanidad y de Dios; nos pide el sacrificio de nuestras ideas propias, de nuestras ambiciones mezquinas, de nuestros intereses egoístas; esto es lo que constituye, en el sentido humano de la palabra, la per-

sonalidad. Pero es preciso añadir que el hombre se aferra á esta personalidad más que á cualquiera otra cosa.

El desdén la razón universal, incorruptible y ni piensa siquiera en el bien universal, en el bien general. Los intereses, si no le atañen directamente, aún los de la patria y con mayor razón los de la humanidad, acerca de los cuales algunos declamadores hacen tanto ruido, esos intereses ocupan poco lugar en la vida individual.

Lo que ocupa, lo que llena, lo que tiraniza al hombre, es la complejidad de egoísmos voraces: egoísmo del espíritu en nuestros pequeños sistemas, egoísmo del amor en nuestras pequeñas afecciones, egoísmo de los intereses personales por los cuales todos disputan y que no valen verdaderamente la pena de esta lucha.

Ahora, si queréis seguir á Jesús y tener fe en su divinidad, es necesario sacrificar todo eso, él lo ha declarado: el sacrificio es la puerta por la cual se va á él.

“Si alguno quiere venir en pos de mí, que se renuncie á sí mismo.”

¿Lo queréis? Mientras en el sentido humano de la palabra, más considerable es la personalidad, en nuestro pequeño mundo, observadlo bien, Señores, mientras más inficionado se está de filosofía propia, de ciencia sistemática, inflado de poder, dominando muchos otros hombres por la influencia del talento, de la autoridad ó del dinero, mientras más extensión se tiene de afecciones múltiples y ardientes, menos se está en disposición de creer.

¿Queréis la prueba, y una prueba histórica? Este Evangelio, á la lectura del cual os he invitado, este Evangelio que contiene á Jesús viviente, admirable, irresistible, refiere cómo ha aparecido en su pueblo. Había entonces hombres en el poder—siempre hay hombres de esa clase—pue-

de faltar el pan, un poder, poder religioso, poder nacional, ¡jamás!

Había hombres de ciencia, doctores de la ley que la conocían hasta la última jota y que se vanagloriaban de ello como del supremo título de gloria.

Había y hay todavía, opulentos, aún cuando otros mueren de hambre. Golpeaban á sus lacayos, les enviaban en emboscadas para sustraer los bienes de las familias enemigas ó los de los pobres. Dichosos de vivir—los hay siempre así—teniendo todo para ellos, engordaban aquí abajo, como Epicúreos, ignorando el remordimiento, puesto que no creían en el juez supremo, agotando todo lo que la vida puede dar, cerrando sus entrañas á la conmiseración.

Y además había las pobres gentes, sin poder, sin ciencia, sin riqueza.

He olvidado una categoría, las “gentes santas” que se decían: ¡Nosotros somos los únicos perfectos! Nosotros observamos todas las leyes; nosotros nos lavamos las manos antes y después de la comida; nosotros llevamos grandes phylacteras, según la tradición; ayunamos con rigor dos veces á la semana, cubrimos nuestras cabezas con cenizas; estos eran los buenos, los eternos fariseos!

Y bien, Jesús ha aparecido; el poder lo ha rechazado; las familias opulentas le han desdénado; los sabios, los doctores de la ley le han repelido como un blasfemador de la ley; las santas gentes han sido para él las más inexorables; los fariseos le han perseguido con su odio como á un impío, á él, á Jesús!

Pero los pobres Galileos, todo lo que de más desdénado se puede imaginar en la metrópoli judía; esas intrépidas gentes que no observan mucho la ley, que reconocían aún serle un poco infieles, que no pretendían saber todo lo que enseñaban los Santos Libros, son ellos, esos hombres ile-

trados, sin poder, sin fortuna, sin santidad legal, esos Galileos: Pedro, Pablo, Juan, Santiago, Bartolomé, Mateo, —un publicano—son todas esas gentes de baja esfera las que han reconocido á Jesús. ¿Y por qué? Porque han practicado el abandono de sí mismos, se sentían con una personalidad tan pobre que la han abdicado sin trabajo.

Ya lo veis: el obstáculo es siempre el mismo.

Ciertamente nosotros que transmitimos al mundo, en la sinceridad de nuestra fe, la palabra de Jesús, no tenemos seguramente otra pretensión que ser un eco del Verbo eterno que ha removido é iluminado la tierra. Sin embargo, nosotros nos dirigimos á una sociedad organizada, á hombres que tienen el poder ó el talento,—el talento, gran poder hoy—ó que tienen con la fortuna, la influencia que la riqueza proporciona. Nosotros hablamos hasta á “las santas gentes.”

¿En dónde, pues, la palabra de Jesús encuentra un eco?

El poder sospecha de ella con frecuencia. Los hombres que forman su opinión por la ciencia, por la filosofía, de que parecen tener el monopolio, la desdeñan como á un recurso gastado; ellos harían con gusto un girón de ella para arrojárselo á la calle, y que fuese recogido por el barrendero.

Los hombres satisfechos con la fortuna ¿oyen acaso este eco de eternidad? ¿Qué interés tienen en ello? Lo que les interesa, no es el eco de la eternidad, es el registro de los negocios.

Puesto que veis estas cosas reproducirse en su viva realidad, siempre en virtud de una ley que no falta jamás, retened esto, y es que si quereis creer en Jesús, es necesario renunciar á esta personalidad que es el obstáculo; sin lo que os quedareis con vuestro yo, no llegando jamás á aquel que os llama y que ha puesto por condición

para poder ir hacia él, la abnegación de la personalidad y de los egoísmos múltiples de que se compone.

Ya os oigo: La puerta es estrecha; el camino demasiado escabroso.

Convengo; la puerta es estrecha, el camino escabroso, y, para llegar á Jesús se necesitan energías, como él lo ha dicho.

El reino de los cielos no es un reino de inválidos, es un reino de valientes. Tan sólo lo ganan los valientes: digamos los enérgicos.

¿Existe, sin embargo, un medio de facilitaros esta abnegación del yo, de la personalidad, como la he definido? Sí, Señores, y yo voy á tratar de enseñároslo.

Si el hombre estuviese limitado á su propia energía, abandonado á sus solas aspiraciones, no llegaría nunca á la Fé; se necesita para crear una fuerza divina, la acción secreta, irresistible y suave de el “Espíritu;” es necesario que ayudado de la gracia, el hombre se eleve sobre sí mismo y sobre todo, para permanecer en contacto con la realidad transcendente de Dios.

Existe propósito en el Evangelio, una palabra profunda que me ha hecho reflexionar con frecuencia, y en el misterio de la cual he gustado de perder mis pensamientos, Jesús dijo: “Nadie viene á mí, si mi Padre no le atrae.”

¿Quién es, si no Dios el Padre de Jesús? ¿Y cómo nos atrae Dios? me preguntaba yo.

E interrogaba á mi conciencia y á este fondo de nuestro sér que los hombres no pueden cambiar, ni los medios humanos alterar, porque allí, gracias á Dios, nosotros no sondamos sino la eternidad. Yo miraba este fondo que aspira á la verdad sin límites, al bien sin término, á la belleza absoluta, á la perfección ideal. Yo sentía eso y me

decía: Es el movimiento del Padre el que atrae hacia él á toda criatura inteligente y por eso mismo, hacia Jesús, realización bajo una forma humana del ideal de Dios.

¿Qué podeis vosotros, filósofos, con vuestros vanos sistemas, y vosotros políticos, con vuestras legislaciones efímeras, y vosotros, literatos, con vuestras fantasías, qué podeis vosotros sobre este fondo secreto é insondable, sobre esos movimientos del infinito y de la eternidad?

El hombre queda, á pesar de todas las influencias que en lo superficial puede alterarlo, atraído por el Padre. Y yo digo: Si el Padre nos atrae hacia lo bello, hacia lo bueno, hacia la perfección total, hacia lo absoluto sin velos, ¿á dónde me conducirá?

¿A Jesús Hijo de Dios? Sí, Señores, porque Jesús, Hijo de Dios, es la efusión del Padre, es la verdad expresada y manifiesta al infinito, la radiante belleza y el esplendor de Dios velado bajo la humilde carne del Hijo del hombre tras el cual el Hijo de Dios nos oculta su gloria.

Pero queda aún el sacrificio de esta personalidad estorbosa, tiránica, de que he hablado: ¿quién nos dará la fuerza de este sacrificio?

Aquí, yo os pido que conteis con el poder eterno que rodea á los individuos, á las familias, á las naciones, á las patrias, á las civilizaciones.

El Padre no se traduce solamente en la conciencia, sino por los grandes y pequeños acontecimientos de nuestra propia existencia y de nuestro mundo.

Los pequeños acontecimientos son aquellos que turban nuestro pequeño medio; los grandes son los que perturban á todo un país, á toda una civilización. En ellos reina y se imponen grandes leyes cuyo secreto está en Dios; en ellos se revela también al observador penetrante el trabajo del Padre, de la Providencia, para facilitarnos el sacrificio

cio de nosotros mismos, esta abnegación de la personalidad, sin la cual no existe la fe en Jesús y en su divinidad.

Llega una edad, Señores,—!hablo de aquellos que viven por la inteligencia—en la que de grado ó por fuerza, la razón desengañada no cree más en su sistema. Supongo un maestro que ha adquirido renombre por haber enseñado el pesimismo, dejadlo pasar los cuarenta ó cincuenta años, su pesimismo será para él como un vestido usado y viejo que ya no se encuentra quien lo compre. Quizás no lo confesará; pero el advertido crítico lo adivina y no dejará de pregonarlo.

Ved ese materialista. Cuando llega á su última hora, ¿pensáis que después de haber cansado á la opinión en fuerza de exaltar las virtudes de la materia, sus energías inteligentes, pensáis que mira aún realmente á la materia como la última palabra de todo?

No, no se atrevería á afirmarlo; está desengañado, y si no lo está, lo compadezco. ¿Quién sabe lo que es la materia?

Ya lo veis, Señores, nuestra inteligencia es poca cosa; los más grandes, cuando llegan á la cima de su evolución, no creen en sí mismos. Y cuando están cansados, si no tuviesen al discípulo que viene á reanimar la opinión y á estimular al viejo maestro, ¿qué pronto se desplomaría el carcomido sistema de donde éste había obtenido tanta gloria! Pero el discípulo está allí: ¡Sosteneos, le dice, una palabra, una página, profetizad!

Pero, ¡ay! las palabras son huecas, las páginas frías y los oráculos no encuentran ya fé ni eco.

Y si la ilusión, caída sobre la conciencia del hombre que vive por el espíritu, se obstina, no tiene más que ver que la humanidad se aleja de él. Entonces, una inmensa tristeza le sobrecoje; ¿que cosa es la gloria, qué la opinión. El las desdeña al fin; una vanidad más que se va.

Los que viven por el sentimiento son más fáciles de desengañar, porque es más fácil conmover el corazón que la inteligencia: el corazón no está resguardado más que por algunas costillas y entre las costillas no hay más que un músculo fácil de atravesar, mientras que este coriáceo espíritu es semejante al cerebro, su órgano; el uno está rodeado de su dura caja ósea y el otro encerrado en su sistema como en una fortaleza de granito; es necesario que Dios haga obrar, para reducirla, una mina interior y los más potentes explosivos.

El corazón es accesible, sobre todo cuando ha amado. La juventud ardiente está allí para franquearlo. Las ilusiones del afecto en esa época de la vida, vuelven radiantes y rodean el alma de un verdadero sortilegio al cual muy pocos se sustraen. Pero una vez pasada esta embriaguez, la experiencia nos muestra bien pronto la vanidad de estos fantasmas, la fragilidad de estas afecciones humanas que no pueden ser eternas sino á condición de que Dios mismo se encuentre en ellas; no tardaremos en sufrir las traiciones que asaltan al corazón como á una fortaleza abierta y entonces, Señores, presentamos lo que hay de enfermizo en el sér humano y de grado á por fuerza—esa es la ventaja de haber dado algunos pasos en la vida—medimos la vanidad y la nada de todo lo terrestre. Las estrellas, que parecían ser nuestras guías en el camino, se han puesto ya, y nos hemos encontrado la noche, extraviado el camino y preguntándonos qué cosa era esa luz de nuestra vida, desaparecida como todas las cosas desaparecen aquí abajo.

Cuando se ve lo muy poco que pesa en la vida lo que hay en ella de terrestre, bajo el punto de vista del afecto, no se le da ya tan excesiva importancia y entonces, la personalidad que se había ensanchado en un amor humano,

se reduce, se empobrece y se acostumbra al sacrificio de esas vanidades que le servían de estorbo y de exaltación.

En cuanto á los soberbios, hinchados por la vanidad del poder y de las riquezas, estos son bastante quebrantados, cuando un movimiento popular barre los tronos y las autoridades! apenas encuentran á veces un jardín para plantar tranquilamente lechugas.

Cuando los que tienen una superficie de riqueza y opulencia, son arrojados de repente por el torbellino de los negocios bajo el carro que les aplasta ¿quedan vencidos con sus millones ó con sus millares? ¿Qué es lo que han producido esas riquezas!

¿Sentís la Providencia que pasa? ¿La veis sembrando en el viento como un ligero polvo, la fortuna en la cual vuestra personalidad se sublimaba? ¿La veis arruinando esta ambición política, con frecuencia, la más malsana de todas las ambiciones que pueden germinar en el corazón de un hombre, porque está hecha de soberbia y servidumbre?

Se cree ser de otra raza, no se quiere bajar la cabeza, pero la Providencia todo lo dispersa. Todos vuestros sistemas han envejecido, escépticos, panteístas, idealistas, críticos de toda especie; ved á lo que estais reducidos y qué poco valía lo que tanto os cautivaba; la enseñanza de la Providencia ha pasado para facilitaros el sacrificio y libertaros de vuestra nulidad.

Y ahora, ¿qué vais á hacer? Dos caminos se os presentan: el de los que se desesperan y se irritan, de los que se encierran en sí mismos y á los que el mismo Dios no puede reducir; y el camino de los que ven más alto y llaman á un salvador. ¿En cuál de ellos queréis entrar? Yo os lo pregunto y voy á tratar de mostraros cómo puede tomarse aquel que lleva á la salud.

Jesús ha dicho la palabra que contiene el secreto de

creer: Arrepentíos y creed en el Evangelio. El se dirige á la conciencia, porque ésta es la que hace el papel preponderante, necesario, en el acto de fe.

La conciencia se mezcla en todos los actos del hombre, porque ella los domina y dirige así como á todas nuestras facultades. En tanto que el espíritu construye sus sistemas, que el corazón saborea sus afecciones, que la actividad ambiciosa se embriaga de su poder y que la fortuna extiende su imperio, la conciencia queda en la región oculta y profunda donde se libra la gran batalla entre Dios y nosotros; es la conciencia en último análisis la que da la fe ó la rehusa.

Y la palabra de Jesús es eternamente verdadera: "Arrepentíos y creed en el Evangelio." Toda conciencia rebelde que no entre en la vía del arrepentimiento en que el hombre se reconoce pecador y se golpea el pecho, no llegará jamás á creer. La dificultad más invencible que encontramos en nuestro apostolado, no es la inteligencia—quizá así lo creeríais; nó,—no es la pasión absorbente y tiránica, no es la fortuna ó el poder, nó, la dificultad terrible, está allí, en la conciencia cerrada para el arrepentimiento. El hombre que se dice: Yo soy un hombre honrado, yo no tengo nada que reprocharme, me espanta.

¿Quién es aquél que en verdad puede decir: Yo no tengo nada que reprocharme? Cuando esto oigáis, apóstol, pasad, id más lejos; es inútil discutir, no hay lugar para Dios en estos satisfechos, llenos de sí mismos.

Por el contrario, cuando oigáis á un hombre, cualquiera que sea, poco importa la edad, la temperatura, la cultura, la situación humana, un hombre cualquiera que sea, pero tocado por la acción invisible de Dios y la advertencia que vos le haceis, vos, apóstol cuando le oigáis decir: Escuchad, yo no me juzgo mejor de lo que soy, yo soy, como

muchos, un miserable, pero yo me arrepiento; este hombre, os lo aseguro, está á las puertas del reino de Dios; mañana, él estará de rodillas ante el crucificado.

Todas las conciencias arrepentidas están abiertas á Dios, quien toma posesión de ellas por la fe, así como todas las conciencias satisfechas le están irremisiblemente cerradas. Jesús nos ha explicado la razón de ello, cuando ha dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el reino de Dios." No hay que traducir, Señores, pobres de espíritu, por imbéciles. Los discípulos de Jesús han hecho profesión de humildad y de dulzura, jamás de imbecilidad.

Los pobres de espíritu, son aquellos que se estiman, que se consideran como pobres, despojados de toda riqueza intelectual, moral ó material. Es para estos humildes, para quienes el reino está reservado.

Ahora, existen varias clases de riquezas: la riqueza vulgar, el dinero, los bienes terrestres,—¡oh! esta riqueza es fácil obtenerla por nada y darla por nada, ¡qué polvo vil!—la riqueza del poder que nos eleva sobre los otros, dándonos fuerza y autoridad sobre ellos; la riqueza de la inteligencia, más sólida que toda fortuna y toda autoridad puesto que no es como estos un bien prestado, exterior á nosotros, ella constituye nuestro mismo sér: en fin el tesoro de nuestras afecciones, riqueza de los grandes corazones, más preciosa que todos los bienes terrestres, que toda la gloria del poder y todo el brillo de los dones del espíritu.

Añadid, Señores, á todos estos bienes un bien supremo, la virtud, y tendreis el conocimiento de todo lo que puede constituir la riqueza del hombre.

Ahora, Señores, un pobre de espíritu, tal como Jesús lo entendía y lo quería para discípulo, digno de entrar en su Reino, es aquel que, en espíritu, desdeña la riqueza bajo

todas sus formas; que, en espíritu, ha medido la vanidad de la fortuna y del poder; que, en espíritu, ha comprendido la fragilidad de sus sistemas; que, en espíritu, ha penetrado y sondeado la nada de sus amores.

Aún cuando fueseis capaces de esto, no seríais todavía el héroe moral. Para ser un pobre de espíritu tal como Jesús lo ha querido, es preciso sobre todo haber medido la vanidad y la nada de su propia virtud.

Señores, cuando hayáis realizado en vosotros esta admirable y heroica pobreza,—yo os suplico que os fijéis en todo lo que tiene de grandioso esta doctrina moral de Jesús y del Evangelio,—cuando hayáis realizado esta última pobreza y no osando levantar los ojos hacia el cielo hayáis golpeado vuestro pecho, diciendo: ¡Tened piedad de mí, Señor, yo no soy más que un publicano! Cuando hayáis hecho esto, desde luego creereis en Jesús Hijo de Dios.

Y bien yo busco en mi derredor almas semejantes: yo soy póstol, es decir, cazador de almas; encuentro pobres, no de espíritu, sino de fe; los unos desolados por no tener fortuna, otros, caídos del poder, desolados de haber caído ayer y no aspirando sino á elevarse mañana. Encuentro desolados de afecto, contándome sus penas y enseñándome sus heridas que sangran siempre, jamás cicatrizadas, y no consolándose de haber sido víctimas de traición y de abandono. Encuentro inteligencias desengañadas de su vana sabiduría, pero que se agitan desesperadas, sin mirar hacia la eterna luz.

Señores, en dónde están aquellos cuya conciencia despierta se levanta al fin; en dónde están aquellos que dicen: Os lo confieso, yo no tengo la virtud, la honradez, la santidad, yo no soy en el fondo sino un miserable. Estos son á quienes yo busco, á los que buscamos; son tan escasos

como la perla preciosa; son los predestinados, los únicos dignos de entrar al reino de Dios por medio de la fe.

¡Ah! Señores, es una vía hermosísima la que nos ha abierto el Evangelio. ¿Quereis seguirla y caminar por ella? Os la he revelado, iluminada por la luz de la doctrina de aquel de quien soy discípulo. Os he enseñado como se convierte uno en creyente y puedo aseguraros que si seguís ese camino encontrareis al cabo de él la fe.

No ha habido nadie, hasta la mujer impura, hasta María Magdalena, cuyo nombre me complazco en evocar aquí, en esta iglesia que está bajo su advocación, no ha habido nadie, hasta ella misma, que con el ejemplo no haya confirmado esta gran manera de creer.

¡Oh! María Magdalena, que tu nombre se albergue en el corazón de las mujeres; que penetre en la conciencia de los hombres que me escuchan; tú has sido en la vida del Maestro un ejemplo consolador y sublime; tú has probado que la mujer extraviada—es decir, el corazón trastornado por las pasiones que á veces nos destrozan, y que siempre reducen y oprimen el ánimo—puede renacer, por la fe y la confianza, á la vida de Dios; ¡oh María Magdalena! haz que todos entiendan que el camino de la fe para los descarriados del espíritu, así como para los corazones extraviados, se reduce finalmente á esto: á arrepentirse, y á amarse, á reconocer sus miserias y su nulidad, á la vanidad de todo y de sí mismo y á no ocuparse sino de Dios que da la vida eterna, en una palabra, en renunciar á sí mismo y en sacrificar todo para abrir el alma entregándose á Dios.

He allí la última palabra del Evangelio: que sea también la última palabra de estas conferencias que ha permitido Dios que hayamos seguido juntos.

FIN.

INDICE.



	PAGS.
PROLOGO por el autor.....	VIII
PRIMERA CONFERENCIA.—Estado actual de la creencia en la Divinidad de Jesucristo.....	I
SEGUNDA CONFERENCIA.—La negación contemporánea de la Divinidad de Jesucristo.....	23
TERCERA CONFERENCIA.—Valor de la negación contemporánea de la Divinidad de Jesucristo.....	47
CUARTA CONFERENCIA.—El gran motivo de la credibilidad en la Divinidad de Jesucristo....	73
QUINTA CONFERENCIA.—Valor del testimonio de Jesús en apoyo de su divinidad.....	97
SEXTA CONFERENCIA.—Dificultades del acto de fe en la Divinidad de Jesucristo.....	121
SEPTIMA CONFERENCIA.—Las siete palabras de Jesús.....	137
OCTAVA CONFERENCIA.—Medios prácticos de creer en la Divinidad de Jesucristo.....	173

